

Kailas ficción

# Ciudad difunta

Jia Pingwa

Traducción del chino de Blas Piñero Martínez

LA GRAN NOVELA PROHIBIDA EN CHINA  
PREMIO FEMINA



KF38

*Ciudad difunta*

Título original: *Fei du*

© 1993, Jia Pingwa

© 2018, de la traducción y de las notas: Blas Piñero Martínez

© 2018, Kailas Editorial, S. L.

Calle Tutor, 51, 7. 28008 Madrid

kailas@kailas.es

Diseño de cubierta: Rafael Ricoy

Diseño interior: Luis Brea Martínez

Maquetación: Carlos Gutiérrez y Olga Canals

ISBN: 978-84-17248-30-7

Depósito Legal: M-22850-2018

Impreso en Artes Gráficas Cofás, S. A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

[www.kailas.es](http://www.kailas.es)

[www.twitter.com/kailaseditorial](https://www.twitter.com/kailaseditorial)

[www.facebook.com/KailasEditorial](https://www.facebook.com/KailasEditorial)

Impreso en España – *Printed in Spain*

## Introducción

**L**A NOVELA *CIUDAD DIFUNTA*<sup>1</sup> se ha convertido en nuestro país, desde hace bastante tiempo, en una de esas novelas que causa sensación, y el escritor Jia Pingwa es ya el Jia Pingwa más popular y reconocido por sus valores

---

1. La novela larga (长篇小说, *changpian xiaoshuo*) *Ciudad difunta* (废都, *Fei du*) es la cuarta novela de Jia Pingwa y empezó a publicarse en el cuarto número de la revista *Octubre* (十月, *Shiyue*) y en *Juventud de China* (中国青年报, *Zhongguo Qingnian Bao*), pero fue publicada oficialmente, y por primera vez, en junio de 1993, en Ediciones de Beijing (北京出版社, *Beijing chubanshe*), con una tirada oficial de 480 000 ejemplares (un millón pirateados) y con unas ventas de unos 700 000 ejemplares durante el primer año (unos 500 000 los primeros seis meses). Fue prohibida (禁书, *jinsbu*) por el Departamento de las Publicaciones y la Prensa de Beijing el 20 de enero de 1994, apenas un año más tarde. La editorial Pekinense vendió la novela a siete editoriales. Solo al cabo de dieciséis años, ya a finales de 2009, esta novela pudo ser publicada de nuevo en China de manera legal por la Editorial de los Escritores (作家出版社, *Zuojia chubanshe*). Se calcula que durante esos años aproximadamente doce millones de copias pirateadas (circularon unas ediciones diferentes y todavía algunas de ellas se encuentran en librerías de segunda mano) de la novela (se han contabilizado unas sesenta ediciones piratas de la novela hasta el día de hoy), y provenientes principalmente de Hong Kong, circularon escondidas en China continental, convirtiendo *Ciudad difunta* en una de las obras más leídas y conocidas en el país, y que dio tras su publicación renombre y fama a Jia Pingwa, cuya obra abundante seguía creciendo con otros títulos. El año de su publicación, en 1993, Jia Pingwa se vio obligado a dejar Xi'an y refugiarse en el campo, ya que llegó a recibir amenazas de muerte tras la publicación de *Ciudad difunta*. Jia Pingwa empezó a escribirla tras la muerte de su padre por cáncer en 1989, aunque no apareció hasta 1993, y como muchas de las novelas de este periodo, se vertebra en una dialéctica muy definida: la creciente, acelerada y caótica modernización del país (poco comprendida por la mayoría) y de la sociedad, y la pérdida progresiva, y vivida como un trauma, de la identidad propia de un mundo tradicional y más auténtico —en otras palabras: la pérdida de las

---

raíces—. Y en medio la lucha del individuo por sobrevivir a ese nuevo entorno social caracterizado por la pérdida y la ganancia. La novela de Jia Pingwa, que forma parte de una trilogía (三部, *sanbu*) con *La ópera de Qin* (秦腔, *Qinqiang*), de marzo 2005, y *Turbulencia* (浮躁, *Fuzao*), de enero de 1987, describe esa lucha por la supervivencia individual con un tono naturalista y folletinesco, en una escritura además muy teatral, entre lo obscuro y lo escatológico, donde se alternan momentos de una gran tensión con momentos cómicos cercanos a lo grotesco, pero con un tono trágico muy marcado, de una sensación constante de pérdida irremediable, y, al mismo tiempo, muy orientado en el estilo decadentista *fin-de-siècle*, que se va desarrollando en la novela y que apuesta por un encendido y nostálgico homenaje a esas mismas raíces identitarias perdidas en plena contemporaneidad y por la ciudad de Xi'an y todo lo que ella representa a nivel simbólico e histórico. La estructura narrativa, como en las novelas clásicas chinas, se basa en la constante repetición, lo que le da la impresión de romper desde el inicio la linealidad temporal para hacer avanzar el relato haciendo círculos. Lo anecdótico, como en la gran novela clásica china, es lo que constituye la novela misma por encima de su hilo argumental, que queda en un segundo plano, aunque no se pierde y vertebra la narración. Pero más que al nacimiento de un nuevo mundo, en *Ciudad difunta* se asiste, con un humor absurdo y sarcástico, a la denuncia de la corrupción, así como al trasfondo alegórico y al legado del marco histórico de una ciudad como metáfora del deseo (y la frustración) y al problema de la corrupción que recuerdan ciertas novelas clásicas chinas de finales de la dinastía Qing (finales del siglo XIX y principios del XX) —como *La tortuga de las nueve colas* (九尾龟, *Jiu wei gui*), de Zhang Chunfan (张春帆), fallecido en 1935, o las *Notas sobre lo visto de los oficiales y funcionarios* (官场现形记, *Guanchang xianxing ji*), de Li Baojia (李宝嘉), nacido en 1867 y fallecido en 1906—, además al esteticismo, al fetichismo y, finalmente, al esoterismo y al marcado erotismo desarrollado en el personaje principal, como aparece en *Naufragio* (沉沦, *Chenlun*), 1921, de Yu Dafu (郁达夫), nacido en 1896 y fallecido en 1945, o en la parodia de la vida de los intelectuales como en *La fortaleza asediada* (围城, *Wei cheng*), 1947, de Qian Zhongshu, nacido en 1910 y fallecido en 1998, a la constatación de la pérdida y la muerte de una civilización (ligada en la novela a la decadencia personal del personaje principal, Zhuang Zhidie) y sus últimos representantes tras décadas de socialismo y tiempos de reformas económicas introducidas sin conocimiento de causa. La profusión de contenido erótico de la novela, así como la pronunciada sátira social, que tantos males de cabeza dieron a su autor y que, en gran medida, provocaron la censura de la obra al año de publicarse, han de entenderse como la incapacidad de los nuevos valores para legislar y crear un sistema válido y sostenible de valores morales. Al mismo tiempo, *Ciudad difunta* desarrolla, en forma de novela, el hexagrama (卦, *gua*) *kun* (坤), que es el que recibe el personaje principal Zhuang Zhidie cuando se le predice su futuro (véase el capítulo XIV de *Ciudad difunta*); es decir, se trata de crear y desarrollar una novela a partir de la interpretación de las propiedades del hexagrama *kun*: el campo, o la tierra (地, *di*), y el carácter de receptividad que se deriva de ellos, así como la dominación masculina y la obediencia femenina, o la inteligencia pasiva pero fértil, según el *Clásico de las mutaciones* (易经, *Yijing*), y siendo la novela, en las relaciones del personaje principal (Zhuang Zhidie, asignado por *kun*) con otros personajes, femeninos *yin* (阴) y masculinos *yang* (阳), y su destino, sus cambios (易, *yi*), el comentario y la manifestación en la vida de todos los días, en el *dao* (道), de las características de este hexagrama, el segundo de los sesenta y cuatro que componen el *Clásico de las mutaciones*. Como sucede en muchas novelas clásicas, y con el

artísticos que ha habido hasta el momento entre nosotros, y el que ya se ha convertido con todo merecimiento en un personaje público y que, incluso ahora, es más famoso que algunas de las estrellas sempiternas que brillan con fuerza en nuestro firmamento literario.

Mucha es la gente que afirma hoy en día que *Ciudad difunta* es el *Jin Ping Mei* (*La jarra de oro de la flor del ciruelo*)<sup>2</sup> de los tiempos

---

fin de buscar una justificación cosmológica a una conducta humana, los personajes de *Ciudad difunta* siguen ese paralelismo con los hexagramas del *Clásico de las mutaciones*, los cuales son leídos como cartas del tarot. Según la sección «Hablando de los trigramas» (说卦, *Shuo gua*) de esta obra, *kun* sugiere la idea de la tierra (地, *di*), de la madre (母, *mu*), de las ropas (布, *bu*), de la caldera (釜, *fu*), de lo miserable (吝啬, *linse*), de la igualdad (均, *jun*), de la vaca (母牛, *muniu*), del carro (大舆, *dayu*), de lo escrito (文, *wen*), de la multitud (众, *zhong*), del mango (柄, *bing*), y respecto a la tierra, «todo aquello que en ella es oscuro». 坤为地, 为母, 为布, 为釜, 为吝啬, 为均, 为子母牛, 为大舆, 为文, 为众, 为柄, 其于地也为黑. El personaje principal de la novela, Zhuang Zhidie, sufre a lo largo de la narración un progresivo desencanto con el mundo en el que vive y que le llevará a trascender ese mismo mundo y a rechazarlo. *Ciudad difunta* describirá en forma de saga ese proceso minuciosamente, y lo hará dentro de los parámetros interpretativos que propone exclusivamente el hexagrama *kun*. Para la traducción en español de esta novela, nos hemos servido de la primera edición publicada en Beijing en 1993 por las Ediciones de Beijing (北京出版社, *Beijing chubanshe*), que cuenta con 527 páginas (450 000 caracteres chinos) y está dividida en veinticinco capítulos, además del prefacio a una edición de 2004 que debía ser la primera legal desde su prohibición, pero que no llegó a ver la luz del día. En ella aparecen las casillas en blanco correspondientes a la autocensura del autor. Estas casillas han sido suprimidas en todas las versiones que han sido publicadas de *Ciudad difunta* desde el año 2009 (primera edición autorizada) y hasta el momento actual [N. del T.].

2. La novela (小说, *xiaoshuo*) *Jin Ping Mei* (金瓶梅 o *La jarra de oro de la flor del ciruelo* en su traducción literal) apareció a finales del siglo XVI y narra la relación tumultuosa de Ximen Qing (西门庆) con tres mujeres: Pan Jinlian (潘金莲), el oro (金, *jin*), Li Ping'er (李瓶儿), la jarra (瓶, *ping*), y Pang Chunmei (庞春梅), el ciruelo (梅, *mei*). En 1993, año de la publicación de *Ciudad difunta*, un editor de la provincia de Hebei fue encarcelado por la publicación del *Jin Ping Mei*. Al igual que el *Jin Ping Mei*, *Ciudad difunta* de Jia Pingwa tiene un trasfondo contenido erótico, pornográfico incluso, y muy conservador, y no deja de ser una ilustración sobre cómo los nuevos valores basados en el consumo, la mercantilización de los lazos sociales y la creación de un entorno en donde puede darse una mayor libertad individual rompen con la relación armoniosa entre el hombre y la mujer, una relación labrada durante siglos y que acaba corrompiéndolos. La presencia del sexo es vista, como en el *Jin Ping Mei*, como muestra de la decadencia y corrupción moral de una época. Como en otras novelas clásicas chinas, la debilidad moral se manifiesta en la sociedad en una excesiva actividad sexual que pone en peligro el contrato social de base confuciana. Más que una búsqueda de placer, se trata de la disfunción o caos (混乱, *hunluan*) entre el *yin* del personaje femenino y el *yang* del personaje masculino, lo que se manifiesta principalmente en la novela erótica y sentimental clásica china en el caos que surge por su mala gestión [N. del T.].

modernos. Yo no sabría discutir con conocimiento de causa esta enunciación, pero tengo que reconocer que me agrada la comparación entre las dos obras. La primera vez que leí el *Jin Ping Mei* fue gracias al anciano de un pueblo que me lo prestó. Era una copia limpia, es decir, una copia que no había sido censurada y expurgada de todo contenido pornográfico con el fin de presentarla al público en una edición moralmente correcta y, por lo tanto, más delgada que el original. En esa época yo era muy joven y no había leído todavía muchos libros; pero sabía, sin embargo, que las oportunidades para hacerme con libros eran pocas, aparte de algunos diccionarios, libros de proverbios o de *duilian*, esas frases paralelas que se ponen a los dos lados del marco de la puerta de la entrada de una casa particular. Mi impresión en esa época era que *Ciudad difunta* se parecía más bien a *El sueño del pabellón rojo*<sup>3</sup>, y por eso volví a leerla. Probablemente, debido a que el nivel económico, moral y cultural de nuestro país en esa época estaba en su punto más bajo en todos los sentidos, la sociedad que reflejaba el *Jin Ping Mei* iba más allá de su tiempo y también hablaba de la nuestra. Esa novela era, en realidad, de mucha actualidad en la China de los años noventa, y era además muy popular. *El sueño del pabellón rojo* era, como novela, más fina y elegante que el *Jin Ping Mei*, pero también era más hermética y lejana para nosotros que vivíamos, como se suele decir, en el nivel más bajo de cualquier vida humana, aquel

---

3. *El sueño del pabellón rojo* (红楼梦, *Hong lou meng*) es la gran novela del siglo XVIII y es atribuida a Cao Xueqin (曹雪芹), que vivió entre 1715 y 1764, y en ella se cuenta, principalmente, la vida diaria de Jia Baoyu (贾宝玉), el hijo de la familia Jia (贾), en decadencia, en los muros de una residencia majestuosa, en un universo femenino. La novela *Ciudad difunta*, como en *El sueño del pabellón rojo*, describe el fenómeno de desencanto (警幻, *jinghuan*) del personaje principal. Jia Baoyu y Zhuang Zhidie, el cual es visto como un despertar del mundo de las apariencias, el mundo terrenal, asociado con el hexagrama *kun* y las ilusiones (幻, *huan*), sujeto al cambio (变, *bian*) y a la decadencia. Una de las manifestaciones, como aparece en *El sueño del pabellón rojo* y en *Ciudad difunta*, de esa decadencia es el exceso de *yin* o deseo sexual (deseo físico, entendido en su realización en el coito) y que resulta ser autodestructivo (este es un tema recurrente en la narrativa erótica clásica china). Trascender, finalmente, y como lección moral, la excesiva dependencia a la belleza física (好色, *haose*) y evitar así la autodestrucción; es decir, mantener el deseo (sin suprimirlo totalmente) por las formas bellas (好色, *haose*), pero sin caer en la lascivia (*yin*): 好色不淫 (*haosebuyin*). O que el *qing* (情, el amor, el afecto, el sentimiento) en el mundo terrenal no se degrade por el exceso de dependencia del placer sexual (*yin*), el cual es breve y transitorio [*N. del T.*].

muy cercano a la supervivencia cotidiana, y sabíamos lo que era sufrir en nuestras carnes los efectos de la corrupción galopante en nuestro país. Y, por lo tanto, lo que se contaba en esta gran novela de la dinastía Qing nos parecía mucho más distante e incomprensible que el mundo narrado en el *Jin Ping Mei*.

Leí *Ciudad difunta* porque en esa época se debía promover el vicio en el arte o todo lo que era retorcido y temido en cierta manera por la sociedad biempensante; o, dicho de otra forma, todo lo que estaba relacionado con él, ya que ello nos proveía paradójicamente de autoridad moral sobre otra gente, digamos, más respetada en nuestra sociedad que nosotros mismos, pero que nosotros despreciábamos con todas nuestras fuerzas. Y había que hacerlo entregándose a fondo y con el corazón en la mano; pero, desgraciadamente, casi todo lo que podía comprarse en el mercado perteneciente a la cultura era pirateado y de dudoso origen. Yo, en esa época, no podía leer lo que deseaba e incluso ahorraba dinero en libros debido a ello. Cuando me iba al mercado de la cultura, ahí donde venden los libros nuevos y viejos, me paseaba de un lado a otro y acababa comprando alguna antigualla por un par de yua-nes. El libro solía ser bueno, pero no dejaba de ser un clásico. Al principio me atrajo la novedad, luego le di varias vueltas, pero sin prestarle verdaderamente atención. Esas frases descuidadas y sin ninguna elegancia, y ese estilo caótico pero real como la vida misma, me atrajeron poderosamente. Las buenas novelas no destacan por lo que hay escrito, sino por cómo se escriben.

Fornicar y procrearse; es evidente que todo eso también forma parte de la naturaleza humana, como vestirse o comer, y sobre esos temas se ha escrito y se escribirá una y otra vez mientras el hombre sea hombre. En el interior de *Ciudad difunta* hay mucho de esos temas y mucho del propio autor, así como muchas omisiones y muchas palabras borradas debido a la autocensura que el propio autor se había impuesto como crítica a la sociedad que lo condena. Algo así como sucedía en la versión de Zhang Zhupo del *Jin Ping Mei*.

Inevitablemente, siempre asoma en los demás cierta sospecha respecto a lo que se dice de uno mismo y por uno mismo, y además se pone por escrito para que los otros lo lean con interés. Leí

la edición del *Jin Ping Mei* que realizó Zhang Zhupo y lo hice después de leer *Ciudad difunta* de Jia Pingwa, y me di cuenta de que las partes autocensuradas de *Ciudad difunta* no eran tales. Es evidente que, tras la introducción consciente de cualquier tipo de restricción y censura, algo no pasa con facilidad entre el texto y el lector. Algo se pierde para siempre, pero la imaginación gana y se desarrolla mucho más que en condiciones normales. Y es cierto que tanto si son muchas como si son pocas, las restricciones por la censura reducen la inteligibilidad del texto y complican su lectura. Se debe reconocer ahora honestamente que esas restricciones, como todas las restricciones fruto de la autocensura, no dejan de constituir un acto consciente y deliberado por parte del autor. Está claro que el señor Jia no es un novato en el mundo de las letras, y si se ha autocensurado, será por alguna razón que solo él sabrá. Además, tras leer por completo el *Jin Ping Mei*, en lo que se refiere a las descripciones de sexo, apenas supera o va más allá que lo que se encuentra en *Ciudad difunta*. Naturalmente, las descripciones grandiosas, y con todo lujo de detalles, del acto sexual en el *Jin Ping Mei* son, respecto a la sociedad en la que se produjeron, y de ello no me queda ninguna duda, el auténtico contenido y la auténtica esencia de la obra.

Dicho esto, esas restricciones dieron ciertamente, y paradójicamente, más fama (y, sobre todo, más dinero) al autor. En los años noventa del siglo pasado, los escritores no se hacían ricos con sus novelas y era, además, muy difícil entrar en el círculo de los letrados consagrados en China, es decir, esos de toda la vida. Con conocimiento de causa, era más que improbable que alguien se parase a pensar en el contenido de esas restricciones. Solo un determinado tipo de lector, y muy reducido este, buscaba novedades en esa época, y solo un veinte por ciento de los lectores podía darse cuenta de lo que esas omisiones en el texto podían querer decir en realidad; y muy pocos, solo unos pocos, podían ofenderse con ello.

El *Jin Ping Mei* es, por supuesto, un libro muy bueno —es, en realidad, una novela excelente— y es una historia que, sinceramente, debería ser leída por todo el mundo; es, a todas luces, un auténtico clásico. Este inmenso fresco de la ciudad de Xi'an (la antigua capital del oeste, Chang'an, y Xijing en la novela) y sus gentes que

es *Ciudad difunta* también es una novela muy entretenida y yo desearía que le gustase a todo el mundo como me ha gustado a mí; y que guste, sobre todo, no porque hay omisiones deliberadas y por el desafío emocionante y morboso que supone adivinar lo que querían decir, sino por todas las palabras que sí aparecen en él y que así de bien fueron escritas por su autor.

SHI YI  
(el editor)

*El argumento de esta historia está totalmente inventado; y os lo ruego, no os identifiquéis con nada ni con nadie de esta farsa. Solo los sentimientos y las pasiones que se expresan en él son auténticos y solo ellos consienten la burla, los insultos y la crítica que vienen de fuera.*

(Declaración introductoria del propio autor a su novela el año mismo de su primera edición, en 1993).

# Capítulo I

EN LA DÉCADA DE LOS AÑOS OCHENTA, algo verdaderamente extraño<sup>4</sup> sucedió en la ciudad de Xijing<sup>5</sup> —la vieja capital del oeste—. Un par de amigos<sup>6</sup> a los que solo la muerte podía separar se dirigió a la tumba de la bella

---

4. Empezar una novela contando un suceso extraño o mítico era algo usual en la novela (*xiaoshuo*) china clásica. El mito de la flor rara en *Ciudad difunta* pertenece a esta tradición [*N. del T.*].

5. Xijing (西京) o la «Capital del Oeste» es como el autor denomina a Xi'an (西安), la antigua capital imperial de más de diez dinastías chinas, también conocida como Chang'an (长安). *Fei du* (废都) o la «capital abandonada» es como se le conoce familiarmente a la ciudad de Xi'an desde que dejó de ser la capital imperial. El carácter chino 都 (*du*) significa «ciudad» y 废 (*fei*) tiene varios significados en chino moderno y puede aludir a algo abandonado y decadente, como 颓废 (*tuifei*), en el sentido de algo que ha sido usado y luego desechado, pero también ruinoso y en estado de decadencia. En la época imperial, el término *feidu* (废都) hacía referencia a una población de tamaño considerable que había sido abandonada a su suerte (por mala gestión, corrupción interna, guerras, plagas, o porque había dejado de ser viable en términos de recursos naturales). El ejemplo más célebre de este tipo de ciudades despojadas de su función administrativa, y retratado en su época moderna en la novela de Jia Pingwa, es la antigua capital imperial Chang'an, o Xijing en la novela; Xi'an en la actualidad. Auténtica capital cosmopolita debido a la Ruta de la Seda y centro financiero del imperio durante la dinastía Tang, la actual Xi'an desarrolló una gran efervescencia cultural y económica. Como la capital de una dinastía mitificada como una época dorada en el plano cultural, económico, social y político, como la de Tang, tiene todavía hoy en el imaginario chino un fuerte eco. Pero *feidu* (废都) también puede referirse despectivamente, como lo hace en cierta jerga, a una ciudad de desechos, basuras y residuos, como una ciudad-vertedero, e incluso a un cementerio como ciudad de los muertos. El término *fei* (废) se refiere a algo que ya ha dejado de poseer la utilidad que lo caracterizaba y lo definía, y se trata, por lo tanto, de la manifestación de una desposesión radical ontológica. Así, en el proceso que lleva al estado de desecho o despojamiento, *fei* entra de manera decisiva el cambio (变, *bian*). A las almas en pena se las define como *feiren* (废人): hombres que han sido desposeídos de aquello que los define como hombres, es decir, su utilidad social que corresponde al hecho de estar vivos [*N. del T.*].

6. Se refiere a Zhuang Zhidie (庄之蝶), el protagonista de *Ciudad difunta*, y su amigo inseparable Meng Yunfang [*N. del T.*].

Yang Guifei<sup>7</sup> de la gran dinastía Tang para homenajearla. Al llegar, vieron que había muchos viajeros que rodeaban la tumba y sacaban tierra y ello les hizo pensar que algo inusual pasaba en ese cementerio. Hicieron sus investigaciones y supieron entonces que Yang Guifei había sido una mujer de una belleza sin par, y por ello, la tierra junto a su tumba era el mejor de los abonos y daba siempre las flores más bellas. Por consiguiente, los dos hombres sacaron mucha tierra, y vestidos con atuendos diferentes para que nadie les reconociera, regresaron a sus casas. Una vez ahí, metieron la tierra en unas macetas muy antiguas de las que llaman de Longshan y que están hechas con arcilla negra. Plantaron en esa tierra las semillas de unas plantas y esperaron. De las macetas salieron unos tallos negros que crecían bañados por la luz de la luna y, en efecto, crecieron vigorosos y exuberantes, y más grandes de lo que se les suponía; pero nadie, ningún hombre, era capaz de saber de qué tipo de plantas se trataba. Cogieron una de las plantas, la envolvieron y se dirigieron al interior de la ciudad amurallada, más precisamente al templo budista de Yunhuang —o el templo del Ornamento del Jade semicircular y abombado—, para consultarlo con el viejo jardinero que se encargaba de las flores; pero tampoco supo qué decirles. El Gran Maestro de la Sabiduría auspiciosa pasó por ahí y los hombres aprovecharon la oportunidad para preguntarle; pero el gran maestro se limitó a mover la cabeza de un lado a otro. Hubo alguien que se encontraba entre ellos y que intervino:

—He oído decir a menudo que el gran maestro es capaz de adivinar el significado del carácter «oreja» mediante el uso adecuado de los hexagramas.

El gran maestro replicó:

---

7. La bella Yang Guifei (杨贵妃) de la dinastía Tang fue una de las «cuatro bellezas» de China. La concubina Yang Guifei, favorita del emperador Xuanzhong (玄宗), que vivió entre los años 685 y 762, es sacrificada por la incompetencia de su primo Yang Guozhong (杨国忠). Ha pasado al imaginario chino por su belleza, pero representando al mismo tiempo el sacrificio, es decir, la belleza que acaba siendo sacrificada por motivos ajenos a ella y la belleza que causa calamidades. Los personajes femeninos de *Ciudad difunta*, como muchos personajes femeninos de las novelas y obras de teatro clásicas chinas, están modelados según el mito de Yang Guifei [*N. del T.*].

—Habrá que clasificar esa flor<sup>8</sup> rara y darle un nombre para que así sea conocida por las generaciones futuras.

El gran maestro le ordenó a alguien que asignase un nombre a la planta. Esa persona cogió con sus manos las tijeras del jardinero de las flores y, sin pensárselo, dijo:

—Pues eso, una oreja.

El gran maestro dijo:

—Esa flor es verdaderamente extraña; es una flor rara y por eso no creo que su luz vaya a durar mucho en este mundo que yace bajo el Cielo. Acabará destruyéndose inevitablemente como todo lo que es raro y precioso entre nosotros.

Esa flor<sup>9</sup> era como muchas otras, pero tenía una forma que recordaba extrañamente, y al mismo tiempo, a la de las peonías y las rosas, pero que era capaz de convertirse en cuatro flores diferentes

---

8. Se trata seguramente de una variante extraña y atrofiada de una flor del género de la *saxifraga stolonifera*, conocida como (虎耳草, *Hu er cao*) o «oreja de tigre» porque tiene la forma de una oreja alargada y contiene el carácter *er* (耳), «oreja». A pesar de su delicadez y belleza simple, así como su capacidad para manifestarse en diferentes colores, es célebre en China porque crece a menudo entre las rocas. En la cultura china es particularmente valorada por su ambigüedad: según se vea, o dependiendo de su desarrollo, puede confundirse con otro tipo de flor, como la orquídea o el geranio, u otro tipo de flor preciosa. De ahí su belleza apreciada. Pero esta flor, debido a su forma, también es asociada en cierta literatura clásica de tono erótico al sexo de la mujer. Fue particularmente apreciada durante la dinastía Tang y cantada en los poemas de este periodo [*N. del T.*].

9. Esa flor que tiene el don de convertirse en otras cuatro flores, por no tener una forma claramente definida, representa a Niu Yueqing (牛月清), la esposa virtuosa y garante de la moral de Zhuang Zhidie, a Tang Wan'er (唐宛儿), la primera amante de Zhuang Zhidie y esposa insatisfecha de Zhou Min, a Liu Yue (柳月), la sirvienta y también amante de Zhuang Zhidie, y a A Can (阿灿), la prostituta que acaba siendo también la amante de Zhuang Zhidie. Todas ellas (las cuatro manifestaciones de la *saxifraga* y las mujeres) acabarán, como la flor misma, con un fin trágico e inesperado. Dentro del contexto estético impregnado de taoísmo en el que se juzga la flor, esta se considera extremadamente bella por el hecho de que en ella se pueden ver otras flores consideradas muy bellas y prestigiosas. Es decir: no tiene una identidad fija y limitada, sino que sus posibilidades son varias, como sucede con las especies más raras y valiosas del género de las *saxifraga*, lo que se considera de por sí un principio estético. Otro aspecto que la hace particularmente bella en ese contexto es su carácter efímero y el hecho de que acaba siendo víctima de un entorno que no la reconoce y la destruye por ignorancia, ya que los personajes en la novela no reconocen de qué tipo de flor se trata. Por otra parte, las mujeres/flor también representan en otro plano la cultura (文化, *wenhua*) y la civilización (文明, *wenming*) chinas, condenadas ellas, al igual que la flor rara, a su desaparición por un mal cuidado o por la ignorancia y la negligencia al tratarlas [*N. del T.*].

con los pistilos rojos, amarillos, blancos o púrpuras, y todas ellas de una belleza inigualable que acababa consumiéndose por un factor externo. Tras verlas detenidamente, la admiración que provocaban era infinita y era difícilísimo apartar la mirada. Los dos amigos, como era de esperar, se sintieron muy orgullosos de su hallazgo, al cual trataron como un auténtico tesoro, y pensaron que era la ofrenda de alguna divinidad. Cada uno de ellos las regaba y las fertilizaba con sus propias manos como si de una de sus obligaciones morales se tratase. Pero hubo un día en que uno de los amigos se emborrachó y se levantó a medianoche para ir a regar su preciado tesoro. Por error, cogió el agua caliente de una de las tinajas y regó las plantas con ella, y como era de esperar, murieron poco después. El remordimiento que causó ese error los martirizó de por vida y en plena locura rompió todas las macetas, las cuales eran antigüedades, y enfermó por un mes entero.

A pesar de ese suceso, y a fin de cuentas, esa flor no era más que una flor, y la gente que supo esa historia no le dio tanta importancia y más bien la olvidaron rápidamente. No había llegado todavía el verano cuando en la antigua ciudad de Xijing volvió a sucederles otro caso (todavía más extraño) a los dos amigos. Fue una tarde en ese momento impreciso e intensamente tórrido entre finales de la sexta luna y principios de la séptima, cuando el sol grandioso brillaba intensamente, y con su color rojo vivo, en todo lo alto del firmamento. La luz de ese sol llenaba cada uno de los lugares y la gente olvidaba sin embargo que era ese sol quien lo iluminaba todo. Esa era la razón por la cual nadie en esa ciudad antigua miraba el cielo y los días pasaban como si nada. Todos ellos caminaban por las calles como si nada sucediese. Los que podían permitírselo, ocupaban las literas de los vagones de los trenes; y los que tenían dinero, pero se habían quedado sin plazas, y no deseaban apelotonarse en los vagones borregueros, tomaban un taxi. Algunas personas importantes utilizaban ese medio o coches privados e iban a menudo escoltadas por la policía. Todos los vagones con literas, los taxistas y los autobuses públicos, que iban más lentos, se apartaban a un lado y perturbaban el ritmo de las bicicletas. Y solo los que avanzaban rápidamente continuaban avanzando rápidamente, pisando mi sombra, mientras que yo, de mi parte, pisaba las

suyas, y las sombras no duelen, como es sabido. De repente, el color de las sombras se diluye; y más se diluye, más se acorta, hasta desaparecer. La gente continuaba caminando sobre sus sombras sin verlas, y parecía que la gente había dejado de ser gente. Tocaban con sus manos sus traseros y luego se llevaban las manos a la cara —unas caras que eran siempre de duda—; y de vez en cuando alzaban la cabeza y miraban al cielo, y pensaban que había cuatro soles<sup>10</sup> colgando en el firmamento. Sí, nada más y nada menos que... ¡cuatro soles! Y todos miraban al cielo con los puños en lo alto. En efecto, había cuatro soles en el cielo de la vieja ciudad de Xijing —cuatro soles que eran del mismo tamaño y de los que no se podía saber si eran machos o hembras—. Juntos, los cuatro soles formaban una cruz. Por el cielo había pasado una lengua meneguante y un sol erosionado, y al mismo tiempo los cuatro soles que no se movían del cielo. Ese fenómeno astronómico era verdaderamente extraño y las gentes creían que eran en realidad cuatro ojos que los estaban observando por sus malos actos. Esos soles no eran rojos, eran blancos, blancos como la luz de los rayos. Pero ¿por qué eran blancos? ¿A qué se parecía eso? No podía verse nada con claridad y solo las sombras que proyectaban sobre las calles —sombras que eran como largas barbas negras— mostraban el poder de esos soles cegadores. Nadie podía ver nada y los vehículos no osaban moverse. Solo se oían los bocinazos y... ¿era eso una película? De repente, pareció como si algo no funcionase bien en esa película y la imagen hubiese desaparecido de la pantalla, pero no el

---

10. Los cuatro (四, *si*) soles (日, *ri*) que aparecen al mismo tiempo en el firmamento simbolizan la decadencia, y es una manera metafórica de indicar el fin de una época (o ciclo dinástico) en la China antigua. 四 (*si*) es homófono de 死 (*si*), «muerte», y se asocia al sol (日, *ri*), símbolo de la luz del día y del esplendor. Los cuatro soles corresponden por lo tanto a las cuatro «celebridades» o «glorias» de Xijing: Zhuang Zhidie (庄之蝶), Ruan Zhifei (阮知非), Gong Jingyuan (龚靖元) y Wang Ximian (汪希眠) en su máximo esplendor, pero condenados a su inexorable extinción. Una de las características de la vida de estos personajes, que suelen reunirse para hablar de temas artísticos o filosóficos, remite al concepto de 风流 (*fēngliú*), que designa un estilo de vida según los principios del taoísmo: una vida libre de las convenciones sociales, cierta excentricidad en la manera de comportarse en sociedad y exhibición de maneras chocantes, y falta de respeto por la jerarquía. Zhuang Zhidie es un personaje *fengliu* y *Ciudad difunta* puede considerarse una novela *fengliu* en el sentido como empezaron a denominarse ciertas novelas eróticas o pornográficas a partir del siglo xvi [N. del T.].

sonido. Una persona se sentía así, como casi todos los hombres. El resultado fue que el silencio iba a más y se estableció una paz pesada y mortal. Solo sobre los muros de la ciudad parecía oírse algo debido al paso del viento, pero nada más. Un viento que hacía presión sobre las murallas la ciudad y que venía y luego desaparecía. La gente pensaba que se trataba de alguien tocando una flauta o algo parecido, pero no lo veían y sonreían. Luego se despertaban de golpe de su letargo y miraban asustados a todas partes. Les entraba mucho miedo y gritaban. La locura aparecía inmediatamente en todas partes.

Ese fenómeno extraño continuó durante cerca de media hora y el sol volvió a aparecer. Los ojos de la gente siguieron de nuevo el camino que les marcaban sus sombras en el suelo. Se miraban mutuamente sin comprender nada y sentían vergüenza por encontrarse en una situación difícil sin saber cómo salir de ella. Presa del pánico, la gente huía por las cuatro esquinas de la ciudad. Más que seres humanos, parecían hormigas que habían visto fuego y la policía de tráfico pasaba apuros para poder controlar ese flujo humano. Había un anciano sentado en una isla peatonal y no tenía prisa por salir de ahí. El anciano, andrajoso y maloliente, tenía la cara sucia y parecía un presidiario metido en una cárcel. Tenía unos ojos grandes y abiertos como platos y con ellos miraba con desdén cómo huía despavorida la gente. La expresión de su cara era de desagrado y no tardó en agriarse. ¿Estaba satisfecha la policía de tráfico? El policía Su —que era así como se apellidaba— corrió hacia un lado mientras se ponía encima su escudo de protección y su casco. Insultó a los mendigos para que se apartasen de encima. ¡*Pi, piii!*, les dijo, que era el insulto típico que se escuchaba en las calles de Xijing y significaba en la lengua vernácula algo así como ¡pírate de aquí! El anciano lo oyó y con el dedo escribió sobre la superficie de la isla peatonal —ya que era un experto— uno de esos poemas *ci* de los tiempos antiguos que era de por sí bastante elegante en su forma y contenido: se escondió y luego sonrió lentamente. Tras esbozar una sonrisa amplia y generosa, descendió de la isla peatonal y expuso uno de esos tapices bordados que se empleaban en el templo de Yunhuang para la liturgia devocional. En él, había un par de caracteres estampados que significaban «salvarse», junto con

otras dos piernas separadas. Una de ellas, la del lado izquierdo, era el carácter chino que significaba «necesaria», y la del derecho significaba «respuesta». El anciano no sabía lo que era sentir vergüenza y hablaba siempre como si ya tuviese preparado lo que iba decir, recitándolo. Y fue así como recitó su poema *ci*.

Ese poema cantado del tipo *ci* no tardó en hacerse conocido entre la gente y se convirtió tras pasar de una boca a otra en una balada<sup>11</sup> con tonos sarcásticos muy popular en Xijing que decía:

*... Sí, desde luego, están en primer lugar los funcionarios, que son los que viven muy bien y han perdido el contacto con la dura realidad del mundo. En segundo lugar, vienen los funcionarios burócratas y especuladores, que son los que compran y especulan por encima del bien y el mal de sus semejantes. En tercer lugar, están los contratantes, que son los que se las arreglan para que las dos partes acaben poniendo su sello y firman el contrato, y se lleven ellos, naturalmente, sus buenas comisiones. En cuarto lugar, están los que compran las casas y luego las ponen para alquilar, que son los que se quedan sentados en los sillones de sus mansiones lujosas sin mover un dedo y encima se forran. En quinto lugar, vienen los de los sombreros grandes, que son los que no se quitan sus sombreros ni para dormir y se comen por igual a los atacantes que a los defensores. En sexto lugar, están los operarios, que son los que llevan en sus cinturones el sobrecito de papel rojo repleto de la cantidad exorbitante de dinero que les han dado en sobornos. En séptimo lugar, están los actores y los teatreros, que son los que mueven el culo para que les paguen su buen dinerito. Algunos incluso se hacen ricos haciéndolo. En octavo lugar, vienen los propagandistas con su pico de oro, que son los que necesitan comer solamente tres de las partes del todo para alimentarse, pero se comen las cinco partes de lo glotonos que son. En noveno lugar, están los profesores, que son los sibaritas que gozan de las delicias culinarias exóticas venidas de países lejanos y no se dan por satisfechos nunca. Esos además se quejan y se quejan de todo. Y en décimo lugar, están*

---

11. Esta balada parece aludir a la división social jerárquica en diez tipos de individuos (人分十等, *renfen shideng*) de la sociedad china que estableció Lu Xùn (鲁迅), nacido en 1881 y muerto en 1936, en su ensayo *Escritos parsimoniosos al hilo del pincel y bajo la luz de la lámpara* (灯下慢笔, *Dengxia manbi*) [N. del T.].

*los maestros ya viejecitos todos ellos, que son los que imitan con toda su honestidad al imbécil de Lei Feng*<sup>12</sup>...

Tras la transmisión de boca a oreja de esa cantinela entre las gentes de Xijing hubo quienes, después de analizarlo seriamente, llegaron a la conclusión de que esa balada no había podido ser compuesta por un mendigo analfabeto. Al menos, debía tratarse de un profesor universitario porque solo un profesor universitario era capaz de componer un texto de esa calidad artística y lingüística. Esa balada acusaba un tipo de gente que debía obligatoriamente ser conocido por el autor. No podía ser de otra manera, y solo un profesor universitario frustrado podía tener esa dosis de amargura en su sangre como para poder escribir esas cosas y con esa mala leche. ¿Qué era en realidad ese anciano? Nadie se atrevió a investigarlo. Ese año, en Xijing, habían colocado al nuevo alcalde, el cual tenía sus ancestros en la lejana Shanghái; pero su señora, sin embargo, era de Xijing. El alcalde había pasado ya en su vida por varios otoños y varias primaveras y cada uno de los alcaldes de Xijing viene con la idea de hacer algo grande y duradero en esta ciudad antigua y amurallada, pero al final no hacen nada o muy poco, ya que se topan con muchas dificultades o el peso de los años les hace vagos y conservadores. O, simplemente, ocurre que esa ciudad los vuelve locos y lo único que hacen es hacer que el agua llegue con normalidad al campamento de los militares, ya que a estos hay que tenerlos contentos. El nuevo alcalde, aunque aceptó a regañadientes el puesto de alcalde que su suegro había dejado, y le amargaba tener que seguir esa carrera de oficiales funcionarios, y todavía menos en Xijing, se vio obligado a hacerlo y se lo tomó con filosofía. Eso sí, sabía que debía abrir bien los ojos y eso fue lo primero que hizo tras ser asignado a su puesto, además de soltar una red de amigos para que pudiesen ayudarlo en todo momento. A su mujer se la consideraba una buena esposa y colocó además a un gran número de amigos y familiares en el ayuntamiento; lo que hizo, a la postre, que se la considerase todavía mejor esposa de lo que era. Un

---

12. Lei Feng (雷锋), nacido en 1940 y fallecido en 1962 (a los 22 años), el joven mártir que fue recuperado por el régimen comunista como modelo de altruismo y abnegación, e instrumento de propaganda desde 1963 [N. del T.].

joven de nombre Huang Defu —que era un consejero del alcalde de Xijing— les propuso lo siguiente: doce dinastías han pasado por la antigua ciudad de Xijing y varias son las capas de cultura y civilización que se han estratificado las unas encima de las otras. ¿No es una responsabilidad muy grande gestionar esta ciudad en estos momentos? Los oficiales y las masas del pueblo que han convivido sucesivamente en los diferentes estratos deben seguir protegiéndose mutuamente, y desde hacía tiempo el desarrollo económico de la ciudad se encontraba muy retrasado si se lo comparaba con las ciudades de la costa este del país. La razón se debía a que todos los alcaldes, sin excepción, eran individuos de edad muy avanzada y muy poco adaptados a los nuevos vientos que soplaban en China. Lo único a lo que se habían dedicado era a tapar los agujeros de los ladrillos que faltaban en las murallas que rodeaban la ciudad de Xijing. Tapaban los agujeros con telas para que el aire no pasase y cosas así que poco tenían que ver con el desarrollo inmobiliario que había en las grandes ciudades de la costa este o en Beijing. En esos tiempos, el alcalde no pasaba más de tres o cinco años, como máximo, en el cargo, y luego lo transferían. Tampoco le daba mucho tiempo, por lo tanto, para acabar ningún proyecto serio, como promover el turismo o la vida cultural. El alcalde estaba muy motivado y con muchas ganas de hacer cosas. No tenía vergüenza y preguntaba algo cuando no lo sabía. Inesperadamente, invitó a ese joven de dientes largos —Huang Defu— a charlar con él y estuvieron tres días y tres noches conversando sobre todos los temas. Se quedó tan impresionado que le dio un puesto como secretario en una nueva escuela que pensaba abrir en Xijing. Justo en ese momento, se fue a la capital para recaudar fondos y montar una escuela; y así lo hizo en las cuatro esquinas de Xijing. Con el dinero que consiguió, pudo fundar una escuela importante. Además, restauró las partes ruinosas de los muros de Xijing y limpió las aguas del río, las cuales hacían de desagüe para las casas de la antigua capital. Ensanchó los lados del río para el esparcimiento de los lugareños y encima construyó una plaza con un casino y varios centros de recreación. También arregló tres calles principales. Una de las calles se renovó para que pudiesen venderse todo tipo de objetos de porcelana, pinturas y caligrafías. Otra calle fue

dedicada a la venta de artesanía y especialidades locales. Había que expandir la oferta cultural de la ciudad, pero ello hizo que mucha gente se acercase, curiosa, a las calles, abarrotándolas. Y con esos ríos humanos que parecían incontrollables y causaban pánico a las autoridades locales, aparecieron esos diablos retorcidos y perversos que son los miembros de la policía municipal de Xijing. Durante un periodo de tiempo, Xijing se llenó además de extraños que provenían de otras partes de China y que se dedicaban a robar y a llenar los muros de la ciudad con el humo de sus cigarrillos; y esos extraños ni siquiera tenían permiso para residir en la ciudad. En los espíritus de los residentes de Xijing se empezó a germinar un sentimiento de insatisfacción respecto a esos extraños. Y encima, ese pordiosero que tenía la cara sucia y que parecía salido de una cárcel no paraba de recitar su balada por las calles de la Capital del Oeste y, como siempre, era a los ricos y los poderosos a los que atacaba sin piedad, los ociosos Han (los chinos que no tenían nada con que ocuparse): «Venga, una muestra... ¡Una muestra más de tu gran talento, amigo!». El anciano se animaba y les soltaba lo primero que le pasaba por la cabeza con tal de desconcertarlos:

*... Si te digo que camines, ¡camina!; y si no caminas, sé que caminarás de todas formas. Si te digo que no camines, ¡no camines!; y si caminas, sé que dejarás de caminar tarde o temprano...*

Los ociosos Han, que obedecían a pies juntillas lo que les decían los mandamases de Xijing, lo escuchaban y lo aplaudían como monos de repetición. El anciano dejaba de recitar su balada y apuntaba con el dedo a los que le escuchaban, y los ociosos Han asumían su rol. El anciano les hacía repetir la parte de la balada que les concernía directamente; y naturalmente, Huang Defu no tardó, poco después, en escuchar las baladas del anciano y lo primero que hizo fue llamar por teléfono a la policía. Les dijo que el anciano mendigo se había puesto a hablar mal del alcalde y había que darle, por lo tanto, una buena lección. La policía vino y se llevó al anciano. Hicieron sus investigaciones y llegaron a la conclusión de que se trataba de un rufián que llevaba más de diez años

haciendo de las tuyas. ¿Por qué hacerse con un rufián como ese en estos momentos? Porque ese rufián había sido durante más de diez años un profesor universitario en una institución gestionada localmente y su jefe había levantado una acusación falsa en su contra. Por eso, hizo una demanda en las altas instancias de la provincia, pero no tuvo éxito, y por eso tuvo que quedarse a vivir de incógnito en Xijing. En un abrir y cerrar de ojos, se plantó en la entrada de la prefectura provincial para dar su opinión de los hechos. Lo acusaron de hechos cada vez más graves e infundados y él, tranquilo y desvergonzado, no hacía caso y respondía con desfachatez a todas sus preguntas. Se dirigió con lentitud hacia la entrada, se echó para atrás, como solía hacerlo cada vez que se encontraba en una situación difícil. Tras entrar por la puerta se revitalizaba y se envalentonaba. Luego, ya que nadie le escuchaba, renunciaba a buscar audiencia. No regresaba a casa y se quedaba vagabundando por las calles. La policía lo investigaba durante diez días, pero no encontraban que hubiese cometido ningún error y lo soltaban. O, mejor dicho, lo metían en un coche y lo dejaban a trescientos *li* del centro de Xijing; pero nadie pensaba que el anciano volvía otra vez a las callejuelas de la Capital del Oeste con un carrito de madera y recogía todos los cachivaches y objetos inservibles con los que se topaba en su camino. Los Han ociosos, por supuesto, lo recibían con los brazos abiertos y le animaban a que recitase de nuevo sus baladas. El traperero anciano se hacía el sordo, o se comportaba como si ya nada le importase en la vida —y menos sus baladas—. Por ello se limitaba a refunfuñar algo incomprensible y a gritar: «¡Chatarra!... ¡Me hago con toda la chatarra y vuestros objetos, desechos y ropas usadas! ¡También las vuestras!...». Ese grito se oía cada día, de sol a sol, en las callejuelas de Xijing; y siempre había alguien que tocaba la ocarina —el *xun*<sup>13</sup>— encima de los muros, o que aullaba como un lobo triste, o que lloraba como un fantasma, o como los cientos de pájaros que se posaban en el techo de la Torre del Tambor y que se ponían a piar al mismo tiempo y acompañaban la voz del anciano.

---

13. El *xun* (埙) u ocarina se considera el instrumento musical de viento más antiguo en China [*N. del T.*].

Ese día, el anciano trapero y chatarrero no sacó el carrito de metal y madera y durante medio día se dedicó a dar vueltas de un lado a otro sin recoger ninguna chatarra. Luego se quedó parado en un espacio abierto que hay frente a los muros del templo de Yunhuang, contemplando a varios maestros religiosos contorsionando sus cuerpos y haciendo *qigong* (los ejercicios físicos y respiratorios). También vio que había muchos individuos junto a los muros del templo, ya que ahí se reunían varios especialistas en adivinar el futuro de la gente. El anciano mendigo se acercó a ellos y, en particular, a uno de los maestros adivinadores, ya que quería que le leyese su horóscopo y saber así lo que le iba a pasar en el futuro. Hubo quienes le rodearon y al verlo, uno le dijo:

—Eh, viejo, aquí no se anda uno con tonterías. El gran maestro procede del monte E'mei en la provincia de Sichuan y me merece mucho respeto. ¡Es capaz de adivinar todo lo que sucederá bajo el Cielo! ¡No se le escapa nada! —Y tras decirle esas palabras, lo empujó.

El anciano se sintió de repente ridiculizado delante de todos y su cara larga y enjuta enrojeció de golpe. Del cielo empezó a caer una lluvia abundante y las gotas de agua, al impactar con el suelo, sonaban como las monedas metálicas cuando caen al suelo y una nube de vapor y polvo blanco se levantaba inmediatamente de la superficie. El agua formaba una cortina extensa y brillante ante los ojos de quien la contemplaba de cerca. Caían de golpe innumerables gotas de agua que parecían destellar y que se destruían con la misma rapidez con la que se formaban. Se dispersó todo el mundo y el anciano dijo:

—Llueve en el momento justo.

Tras decir esas palabras, se dirigió corriendo al pórtico de la entrada principal del templo de Yunhuang para protegerse de la lluvia. Debido a su atontamiento, el cual provenía sin duda del estado de aburrimiento que llevaba arrastrando desde hacía un buen rato, o quizá por un dolor de garganta, o para que le oyeran entre tanta agua que caía del cielo, el anciano se puso a recitar de nuevo su balada con un tono de voz más elevado del que solía usar.

Pero no se dio cuenta de que en la entrada al templo de Yunhuang —el templo del Ornamento del Jade semicircular y abomba-

do— se había sentado el Gran Maestro de la Sabiduría auspiciosa y este pudo escuchar de principio a fin la balada satírica del mendigo. En la entrada al templo había una piedra extraña, totalmente descolorida y que estaba al aire libre, y por eso siempre tenía que vérselas con la lluvia y el mal tiempo que habían pulido la superficie de esa piedra y parecía incluso que tuviese venas. Sobre la piedra se alzaba un dragón de mármol con unas tiras verdosas que era de una gran perfección. De lo bien hecho que estaba, ese dragón parecía estar vivo. El Gran Maestro de la Sabiduría auspiciosa contemplaba ensimismado la lluvia que caía del cielo y el dragón de mármol que soportaba estoicamente esa tempestad. Así, escuchaba la balada del anciano:

*... Los que se hacen ricos ocupan cargos oficiales y en las instituciones del pueblo abren sus chiringuitos..., y los pobres se quedan a un lado, mirándolos...*

El anciano puso una voz gutural y amplia, una voz de alguien que se piensa lo que está diciendo. Se vio un rayo que caía sobre el techo de la entrada del templo y luego se oyó un trueno atronador. Alzó la cabeza y vio que en la parte occidental del cielo había un arcoíris con sus siete tiras de colores. Había una conexión clara y directa con el día en que aparecieron los cuatro soles en el cielo de Xijing. El anciano sabía que en Xijing todavía podían suceder cosas que eran diferentes respecto a otros lugares en China. Seguro que iba a escucharlo en las noticias al día siguiente: a doscientos *li* estaba el templo de la Puerta a la Ley de Buda —o el templo de Famen, o de la Iluminación—, donde habían descubierto las cenizas de Siddhartha. Los huesos del Buda se encontraban en Xijing y ese acontecimiento era bajo el Cielo un hecho sorprendente y excepcional. El Gran Maestro de la Sabiduría auspiciosa se había quedado sentado y meditaba, pero desconocía que había tenido una iluminación. Se decía que, en estos tiempos, había menos lobos, menos tigres y menos leopardos que antes porque muchos de ellos se habían convertido en seres humanos. Esa era la razón por la cual en estos tiempos había tanta gente repelente. Al mismo tiempo, en la ciudad de Xijing se juntaron en los últimos

años muchos maestros de *qigong* que se presentaban como seres con poderes extraordinarios. ¿Podría darse el caso que esos individuos fueran los auténticos salvadores de la humanidad? El templo de Yunhuang poseía prestigio e influencia. Tenía, en una palabra, poder —un poder que atraía irremediablemente a los maestros de *qigong*, sobre todo, de las montañas, los cuales eran especialistas mercedores de la Ley de Buda, o la ley pública (*gongfa*), que también es su significado—. ¿Por qué no merecer también la virtud pública (*gongde*) para poder transmitirla? Por eso esa gente se anunciaba en los periódicos locales. En el templo también se ofrecía entrenamiento y formación respecto a esas técnicas taoístas y, por supuesto, deseaban monopolizar a todos los estudiantes y futuros discípulos e introducirlos en la sabiduría profunda del *gongfa*.

Las clases para la adquisición y desarrollo de las técnicas del gong (el mérito público y el logro por el mérito) se realizaban en tres fases. Meng Yunfang —que era uno de los encargados de la enseñanza— se encargaba de las clases. Meng Yunfang era un investigador muy respetado de un departamento universitario de Historia y Literatura, pero era también muy bueno (y conocido por ello) haciendo otras cosas. Siete años atrás, se pusieron de moda una especie de setas con las que se hacía té rojo que trataba todo tipo de enfermedades y que además fortalecía el cuerpo dándole vitalidad. Él se puso a cultivarlas en su casa. Introdujo una de esas plantas de té en unos jarrones antiguos y los regaló a sus vecinos, sin excepción. Todo el vecindario se benefició de esa planta medicinal, y fue así como conoció a su mujer, que era alguien a quien le gustaba mucho el té. A partir de ese momento, la pareja feliz se puso a trabajar en el consumo de té rojo como terapia y abrió un negocio para promocionarlo. Al cabo de medio año, en la sociedad también se puso de moda beber vinagre y sangre de gallina. La pareja se puso, por lo tanto, a vender vinagre y sangre de gallina; pero, inesperadamente, beber sangre de gallina provocaba enfermedades. Las mujeres perdían el vello del pubis y la *laopo* (la esposa) de Meng Yunfang —que había consumido sangre de gallina— también lo perdió. Por ello se puso a buscar desesperadamente un médico. Consultó a varios, pero no encontró a ninguno que la curase. Por casualidad se enteró de que uno de

sus vecinos poseía una receta muy especial. La *laopo* se fue en su búsqueda, ya que estaba segura de que el vello de su pubis crecería de nuevo. El vecino era un año más viejo que Meng Yunfang y solían jugar juntos al *majiang*. Tras golpear la puerta Meng Yunfang y esos vecinos se vieron otra vez por casualidad, se dieron sus respectivos regalos y se sonrieron. Meng Yunfang había de hecho comprado muchos regalos a su *laopo* para que se los diese al vecino curandero y le dijo:

—Es otra gente quien va a tratar tu enfermedad. ¿Eres consciente de ello?... No te olvides de agradecersele como es debido.

Y la *laopo* (la esposa) de Meng Yunfang así lo hizo. Le dio los regalos al vecino y se lo agradeció con demasiado entusiasmo. Feliz y emocionada, regresaba a casa siempre que veía al vecino; pero Meng Yunfang, en una de las ocasiones, le tenía ya preparado el documento del divorcio, ya que sospechaba que su mujer le estaba engañando, y le pidió que lo firmase inmediatamente. Y se divorciaron. Mi mujer es mi mujer, solo su padre puede vestirla y solo su marido puede desvestirla. ¿Y quién más puede verle el coño a esa mujer?, pensaba. ¡A la mierda con esa mujerzuela! Al cabo de medio año de divorciarse, Meng Yunfang se casó otra vez con una joven de nombre Xia Jie y de la familia Xia, por lo tanto; y esa joven no había vivido en otro sitio. Meng Yunfang y la joven de la familia Xia eligieron una casa que solo estaba separada por un muro del templo de Yunhuang, y ese muro, además, ni siquiera era alto. La vida de la pareja transcurría como un río tranquilo, pero la vida en el templo atraía cada vez más la atención de Meng Yunfang. Sobre todo, con la fanfarria de los instrumentos musicales. Veían cómo los monjes del templo hacían sus ejercicios y estudiaban y practicaban el gong. Cada día escuchaba las instrucciones y anuncio del gong cuando empezaban las clases. Y como un mono, saltó un día el muro y se coló en el otro lado. La primera vez que lo hizo se topó por casualidad con el Gran Maestro de la Sabiduría auspiciosa e intentó escaparse, pero el gran maestro —el *dashi*— le dijo:

—Nosotros ya nos conocemos. ¡Seguro que sí!

Meng Yunfang asintió con la cabeza y le respondió:

—El gran maestro tiene muy buena memoria. ¡Y aún se acuerda de mí!

El gran maestro le preguntó:

—¿Cómo no iba a acordarme de ti? Vuestra flor extraña, ¿ha muerto?

Meng Yunfang le contestó:

—Pues sí, se nos murió. Las profecías del gran maestro se cumplieron tal y como fueron formuladas.

El gran maestro volvió a preguntar:

—¿Y qué fue de tu amigo?... ¿Enfermó y también murió?

Meng Yunfang respondió:

—Enfermó, cierto; pero ya hace tiempo que se recuperó. ¿Cómo sabe el gran maestro que había enfermado? Usted es verdaderamente como un dios...

El gran maestro le replicó:

—Para nada. Si fuera un dios, debería dejar atrás a ese personaje célebre para que cuando nazca charlemos un rato.

—Seguro que otro día —le dijo Meng Yunfang—, él vendrá y le presentará los respetos al gran maestro.

Durante la primera semana de clases de gong, Meng Yunfang se emocionó sobremanera practicando los ejercicios respiratorios del *qigong* y así lo anunció por los cuatro vientos. Cada vez que se juntaba con sus conocidos, hacía todo lo posible por impresionarlos. De hecho, practicaba los movimientos del gong con (y delante de) todo el mundo y la pregunta era siempre la misma: ¿lo sientes? Pues, si lo sentía, ello quería decir que no había gong —es decir, no había un movimiento efectivo y auténtico que trascendiese la realidad ilusoria de este mundo—. Recitó unas palabras que eran como encantamientos y la boca se le llenó de espuma blanca. Empezó a sudar, pero todo ello seguía en realidad sin funcionar. Xia Jie se puso a reír y dijo:

—El hombre se ha enfadado de veras... Ayer noche se me hinchó la barriga y él se puso a desarrollar el gong como si eso fuese a arreglarme la vida... Mi barriga hacía *glu, glu, glu*, y me fui corriendo al agujero de la letrina... Ahora, él ni bebe ni fuma. ¡Y ni siquiera come los cebollinos verdes que le preparo con tanto amor!

Meng Yunfang dijo escuetamente:

—Cierto, no te falta la razón.

Y cada uno de ellos exclamó:

—¡Oh!... Pues con los monjes, seamos monjes. ¿Cuál es el precepto budista que debemos seguir ahora?...

—... Si esta noche tú no te llevas bien con la cuñada, deberás obedecer por lo tanto el voto supremo del renunciamiento definitivo. —Xia Jie volvió a reír tras decir en voz alta estas últimas palabras y añadió—: ¡Esperaremos pues al renunciamiento definitivo! —Los ojos de la joven Xia Jie parpadearon nerviosamente cuando ella pronunció esas palabras y Meng Yunfang enrojeció de inmediato.

De las palabras de Xia Jie, solo ella y Meng Yunfang conocían su verdadero alcance y significado último. Al principio del periodo de tiempo para el aprendizaje del gong, Meng Yunfang conoció a una novicia del templo que se llamaba Hui Ming (la joven de la «luz de la inteligencia») y tenía dieciséis años. Tres años atrás, la joven se había licenciado en Estudios Búdicos, y tras hacerlo con éxito, ingresó como novicia en el templo de Yunhuang. Meng Yunfang se vio con ella un par de veces y respetaba hasta el límite de la devoción el saber sobre el budismo que exhibía la joven Hui Ming. Fue ella quien le dio para que leyera *Los exámenes de las cinco lámparas*<sup>14</sup> y *El sutra del diamante*<sup>15</sup>, y él, para profundizar en su sabiduría, le preguntaba sobre esos textos, sobre todo cuando se avecinaban (y él así lo presentía) periodos de catástrofes. Así, de esa manera, compartieron juntos muchas tardes. Hui Ming le gritaba junto al muro al profesor Meng y los dos juntaban sus barrigas a las piedras de ese muro y pasaban largos ratos charlando e intimando. Una noche, bajo la luz de una luna bella y tranquila, Xia Jie regresaba a casa cuando vio a Meng Yunfang y a la novicia tumbados juntos bocabajo en la parte superior del muro y hablando. Como pudo darse cuenta oyendo la conversación que los dos mantenían, llevaban así mucho tiempo. Un mosquito le picó en los dos pies. Con un pie se rascaba el otro pie, y desde un lado del muro, oyó decir:

---

14. *Los exámenes de las cinco lámparas* (五灯会元, *Wu deng hui yuan*) es una historia acerca de los monjes de la secta *chan* (budismo zen) en China que fue escrita en 1252 [N. del T.].

15. *El sutra del diamante* (金刚经, *Jin gang jing*) es una de las obras budistas más influyentes del canon *mahayana* y en el budismo *chan* [N. del T.].

—¡Hui Ming, esta tesis está muy bien escrita! Ahora puedes descansar un rato...

En la otra parte del muro, se oía decir:

—No estoy cansada. Una persona cansada en una mente cansada. Es con una profunda paz que escribo esta tesis. Yo solo siento la alegría suprema...

En esta parte del muro, se decía:

—¿Y eres feliz como la flor de loto? En el espacio que deja el muro hay dos mundos. Yo os envidio...

Al otro lado de ese muro se oyeron risas de felicidad. Alguien dijo:

—Tú lo puedes ser todo, pero nunca serás monje budista... Buscas la paz que necesitas en el mundo exterior y no la encuentras... Temo que no puedas alcanzar nunca esa paz...

En este lado del muro, se oyó decir:

—¿Es así?...

Y al otro lado, se dijo:

—Lo que te dije varios días atrás fue ciertamente demasiado riguroso.

Y a este lado, se dijo:

—Eso lo sé yo. El corazón se queda quietecito en su sitio y en boca cerrada no entran moscas.

Al otro lado se dijo:

—El profesor Meng es bueno de verdad. Yo ya he escrito otro libro y te lo confío para que se lo des de tu propia mano al alcalde.

Del otro lado del muro, alguien estiró el cuerpo y de este se alargó un brazo y se dijo:

—Quédate de pie sobre las piedras y yo me lo llevaré. ¡Eh! Y tu pie, ¿tiene poder?

—No lo tiene.

Por encima del muro voló un papel y Meng Yunfang lo agarró. Al mismo tiempo se oyó el sonido de una rama que crujía y se rompía. Hubo alguien que se había resbalado y se había dado con la barbilla en una de las tejas del muro, la cual acabó rompiéndose y cayendo al suelo. Xia Jie creyó estar asistiendo a una representación teatral que ya conocía y dijo:

—Eh, tú, Meng Yunfang... ¡Ve con mucho cuidado, granuja!  
¡Que yo ya he visto y leído la gran obra de teatro *Los aposentos del ala oeste*<sup>16</sup>!

Meng Yunfang no se había herido y solo había perdido el equilibrio sobre el taburete en el que se había subido para ver por encima de la tapia. La novicia, como un espectro, pasó corriendo por entre las flores del templo y se alejó.

En ese momento, Xia Jie apareció ante Meng Yunfang y este enrojeció y dijo:

—¡No deberías hablar una sola palabra más! Este es un asunto de Buda... Los logros de la virtud son ilimitados...

Se quedaron sin saber qué hacer y ella anunció que debían ir a almorzar. Él dijo:

—Señora, no debe estresarse. Solo debes emplearte a fondo; pero ¡no pagues ahora! Yo lo haré por ti.

Cada uno de ellos sacó cinco yuanes; y, naturalmente, era el bueno de Zhao Jingwu quien pasaba afanosamente por las calles con sus licores y sus platos.

\* \* \*

En el *xian* (distrito) de Tongguan de la prefectura de Weinan, dentro ya de la circunscripción otorgada desde los tiempos de la República de China a la provincia central de Shaanxi —un *xian* que quedaba aproximadamente a unos cien *li* de Xijing—, aparecieron durante esos años unos cuantos Han ociosos y derrochadores que, si no estaban insatisfechos con una cosa, lo estaban con otra. Impacientes y ansiosos, se comportaban como esas bandas de moscas verdes. Entre ellos, había uno de la familia Jue al que llamaban por el nombre de Zhou Min, y estaba claro que ese individuo era un trepa de dientes largos que quería hacerse funcionario

---

16. Inspirada en la historia de un cuento de la dinastía Tang, y de la que se darán varias versiones, *Los aposentos del ala oeste* (西厢记, *Xixiang ji*) es una obra capital del periodo Yuan, y celeberrima, del teatro en lengua vernácula cuyos personajes han pasado a representar el arquetipo de la pareja de amantes y el triunfo del amor en el imaginario colectivo chino, como Romeo y Julieta en la tradición occidental, al mismo tiempo que ha pasado a ser considerada una obra erótica. Los dos personajes principales son el aspirante a funcionario-letrado Zhang Sheng (张生) y la talentosa Cui Yingying (崔莺莺) [*N. del T.*].

y subir hasta lo más alto de la administración pública. Y, por supuesto, quería hacerse rico y depositar a su nombre sus muchos millones en un buen banco privado; pero aún no había encontrado la manera de lograr ese fin y todo eso no era más que proyectos quiméricos. Con las últimas luces del día, aburrido hasta morir-se y deprimido, leía las páginas de sus libros, se iba a la cafetería o al baile. En el baile, se encontró con una joven bella y atractiva, y luego se presentó todas las noches, ya que necesitaba, ciertamente, ver a esa joven otra vez. Zhou Min pensó de repente que esa joven podía tal vez compartir la misma cama con él. Tras el baile, quiso llevarse a la joven a su casa, pero esta rechazó la proposición de Zhou Min. Entonces, él se llenó de valor y se metió con su bicicleta en un callejón. La joven saltó a un lado y se despidió de él. Dijo que se iba, pero no se movió. Él volvió a insistir y ella, poniéndose a llorar, le gritó:

—¡Te odio!...

Y Zhou Min le replicó:

—Estoy demasiado excitado, y lo estoy como no lo he estado nunca. Déjate querer...

La joven mujer le dijo:

—Odio verte así y justo en estos momentos. ¿Dónde estabas hace tres años? ¡Dímelo!

Zhou Min la agarró del brazo y la colocó detrás de la bicicleta. Los dos se dirigieron raudos como el viento a una de las orillas del río que quedaba a las afueras de la ciudad. Tras aparcar la bicicleta, los dos, abrazados, se revolcaron sobre la arena fina de la orilla. En ese momento, y tras retozar un buen rato, ella le dijo a Zhou Min:

—Estoy casada y tengo un hijo de dos años.

Zhou Min se asustó e, incapaz de improvisar algo mejor, dijo:

—No me importa. Yo solo te quiero a ti. ¡Cásate conmigo, anda!

La joven se llamaba Tang Wan'er y a partir de ese momento no volvió a olvidar a Zhou Min en su vida. Nada más regresar a casa, le pidió el divorcio a su marido; pero este no estaba de acuerdo, la desnudó y la azotó hasta dejarla en carne viva. Zhou Min no se dio cuenta de nada. Ni se enteró de que el marido de Tang Wan'er la había pegado. La familia de Wan'er había pedido a uno de los hermanos que la siguiese por todas partes y que no le quitase el ojo

de encima, y Zhou Min se percató de ello y le sentó como un tiro. Zhou Min se fue a la casa de Wan'er y le dio una paliza al marido. Luego se llevó a su amada y la escondió en una habitación secreta. El *xian* (el distrito) de Tongguan era muy grande y era difícil de rastrear cada esquina para encontrarla y solo las moscas eran verdaderamente originarias de ese lugar y lo conocían bien. ¿Había alguien que conociese ese lugar al dedillo? Al cuarto día, Zhou Min vino a ver a Wan'er y ella le dijo que acababa de ver a un amigo de su marido. Estaba segura de que había venido para investigar en secreto, como un demonio con malas intenciones, el lugar. Zhou Min la escuchó con atención y se dio cuenta de que no podía seguir guardando a Wan'er en ese cuchitril. La cogió, tomaron un taxi, y los dos se dirigieron a Xijing —la Capital del Oeste—. Ahí alquilaron una casa y al principio, en Xijing, los dos se sentían como pez en el agua. Amueblaron la casa con todo lujo y compraron además muchos productos del hogar para la vida de todos los días. Visitaron en primer lugar el estanque de Huaqing, la pagoda del Ganso Salvaje, y entraron varias veces en el hotel de Tanghua y en el paraíso del Caballo Celeste. Esa mujer casada, ya que lo seguía siendo, era de una belleza extraordinaria y le encantaba además frecuentar el lujo exquisito del hotel de Tanghua y vestir con ropas bonitas a la última moda. También le gustaba, y mucho, leer libros y abandonarse a pensamientos extraños que podían considerarse el resultado de un gusto personal muy marcado desde la infancia por lo pervertido y lo bizarro. Los dos pasaron bajo el gran edificio de las telecomunicaciones y sintieron un campanazo —el que marcaba precisamente las horas del reloj que lo coronaba en la parte alta— que casi les dejó sordos. Wan'er dijo entonces:

—La gente que quiere morir salta desde la Torre del Reloj allá en todo lo alto. Esa muerte es a todas luces una muerte espectacular. ¡Vaya que sí!

Zhou Min le dijo:

—Si quisiera suicidarme, yo no me tiraría desde lo alto del reloj. Cogería una cuerda y me ahorcaría colgado de la campana para que todo el mundo lo viese. Con mi cuerpo haría sonar la campana y seguro que la música que surgiría de ella sería extremadamente bella. ¡Oh, la música sublime de la muerte!

Wan'er emitió un sonido claro con su garganta y se precipitó hacia Zhou Min, abrazándolo como una niña mimada que necesita la protección de su padre. La joven Wan'er se puso a contarle lo malo que era su marido y lo mucho que discutían. A ella le gustaba cantar, sobre todo serenatas nocturnas, que la apaciguaban cuando había malas ondas; pero el marido la pegaba cada vez que se ponía a hacerlo, ya que no soportaba que ella expresase sus sentimientos.

Zhou Min, perplejo por las palabras que había oído, le dijo:

—Eso sucede porque ese tipo no te comprende.

Y la joven casada le replicó inmediatamente:

—¡Yo solo tengo fuerzas! Sí, eso, fuerzas; pero mi cabeza es como la de un asno...

Un mes después, los dos, cada vez más debilitados por el ritmo que les habían impuesto sus cuerpos, casi se habían vuelto locos y ya apenas les quedaba dinero para gastar. Zhou Min sabía que una buena esposa no solía actuar así con otros hombres. En realidad, Tang Wan'er era una mujer bellísima y, en una ciudad del tamaño de Xijing, no podía realizar todos los deseos que Zhou Min exigía de ella, ni las cosas que él ansiaba alcanzar. Ahí en la Capital del Oeste, ni las nuevas películas, ni las nuevas ropas, ni los nuevos objetos de decoración escaseaban; pero ni los pensamientos ni los temas de conversación eran nuevos. Cada mañana, sin embargo, los rayos de sol bañaban los muros decaídos y en constante descomposición que amurallaban la antigua ciudad. Los rayos de sol pasaban por encima del muro y eran, al fin y al cabo, rayos de sol. En los altares de las flores —es decir, en los tiestos improvisados que había en los muros—, crecían, como era natural, unas flores. A pesar de que la autoridad de la joven se veía siempre superada por la de su marido, había un día al año en el que se veía reconocida, y ese día era el ocho de marzo: el Día Internacional de la Mujer. Su marido tenía en realidad ochenta años, pero ello no le impedía comportarse con ella como un jovencuelo sobrecitado al ver el cuerpo joven y bello de una mujer. Zhou Min se deprimió; pero no podía decírselo en esos términos a Tang Wan'er y se iba a la parte superior de la muralla para tocar la ocarina. Lo hacía una vez por la mañana y otra cuando se ponía el sol. Durante el intervalo de tiempo entre esos dos momentos, se iba al centro de la ciudad a buscar un

trabajo con el que ganarse la vida. Descubrió que no lejos de donde vivía estaba el templo de Qingxu, el cual era pequeño comparado con otros templos. Dentro de ese templo se habían reconstruido varias habitaciones laterales y Zhou Min iba ahí a menudo y se zampaba la carpa forrajera que compraba diariamente.

Zhou Min tenía una expresión facial despejada y había siempre algo de limpio y puro en ella, que no reflejaba el estado interior de la persona. Consiguió quizá por esa cara un trabajo en una obra que debía reformar ese templo. El jefe de la obra le pidió que saliese a hacerse con unos materiales de construcción y esos materiales de construcción iban a ser examinados por una antigua novicia del templo. Poco después, y ya que se vio obligado a ello, conoció a la *shifu* (maestra) Hui Ming y los dos conversaron de todo un poco, y Zhou Min supo entonces que la *shifu* Hui Ming había frecuentado hacía no mucho el templo de Yunhuang, ya que era todavía joven y deseaba aprender de la sabiduría de Buda. Había alcanzado con el tiempo una gran erudición y, a pesar de que no se encargaba de la casa, ya que no era su hogar, se la veía siempre por todas partes y actuaba según su propio interés y como le venía en gana. Había varias novicias que se encargaban de vestirla. Zhou Min encontraba a Hui Ming muy bella y pensó que debía intimar con ella. Tanto si pasaba algo como si no, debía intentarlo. Un día, mientras leía un libro que había cogido, alzó de repente la mirada y vio a Hui Ming, que estaba bajo unas flores y le hacía una señal con la mano. Ella se encontraba bajo varios racimos de flores violetas de glicina que colgaban de unos soportes de madera. Olvidó el libro que tenía entre las manos y se acercó a ella. Hui Ming le dijo:

—Eres un fenómeno. ¿Qué estás leyendo?

Y Zhou Min le respondió:

—*Los aposentos del ala oeste*, y como se dice en esta obra, en el templo de Putuo...

Hui Ming le replicó:

—¿Crees que el templo de Qingxu es peor que el templo de Putuo?

Zhou Min se giró y miró alrededor. Pero ¿quién habla?, se preguntó él. Hui Ming se puso a reír y, con solemnidad, dijo:

—Ven, anda. Constaté que tú no eras un trabajador de poca monta y me convencí de que te gustaba en realidad leer libros. Incluso que te gustaba observar el jaleo y sabías que los libros, cuando los lees en lo más profundo de la noche, te revelan ideas interesantes sobre la gente.

Y Zhou Min dijo:

—Así es como no puede ser de otra manera; pero no sé cómo es la gente, ni si él desea que le vean cuando se le pide. El maestro así lo recomienda...

Hui Ming le dijo:

—Ya puedes servirte de tus palabras dulces. En la ciudad de Xijing, nadie lo verá. Créeme. De todas formas, ahora se escribe el nombre de todas las calles y todas las puertas llevan su número. Se puede incluso ver el apellido de la gente. —Zhou Min se deleitó al oír esas palabras y quería irse, pero Hui Ming aún añadió—: Espera, espera... Aquí me queda todavía una carta. ¡Dásela ya!

Zhou Min cogió el sobre sellado y se fue a buscar la callejuela cuyo nombre había escrito en la carta. Detrás del muro del templo de Yuanhuang buscó a Meng Yunfang y este se entusiasmó al verlo, le cedió el asiento y le sirvió té. Le preguntó sobre las circunstancias que le llevaban hasta ahí y qué estaba leyendo o qué artículo estaba escribiendo en esos momentos. En la ciudad de Xijing, él conocía a todo el mundo. Zhou Min abrió la boca y le enseñó los dientes al responderle. Meng Yunfang le permitió entonces entrar en su estudio, el cual estaba templado. De regreso, durante la noche, Zhou Min habló a Tang Wan'er y esta le dijo a su vez:

—Xijing no ha cambiado nada desde la antigüedad y nosotros aquí no tenemos donde caernos muertos. Tampoco tenemos donde apoyarnos. Podemos vernos con el investigador y estudioso Meng y ello es una suerte tan inmensa como el cielo. No debes seguir las recomendaciones de Hui Ming. Ve una vez y lo dejas. Si vas varias veces, no te servirá de nada.

Zhou Min confiaba en las palabras de una mujer casada y según lo que le había dicho, solo fue una vez. Hui Ming actuaba, como era de esperar, como la abanderada de la causa y traía inevitablemente un plato con unas verduras y un pescado con cola.

Xia Jie se sintió bien y él hacía siempre ciertos comentarios sobre la ropa de Meng Yunfang. En el mes de enero recibía muchas visitas y Zhou Min empezó a redactar textos breves con lo que oía que salía de la boca del maestro. A Meng Yunfang le gustaba aleccionar a los otros y dárseles de maestro experto. Por supuesto, era capaz de hablar con la misma soltura de la estética clásica china que del arte contemporáneo en Occidente. Zhou Min asentía con la cabeza varias veces ante todo lo que decía Meng Yunfang como si no pudiese detenerse y sin perder tiempo escribía un artículo con las instrucciones que le indicaba el viejo maestro. El viejo se quejaba de todo y ello parecía no costarle el menor esfuerzo. Durante un tiempo, Meng Yunfang se convirtió en una celebridad cultural dentro de los muros de la ciudad. Uno de esos monumentos que no se sabe muy bien (ni nadie lo recuerda) alcanzan un prestigio altísimo en un lugar y ahí parece que se quedan eternamente. A Meng Yunfang lo conocía, ciertamente, mucha gente, y trabajaba además para un periódico, en el cual había logrado subir hasta lo más alto, pero le quedaba tiempo para leer y escribir algún artículo que otro. Y si no le quedaba tiempo, se juntaba con los hombres de cultura. En realidad, solo se juntaba con ese tipo de personajes, ya que se sentía liberado (y relajado) en ese ambiente. Meng Yunfang soltó esta frase: «Muchos son los bellos y elegantes que hay en Tongguan, el paso de Tong, y todos ellos son además listos como el hambre»; y en su cara se dibujó inmediatamente una sonrisa poco marcada cuyo significado final escapaba a la comprensión de Zhou Min. Esa afirmación había incluso avergonzado al viejo maestro. En ese momento, buscarse problemas no era lo más conveniente. ¡Vaya banda de locos chochos componía el grupo de editores de los periódicos en esa época! Meng Yunfang sonreía:

—Reconozco que tú no eres el Jue'r que conocía, ese que se tumba en el suelo plano y no hace nada durante todo el día. ¡Ni un vocero de mierda! Yo conozco a todos los gacetilleros de esta ciudad y sé todo lo que cuentan. Ahora, incluso si las familias están saturadas, yo digo que mis frases nada tienen que ver con el agua que se esparce y acaba deshaciéndose. Las palabras, una vez fuera, no pueden volver atrás. Quiero integrar con el mínimo

esfuerzo el Círculo Literario y Artístico de Xijing y comprender así cuál es el estado actual de esos productos del espíritu. Y tú, ¿qué sabes de todo eso? ¡Dímelo, anda!

Zhou Min le respondió:

—Yo sé, y muy bien, lo que se está cociendo en ese mundo y dan ganas de llorar.

Meng Yunfang dijo:

—Xijing está lleno de ociosos, y los hay de dos tipos. Unos son los ociosos sociales, y los hay entre ellos que ocupan puestos importantes y otros que no. Los hay que tienen una profesión y los hay que no; pero todos ellos poseen poder, energía y recursos. Prestan una atención especial a un detalle: la lealtad mutua. Quiero decir, la lealtad sin fisuras, la lealtad amorosa que se profesan entre ellos mismos. Realizan todo tipo de tráfico de mercancías y ejercen como consejeros de los políticos. Los hay que se van de juerga, beben y comen hasta saciarse, y luego se van de putas. A estos solo les basta con fumar opio, aunque ya no lo hacen. Son farfulleros y lían a la gente para obtener lo que ellos quieren, pero no roban a nadie, ni sus propiedades ni su dinero. Cualquier incidencia que aparece se convierte en una incidencia que desaparece inmediatamente. Ellos son los que imponen con sus gustos la moda vestimentaria de Xijing, así como las modas alimentarias. Son ellos quienes provocan el desarrollo económico de Xijing y se mezclan con la misma facilidad con los que caminan con elegancia sobre el tapiz rojo. Y no solo acaban controlando el tapiz rojo, sino que también lo hacen con el tapiz negro. Estos que representan este grupo también manejan los hilos desde la oscuridad. Luego están los cuatro individuos y esos cuatro tipos son unos grandes rufianes. Ese tipo de gente te trata bien, pero te corta el cuerpo en pedazos y te los da a comer. Y si encima dices que no te gusta, te miran mal y caes en desgracia. En ese círculo, tú no deberías meterte. ¿Cómo hablar de esa gente? Escucha atentamente sus palabras y te darás cuenta de que son claras como el agua: ellos no llaman dinero al dinero. ¡Lo llaman un «puñado»! Así, como suena. Se pusieron de acuerdo en que los hermanos no debían llamarse hermanos simplemente, sino «hermanos de hierro», y a buscar esposa se le llamaba «hacer agujeros en un muro», ¡y a las mujeres hermosas se las llamaba

«bombas»!... Meng Yunfang quería seguir hablando y Zhou Min sonrió humildemente. Meng Yunfang le dijo: ¿No te has quedado convencido?

—No, no es cierto. Sí que me lo creo —respondió Zhou Min; pero en el fondo actuaba como buen nativo que era del *xian* de Tongguan y sabía que en toda gran ciudad había necesariamente grandes ociosos, al igual que en un *xian* pequeño había necesariamente ociosos pequeños, etc. Por lo tanto, no podían compararse dos cosas que eran de un tamaño tan dispar, aunque tuviesen algo en común que las unía. Y Zhou Min añadió seguidamente—: Respecto a la sociedad de ahora, es fácil imaginar que este tipo de cosas sucedan... Sí, todo es posible ahí... ¡Creo a pies juntillas todo lo que me has contado!

Meng Yunfang le dijo con su pico de oro:

—A esa gente no hay que mencionarla. Ahora te hablaré del segundo tipo de ociosos, que son los ociosos culturales. En la ciudad de Xijing hay cuatro rufanes a los que todo el mundo conoce... Cuatro tipos de gran reputación entre los jóvenes como entre los viejos... Están en contacto con el mundo de las artes y las letras de la Capital del Oeste, y seguro que conoces a los cuatro. El primero de esos cuatro nombres célebres es el de un pintor que se llama Wang Ximian, que este año hará cuarenta años. Se ganaba la vida como joyero especializado en la talla y el pulimiento de la piedra de jade y solo en su tiempo libre se dedicaba a la pintura. De esa manera, a lo largo de los años, numerosas son las obras de arte que han visto la luz gracias a su mano. La Academia de Bellas Artes de Xijing quiso que se integrase como profesor en esta sacrosanta institución, pero él optó por la Gran Pagoda del Ganso Salvaje, que lo contrató como pintor, aunque su trabajo consistía principalmente en clasificar libros muy finos y pequeños, que había cientos, e ilustrarlos. Cada día, Wang Ximian dibujaba en cuatro o cinco de esos libros, que eran supervisados por el jefe de la pagoda del Ganso Salvaje, y luego eran vendidos. Wang Ximian se llevaba un porcentaje bastante elevado, ya que el dinero que se obtenía con esos libros ilustrados era muy elevado. Lo extraordinario era que todos los otros maestros de Xijing lo copiaban y llegó a ser más imitado que Shitao, Bada Shanren, Zhang Daqian o el

mismísimo Qi Baishi<sup>17</sup>. Dos años atrás, las pinturas de Shi Lu<sup>18</sup> sepreciaron al alza. Sus pinturas podían contarse por numerosos pergaminos y aparecieron muchos falsos. Incluso los miembros de la familia de Shi Lu eran incapaces de reconocer los falsos de los auténticos. Shi Lu tenía mucho dinero, una buena esposa y no tenía rival en lo que se refería al uso de la tinta sobre un papel fino, pero carecía ya de pasión. El verano pasado, le invitó un amigo a hacer una excursión por los caminos de la montaña de Wutai, al sur de la ciudad de Xijing, y también les acompañé. Impresionaban su porte y sus modales, ¡y se presentó con cuatro taxis y uno de ellos estaba lleno de mujeres bellas! Su nueva amante perdió un anillo de oro mientras se bañaba en uno de los riachuelos de las montañas y todo el mundo se precipitó hacia ese riachuelo para encontrarlo. Se arrojaron dentro del agua como auténticos locos para buscarlo y Shi Lu dijo: «Pues si se ha perdido, se ha perdido y no hay nada más que hacer».

»El anillo le había costado de Shi Lu la friolera de doce mil yuanes y metido en el dedo, con la carne enrollada, parecía en realidad un huevo sucio y feo. De su bolsillo sacó el dinero y se lo dio inmediatamente a la mujer, y el fajo de billetes, te puedo asegurar, porque los vi con mis propios ojos, era bien gordo.

»Hay otro tipo cuya insignia y nombre encontrarás si paseas por las callejuelas de Xijing. Se trata del célebre calígrafo de Xijing, Gong Jingyuan. Durante el periodo republicano, todas las insignias caligrafiadas de las tiendas corrían a cargo de Yu Youren<sup>19</sup>, ya que sus caligrafías eran famosas; pero Yu Youren no era Gong Jingyuan ni Gong Jingyuan era Yu Youren. Era con las mujeres igual que Wang Ximian: parecía que las coleccionaba, pero carecía de hecho de la marcada tendencia al encaprichamiento arbitrario de Wang Ximian y de su capacidad para hacer el papel adecuado en el teatro

---

17. Bada Shanren (八大山人), que vivió entre 1626 y 1705, Zhang Daqian (张大千) entre 1899 y 1983, Qi Baishi (齐白石), entre 1864 y 1957, y Shitao (石涛), entre 1642 y 1707, fueron grandes maestros de la pintura china [*N. del T.*].

18. Shi Lu (石鲁), que vivió entre 1919 y 1982, fue otro de los grandes maestros de la pintura china [*N. del T.*].

19. Yu Youren (于右任), nacido en 1879 y fallecido en 1964, fue uno de los maestros de la caligrafía moderna [*N. del T.*].

del amor. Lo que estaba bien, estaba bien, y luego había que pasar página. Todas las mujeres que estaban bien se consideraban (ellas mismas) amantes de ese que apellidaban Gong; y Gong Jingyuan se daba, por supuesto, por aludido. Pero su nombre era en Xijing sinónimo de dificultad, ya que evitaba a la gente y sobre todo declinaba las ofertas de quienes le pedían que caligrafiese su nombre. Gong Jingyuan se vendía caro y le pedía a su mujer que hiciese ese tipo de servicios, así como el de repartir sus pergaminos. Un pergamino, mil quinientos yuanes; y una insignia para una tienda u otro tipo de negocio, restaurante, etc., tres mil yuanes. El comercio estaba claro. Y era la mujer quien se encargaba de administrar el dinero y a su marido Gong Jingyuan no le daba ni para pequeños gastos, y fue por esa razón que el pintor se puso a jugar al *majiang*, pero la fortuna no le sonrió y perdió en una sola noche diez mil yuanes y tuvo que ponerse otra vez a garabatear caracteres chinos sobre papel fino y venderlos. Gong Jingyuan se echó fama de jugador (y apostador) empedernido y la policía lo detuvo en tres ocasiones. En las tres ocasiones, sin embargo, consiguió salir libre y sin cargos porque les ofrecía a los policías una caligrafía con sus nombres. A la policía, el arte exquisito de la caligrafía de Gong Jingyuan le subyugaba y lo dejaban ir. Y algo parecido sucedía con los hostales donde se quedaba y las cantinas en las que se llenaba la barriga. El jefe cocinero de la sociedad de artes culinarias de Xijing le preguntó en cierta ocasión: «Eh tú, Gong Jingyuan, ¿ya te lo has comido todo o qué?», y si había comido todo, el chef se iba contento y satisfecho; pero si no se lo había comido todo, el chef se sentía humillado en lo más profundo de su ser. Lo cierto es que los hosteleros lo recibían como si fuese un Buda.

»El otro rufián célebre de la Capital del Oeste era Ruan Zhifei, el director de la orquesta de Xijing. Había sido un actor de ópera de Qinqiang<sup>20</sup>, la ópera regional de la provincia de Shaanxi, y, como se suele decir, había aprendido de sus ancestros, y de generación en generación, a «soplar el fuego», «torcer el silbato» y «jugar con los dientes de los colegas». Y hay que reconocer que en esas

---

20. La ópera de Qinqiang (秦腔, *qinqiang*) es la ópera regional del norte de la provincia de Shaanxi [N. del T.].

cosas era único. Cuando la ópera de Qinqiang y los teatros se vaciaron, se puso a dirigir un grupo ambulante de baile y cante que era contratado de forma privada. Él mismo se encargaba a su vez de contratar a los actores y las actrices que mejor le convenían. Iba incluso más allá: se caracterizó por contratar a gente poco recomendable. Gentes que nunca en su vida hubieran subido a un escenario o se pondrían a cantar, o disfrazarse con ropas chillonas, pero que solo por dinero eran capaces de hacerlo, fueron contratadas por Ruan Zhifei. En apenas cinco años, esa *troupe* se hizo famosa a los dos lados del río Yangzi y el dinero les caía del cielo como los copos de nieve flotan en un día de tormenta. Al cabo de cinco años, el baile y el canto bajaron de nivel y la banda se dividió en dos grupos. Un grupo actuaba unas veces en la ciudad y otras en el campo. El otro se quedó permanentemente en Xijing, donde abrió una sala de baile para actuar. Los billetes para entrar costaban unos treinta yuanes y la gente se volvía loca por hacerse con uno y entrar a bailar. Esos tres rufianes célebres de la vida cultural de Xijing, Gong Jingyuan, Wang Ximian y Ruan Zhifei, pertenecían al grupo de los ociosos sociales, y seguían las modas efímeras que llegaban a la Capital del Oeste como unos auténticos esnobs. Además, sabían que vivían de gente bien colocada en las altas esferas de la función pública y extranjeros occidentales. Solo quedaba el cuarto célebre de Xijing, a pesar de que su esposa estaba contratada en el museo del Bosque de las Estelas y había abierto una librería llamada Venus. Él, sin embargo, ni iba corto de dinero ni ansiaba particularmente hacerse con más. Lo único que quería era escribir sus artículos en casa. Sin embargo, los sucesos de este mundo son extraños y más no deseas una cosa, más esta se pone a tiro de piedra y más la acabas poseyendo. En ese grupo de cuatro célebres, solo él, y de lejos, ocupaba un rango moral alto, muchísimo más alto que el de los otros. Seguro que vosotros también sois del *xian* de Tongguan, el paso de Tong, como él.

Zhou Min había oído de la palabra torrencial y desbocada de Meng Yunfang que decía: «Ah, vosotros los del *xian* de Tongguan...». Se quedó callado durante unos segundos y luego dijo:

—Pues debe ser el escritor Zhuang Zhidie... ¿No es así?

Meng Yunfang acabó contestando a su propia pregunta:

—¡Cierto!... El gran escritor Zhuang Zhidie<sup>21</sup>... Si no, os diría que en Tongguan abundan los tipos elegantes y la gente posee espíritu. Yo he leído los artículos que tú has escrito con tanto amor y he pensado en Zhuang Zhidie... Él encarna vuestra arrogancia y vuestro orgullo, y tú lo conoces probablemente...

Zhou Min dijo:

—De nombre, sí, y desde hace bastante tiempo. Un año que él fue a Tongguan para escribir un ensayo en una revista académica y dar una conferencia, yo fui en su búsqueda tras saberlo, pero la lectura pública ya había acabado y no pude verlo. En Tongguan había mucha gente que amaba escribir artículos de todo tipo y quizá era debido a la influencia de Zhuang Zhidie. Vi su fotografía, pero no pude verlo a él en persona.

Meng Yunfang repuso:

—De esos cuatro célebres, es Zhuang Zhidie a quien yo quiero más y también es al que más admiro. Es, si no el mejor, uno de los mejores escritores del Círculo Literario y Artístico de Xijing. Si te vas al diario para hacer algo, tal vez te pueda ayudar yo; pero yo voy lento con estas cosas y su palabra puede serte muy útil. Él tiene la costumbre de venir a mi casa a comer y beber. Si no te importa, el miércoles o el sábado por la tarde, te pasas. No te aseguro nada, pero no tardará en pasar por aquí y te toparás con él. Escucha sus opiniones y lee lo que escribe en el periódico.

Desde ese momento, Zhou Min se presentaba cada miércoles y cada sábado por la tarde en casa de Meng Yunfang. Se vestía con ropas limpias y bien planchadas, y además se engominaba el cabello e iba bien peinado. Había escritores, guionistas, pintores y

---

21. Zhuang Zhidie (庄之蝶) tiene el mismo apellido que uno de los maestros fundadores del taoísmo: Zhuangzi (庄子), que vivió entre los años 369 y 286 a. C. El nombre del protagonista podría traducirse como «la mariposa de Zhuang» (el maestro taoísta), así como «la mariposa del pueblo». 庄 (zhuang) tiene el significado de pueblo o granja, o conjunto de granjas. La célebre parábola de la mariposa que aparece en el Zhuangzi hace referencia a un hombre (el mismísimo maestro Zhuang) que soñaba que era una mariposa para luego, tras despertarse, conjeturar si es una mariposa que sueña que es un hombre. Además, Zhuangzi aparece a menudo en su obra homónima con el nombre social de Zhuang Zhou (庄周). En *Ciudad difunta* parece producirse una dualidad entre el personaje de Zhuang Zhidie (庄之蝶) y el de Zhou Min (周敏), como si en realidad los dos fueran dos caras de un mismo personaje: Zhuang Zhou (庄周) [*N. del T.*].

gentes del espectáculo que iban a la casa Meng con el solo fin de ver a Zhuang Zhidie. Zhou Min pasó un periodo en el que no podía ir al diario a trabajar. Pero ya que debía ganarse la vida, y no podía dejar de ingresar dinero para llenar la hucha vacía, el corazón empezó, como se suele decir en la lengua de Xijing, a hacerse cenizas.

Durante esos días, Hui Ming volvió a permitir que Zhou Min librase una carta a la casa Meng. Los dos —Zhou Min y Meng Yunfang— tomaban juntos el té y, por supuesto, hablaban de Zhuang Zhidie. Meng Yunfang le dijo a Zhou Min que Zhuang Zhidie no solía pasar al principio mucho tiempo en la ciudad. Por la mañana vio a Hong Jiang, de la librería Venus, y no pudo evitar preguntarle por el bueno de Zhuang Zhidie. Desde hacía un año la reputación del literato iba en claro aumento, pero su cabeza —o, mejor dicho, su estado de ánimo— iba cada vez peor. Se sentía deprimido de una manera extraña, como aquejado por una intensa melancolía cuyas razones no llegaba a explicarse. Llevaba ya fuera mucho tiempo ¡y nadie le llamaba! Zhou Min ya lo había oído decir y bostezó cuando Meng Yunfang se lo comentó de nuevo. Meng Yunfang recibió el mensaje de la mano de Zhou Min y le preguntó si podía ir a la Sala de la Cultura a buscar a alguien. Si la encontraba, que le dijese si debía ir a la *Revista de Xijing* o no. Zhou Min leyó la carta y junto a los nombres de Meng Yunfang y Zhuang Zhidie estaba el de una tal Jing Xueyin. Zhou Min no sabía que Jing Xueyin era una mujer y menos que era la directora del departamento de Cultura de Xijing, y le preguntó a Meng Yunfang que de quién se trataba. Meng Yunfang sonrió maliciosamente y no le respondió.

Zhou Min se había sumido en mil dudas y no acababa de creerse lo que estaban escuchando sus oídos. Ni tampoco lo tenía muy claro. Llevó el mensaje a la Sala de la Cultura. Al ponerse el sol, se fue otra vez a ver a Meng Yunfang, el cual se encontraba casi desnudo. Solo llevaba encima unos calzones anchos y estaba sentado en su despacho garabateando algo sobre un papel. Su boca se abrió para decir algo, pero su cuerpo no se movió un ápice. Zhou Min, que estaba fuera de la casa y quería entrar, no podía esperar más y alzó la voz para decirle:

—Maestro Meng, soy yo, Zhou Min... —Apretó el botón de la puerta de la entrada y esta se abrió y Zhou Min pudo entrar.

Tragando saliva, se arrodilló ante Meng Yunfang, el cual se asustó al verlo delante de él con ese gesto tan extraño e inesperado. Creyó comprender lo que estaba pasando y le preguntó:

—¿Todo solucionado?

Zhou Min enrojeció y le contestó:

—¡Sí, lo he entregado!... ¡Se lo juro! —Y tras decir esas palabras, sacó de una bolsa de viaje un pegote de *biluoluochun*, ese tipo de té verde, un par de botellines de polvos de frutas con vitamina C, un saquito con unas raíces de bambú, un saquito de esas setas de la provincia de Ningxia que llaman «concubinas imperiales» y un saquito de hongos del árbol de *shi'i*.

Meng Yunfang le dijo:

—Mi querido compañero, eres un cielo... ¿Me has traído unos regalos?

Y Zhou Min le replicó:

—Si considera esto unos regalos, en el Cielo se va a armar un gran alboroto. Lo cierto es que cada vez que me pongo a escribir, me canso. Pensé que le harían gracia estas cosas y se las compré; pero le prevengo: me ha resultado imposible comprarle otra cosa. Maestro Meng, mil gracias por su ayuda. ¡El ochenta por ciento de este asunto ya está realizado!

Meng Yunfang le replicó:

—Yo dije de ir a buscar a Jing Xueyin. Ella pertenece a la Sala de la Cultura y antes trabajaba en el diario como editora... ¿Y quién no le ha visto la cara alguna vez?

En el interior de la casa estaba Xia Jie, y separando las cortinas de la habitación en la que se había quedado medio dormida, dijo:

—Querido compañero... ¡Ah!... Deberías prestarle más atención a la gente. Sí, a la gente real, la de carne y hueso... Y ahora, con esos regalos, ¿por qué te ha dado por mostrarle tanta piedad filial al charlatán hipócrita de Meng Yunfang?

Zhou Min sonrió y dijo:

—Oh, usted, que es la señora de mi maestro, ¿no estaba durmiendo?... Y yo, cómo oso olvidarte... Acabo de pasar por la tienda de jade de Lantian y entré a echar un vistazo... Allí vi una

pulsera, la pulsera del crisantemo de jade... Pero alguien ya la había comprado. Ay, con ese tipo de joyas valiosas, se pueden comprar..., a ver, ¿cuántos vicedirectores? ¿Uno? ¿Dos, tres?... Vete a saber... Ah, les dejo a ellos que se hagan con este tipo de cosas... Al cabo de tres días, pude, sin embargo, hacerme con uno y espero que ahora entre por sus ojos y lo acepte...

La señora dijo:

—Ya veo que actúas como el hijo pródigo. ¡Vaya regreso! ¡Eres imparabile, amigo! ¡Vaya que sí!

Zhou Min volvió a sonreír y Meng Yunfang abrió uno de los botellines con los polvos de vitamina C. Llenó tres de tacitas, él se quedó con una y le dio otra a Zhou Min y otra a su mujer Jia Xie. Zhou Min le dijo que él no bebía esas cosas y le dio la tacita a la esposa de su maestro.

Meng Yunfang dijo, sujetando con una mano la taza de agua y vitamina C:

—Bienvenido a mi familia. Ahora eres como mi hijo. ¡Ahora soy yo quien te recibe con los brazos abiertos!

Zhou Min le dio un sorbo a su tacita y vio que se movían las cortinas de la habitación y se puso a explicar su encuentro con Jing Xueyin. La mujer le señalaba con el dedo y él no sabía exactamente el porqué. Zhou Min salió al patio y dijo con voz calma:

—¿Por qué no vienes? No te pasa nada.

—¿Dinero? —dijo la mujer.

Zhou Min replicó:

—El dinero no es todo para ti. ¿No es cierto?

—Tú ya me pagas con dinero y otras cosas —dijo Jing Xueyin—. Lo que te ofrezco no es moco de pavo.

Y Zhou Min le contestó:

—Lo que te ofrezco vale más que el dinero. Míralo bien.

Pero la mujer dijo que eso no funcionaba y que debía actuar como un mendigo: abrir la boca y esperar a que alguien le diese algo.

Zhou Min se puso las manos en los bolsillos y sacó el dinero que llevaba. La mujer empezó a insultarlo y se fue. Zhou Min regresó a la habitación y continuó hablando con una sonrisa en los labios:

—Esa que apellidan Jing tiene un carácter noble, pero ¡vaya temperamento! ¡Tiene el carácter del diablo! Tras verla, mi cuerpo y mi mente se desestabilizaron y me puse a temblar, y las manos me sudaban. ¡No me atrevía ni a moverme! Luego me condujo a las oficinas del diario, allí donde manda. ¡Y cómo lo hace! ¡Con qué talento! Quería ver al editor en jefe Zhong Weixian y tener noticias del jefe de Partido en la provincia. El editor en jefe, sin perder un segundo, le dijo que tendría noticias de él en tres días, y entonces me di cuenta: ¡ese era el poder de esa mujer!

Meng Yunfang dijo:

—Eso, en realidad, tú todavía no lo sabes.

Jing Xueyin era en realidad la directora de la Sala de Cultura y uno de los jefes del departamento. Salvo el jefe provincial del Partido, ¿había alguien que podía permitirse el lujo de verla por encima del hombro? Pues no. Como se suele decir en Xijing, hacía temblar incluso a los que tenían los dientes fríos y bien puestos. Además, el vicesecretario de la provincia que se encargaba de la Cultura, que era además el jefe del Partido, tenía su misma edad y estaba bajo las órdenes de su padre, y ello no le inspiraba demasiado respeto a Jing Xueyin. El jefe de la Propaganda era el secretario de su padre y ello lo hacía manejable a los ojos de Jing Xueyin. El viejo (y hablo ahora del padre de Jing Xueyin) había dejado la provincia de Shaanxi y se había ido a vivir a la provincia vecina, la de Shanxi, donde le había transferido el gobierno central. Incluso cuando la gente no está en Shaanxi, el tigre deja la montaña para que le vean. O lo que es lo mismo: incluso estando ausente y en la lejanía, el viejo seguía ejerciendo el mismo poder sobre las gentes de Xijing, y su hija moviendo los hilos desde dentro.

Zhou Min escuchó con atención y dijo:

—Todo eso ya lo sé, y muy bien. ¿Tiene Jing Xueyin la misma edad que el maestro Zhuang?

Meng Yunfang le respondió:

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Bueno, no lo sabía; pero se lo oí decir al maestro Zhuang Zhidie —se precipitó a decir Zhou Min—. También oí decir que él está escribiendo en estos momentos una novela larga y me dijo

que pasaría a verte uno de estos días. Por cierto, ella me dijo que Zhuang Zhidie estaba muy viejo... ¡Y era cierto! Hacía muy mala cara... —Tras decir esas palabras, Zhou Min sonrió maliciosamente y añadió—: Meng, mi maestro, estos asuntos requieren mucho cuidado y toman su tiempo. Todo esto debe evitar cualquier tipo de brusquedad y no debe preocuparte en exceso cómo lo hacen. Después de lo sucedido, el maestro Zhuang Zhidie quiere volvernos locos a todos.

Meng Yunfang terminó diciendo:

—Así es. Yo ya he escrito una crítica a su artículo y ahora te toca a ti escribir otro sobre el gran escritor Zhuang Zhidie; eso te dará un lugar la *Revista de Xijing*, que es lo que deseas... ¡Seguro que sí!...

Zhou Min volvió a darle mil gracias a Meng Yunfang por sus consejos, echó un vistazo al reloj que colgaba de la pared y salió apresurado.

\* \* \*

Tang Wan'er no le vio la cara a Zhou Min durante todo el día. Sabía que había tenido que salir corriendo para ir a trabajar. Al mediodía, ella ya había cocinado algo de *mashi* —la «comida del gorrión», que es una sopa que contiene unas pepitas de pasta y unas verduras, y que es típica de la provincia de Shaanxi—, y ahora la recalentaba otra vez. Luego calentó agua y se lavó, se enjugó la boca, se puso las bragas y el sujetador, y se perfumó. De esa manera, y con el fin de consolarle, le esperaba a él. Pero Zhou Min no había regresado y por esa razón se echó sobre la cama y se puso a leer un libro. Se hizo de noche y en la oscuridad profunda pudo oír al otro lado de la puerta unos pasos. De repente, el cuerpo se le ablandó y se deslizó. Se cubrió el rostro con el libro y se puso a dormir. Zhou Min golpeó la puerta y la puerta se abrió por sí sola. Nada más entrar vio la lamparita iluminada que estaba junto a la cama. Su mujer se quedó inmóvil, sin emitir el menor sonido. Con los dientes, se mordía la lengua, y Zhou Min pudo verlo y se asustó.

Zhou Min dijo:

—¡Tú no estás durmiendo!.., y estás desnudita, desnudita... ¡Y la puerta estaba abierta! Pero ¿a quién esperabas?

La mujer le respondió airada e irónica:

—¡Tenía la esperanza de que llegase un violador y me violase!

—Venga, no digas tonterías —dijo Zhou Min—; y si un día no vengo, ¿podrías soportarlo?

Su esposa replicó:

—Sabes de sobras que habrá un día en que no regresarás.

Zhou Min le comentó que había ido a ver a Meng Yunfang y este le había pedido que escribiese un artículo sobre Jing Xueyin y que la viese de nuevo. Ese asunto, le dijo a Tang Wan'er, su esposa, estaba ya prácticamente hecho. La esposa se mostró feliz por lo dicho por su marido y, totalmente desnuda, se fue a buscar un bol caliente de *mashi* y vio a su marido a través de la luz de la lámpara. Dejó el bol sobre la mesa y le alcanzó un barreño de agua a Zhou Min, que iba sucio y necesitaba lavarse. Luego apagó la luz de la lámpara y los dos se metieron en la cama para divertirse un rato y... □ □ □ □ □ □<sup>22</sup> [el autor ha borrado aquí trescientas doce palabras de la versión original]. La esposa le preguntó:

—¿Y qué apariencia tiene esa Jing Xueyin? Parece ser que esa mujer ha nacido con un pan bajo el brazo... Y con Zhuang Zhidie, ¿se lleva bien? ¿No estaban liados?

Zhou Min le contestó:

—El rostro de Jing Xueyin no es tan blanco como el tuyo, pero es cierto que no tiene muchas arrugas. No es guapa, si te digo la verdad. Sin embargo, anda de forma elegante y con mucho porte. Tiene un tono de voz alto que le da solemnidad cuando habla. Ah, y hay otro detalle que no por ser el último es menos importante: le gusta sonreír a los hombres.

La esposa apartó a un lado la cabeza de Zhou Min, ya que temía el olor a tabaco de su aliento, y le dijo:

—¿Y dónde hay una mujer a la que no le guste sonreír a un hombre?

Zhou Min le replicó:

---

22. Partes censuradas por el propio autor. Poner bloques □ (un carácter chino por cuadrado o bloque blanco) corresponde a una larga tradición en China de censura. La novela erótica *Jin Ping Mei* es uno de los ejemplos más representativos de esta censura [*N. del T.*].

—Escuché lo que me dijo Meng Yunfang. Ella tiene en muy alto concepto a los hombres, y las mujeres son seres vacíos para ella. Tal vez es por eso que no tiene ninguna amiga de su mismo sexo.

La esposa dijo:

—Ya me lo suponía. A ese tipo de mujeres le gusta recibir favores en el nido de los hombres y cree que nada se le puede escapar. Si fuera una persona del montón, sería sin duda alguna como una de esas *laopo* (esposas) viejas y odiosas y que dan asco con solo verlas; pero nació en una buena familia y ha recibido una educación excelente. Una mujer así atrae en nuestros días a los hombres como si fueran moscas. Así que no estoy de acuerdo con nada de lo que me dices, Zhou Min. Los lobos no se comen a los bebés; y más peligroso es el lugar, más tranquilo es en realidad...

Zhou Min dijo:

—Tú eres como una de esas mujeres de la antigüedad cuyo espíritu ha sido poseído por una zorra y lo sabes absolutamente todo. Al fin y al cabo, el *xian* de Tongguan no está en Xijing. Si ella es así, ¿cómo es Zhuang Zhidie?

Tang Wan'er no le respondió y dijo:

—Hay algo de lo que me dices que se me escapa, incluso en este contexto. Esa mujer es en sí misma una provocadora y no puede permitir que nadie hable mal de ella. Los demás, lo único que pueden hacer, es servirla sin rechistar. Si la gente está de acuerdo en que debes ayudarla, ve a ver a Meng Yunfang y le comentas lo de Zhuang Zhidie y Jing Xueyin, a ver qué te dice; y que Zhuang Zhidie no lo sepa, ya que creará que su reputación ha sido dañada por ti.

Zhou Min añadió después que le había comprado una pulsera de jade a Xia Jie, la mujer de Meng Yunfang, y que era un regalo que le iba a gustar mucho. Tang Wan'er no dijo nada y permaneció un rato en silencio. Zhou Min no se atrevió a decirle nada más y se echó otra vez sobre el cuerpo de su mujer. Tang Wan'er le dijo:

—Eso es lo que deberías haberme comprado a mí. Ahora Xia Jie va a estar a la última moda de Xijing, y gracias a ti... Por un lado, la cara podrida de una mujer vieja, y por otro una pulsera del mejor jade. ¿Y qué vale una de esas pulseras? ¿Un puesto de

trabajo en la revista? Nosotros podemos seguir viviendo mucho tiempo en Xijing. El mundo al revés, y es a ti a quien corresponde valorar esta situación.

—Vale, nos desnudamos y nos metemos otra vez en la cama.

\* \* \*

Tres días después, Zhou Min le dio la pulsera de jade a Xia Jie. Meng Yunfang no estaba en casa y ello permitió a Xia Jie y Zhou Min hablar sobre la revista sin ninguna presión externa. Zhou Min estaba más o menos nervioso y Xia Jie le dijo:

—No mires la cara del monje, sino la cara de Buda. Jing Xueyin pondrá todo de su parte.

Zhou Min recordó las palabras de su esposa Tang Wan'er y preguntó sonriendo:

—Al maestro Zhuang y ella..., ¿qué relación les une? ¡Y no se han casado nunca!...

Xia Jie repuso inmediatamente:

—Zhidie se ha convertido ahora en un gran escritor; pero hace apenas unos años, ¿quién le iba a hacer caso? Y de los asuntos sentimentales entre amantes, nadie hablaba claramente. Además, debes comprender algo: lo que une a un marido y una esposa no es lo mismo que lo que une a los amantes. Los buenos amantes no se convierten necesariamente en buenos esposo y mujer.

Xia Jie añadió que en el pasado Zhuang Zhidie no se había comportado de manera ejemplar y que ese legado pesaba sobre su vida presente. A Zhou Min esas palabras le provocaron ansiedad y solo al cabo de unos minutos pudo bostezar más tranquilo. Regresó ya entrada la noche y volvió a explicarle todas esas historias a Tang Wan'er y esta las escuchó con sumo interés. Quería conocer cada detalle y ese ejercicio preguntón dejó a Zhou Min totalmente exhausto. Amargado, Zhou Min le dijo:

—Nosotros estamos juntos. Solo me dejas que hable de ellos. ¿Es que quieres convertirte en esa Jing Xueyin?

Tang Wan'er le respondió:

—Sí, seguro, y hacerme la ilusión de que tú eres Zhuang Zhidie...

A Zhou Min le resultó chocante ese comentario y le provocó una gran curiosidad. Llevaba los pies desnudos y enrojecidos por haber dado muchos pasos de pie en la habitación. Luego se puso los pantalones.

Más tarde, el editor en jefe de la revista supo que Zhou Min hacía todo tipo de trabajos no cualificados. Al parecer, había —como se solía decir en Xijing— nevado en junio. Zhou Min trajo muchos regalos, que ofreció al editor en jefe directamente. Cada día regresaba a casa del trabajo muy tarde y siempre salía corriendo y dejando sus huellas marcadas en el camino. Una vez en casa, hacía todo tipo de tareas domésticas, como limpiar el suelo con el mocho y traer agua potable para beber. Todo eso le dejaba más o menos satisfecho. Zhou Min era un tipo muy inteligente y siempre encontraba tiempo para leer y hasta podía ir a ver alguna que otra obra de teatro. Le dio al editor en jefe Zhong un borrador con algo que él mismo había escrito para que lo leyera.

—¡Ah, y tú encima eras capaz de escribir cosas! —le dijo Zhong Weixian, el editor en jefe de la *Revista de Xijing*.

El artículo que le había enseñado, aunque que no podía ser publicado, mostraba de una manera brillante el talento de Zhou Min como escritor. A partir de ese momento, Zhou Min dejó de subir a los muros que rodeaban la ciudad de Xijing para tocar la ocarina y compró varios libros de Zhuang Zhidie, ya que quería leerlos todos. Quería, además, conocer todo sobre Zhuang Zhidie. De regreso a casa, mostró su alegría a su esposa Tang Wan'er. Ella se encontraba amasando una pasta de harina, y mientras lo hacía, se le movían los pechos y parecía que iban a explotar de un momento a otro. Dijo:

—Tú puedes, en realidad, escribir lo que quieras. ¿Y por qué no escribes algo sobre Zhuang Zhidie? Estás fascinado por ese escritor y tú aspiras a ser como él. Los dos sois de Tongguan y ahí pasas muchas cosas. Además, tú, ahora, sabes muchas cosas sobre Zhuang Zhidie. Escribe un artículo sobre él y lo publicas en la *Revista de Xijing*. Tratándose de Zhuang Zhidie, les entusiasmará hacerlo, créeme. Hasta el mismísimo Zhuang Zhidie te lo agradecerá en persona. Y si no le hace feliz, a ti qué más te dará. Tú ya te habrás hecho un hueco en esa revista y la gente hablará de ti. Ahí

está tu oportunidad, y nada gusta más en este mundo que vivimos que escribir la oda funeral de alguien que todavía está vivo, pero ya en las últimas, como ese Zhuang Zhidie, una auténtica estrella caída en desgracia...

Zhou Min la escuchó con atención y pensó que Tang Wan'er era una mujer versada en mil artes que sabía lo que decía y conocía como nadie el alma humana. Le pidió a Tang Wan'er que dejase el rodillo de madera con el que estaba amasando porque deseaba, como él solía decir, hacerla feliz en esos momentos. Tang Wan'er no se había limpiado las manos y dejó el cuerpo de Zhou Min blanco como la pasta de harina que estaba amasando.

Y Zhou Min, por supuesto, escribió su artículo y para ello se sirvió de treinta mil caracteres chinos. Aunque no había visto nunca a Zhuang Zhidie, había escrito el artículo como si fuera su amigo íntimo. Escribió sobre su vida como si él mismo la hubiese vivido y sobre su obra como si él mismo la hubiese escrito. Y en el relato entre la vida y la obra escrita, había mujeres, muchas mujeres, y Zhou Min escribía sobre ellas de forma obsesiva y lo hacía con un estilo muy colorido y rico en adjetivos de todo tipo. Había incluso algo de un lirismo desatado en su estilo y se detenía en mil detalles, sobre todo en lo que se refería a la relación entre Zhuang Zhidie y Jing Xueyin. El nombre de Jing Xueyin no aparecía explícitamente y Zhou Min utilizaba un seudónimo tras el que se ocultaba ella. Tras leerlo, el editor en jefe —ese tipo que se apellidaba Zhong— le dijo que era muy interesante y le prometió a Zhou Min que lo publicaría ese mismo mes. Le dijo incluso que aparecería en la edición del domingo para que llegase a más lectores. Zhou Min se dirigía cada día a la casa de Meng Yunfang para ver si estaba con él Zhuang Zhidie, pero no sospechaba que Meng Yunfang, en los días anteriores, había estado con el Gran Maestro de la Sabiduría auspiciosa en el templo de la Iluminación —el templo de la Puerta de la Ley—. Xia Jie le dijo a Zhou Min que Zhuang Zhidie había regresado al centro de la ciudad —la ciudad intramuros—. El día anterior, Zhuang Zhidie les había llamado para darles a los Meng el teléfono y la dirección y Xia Jie se la dio a Zhou Min. Xia Jie le dijo que podía presentarse en su casa cuando quisiese sin miedo a sentir que le estaba molestando.

Zhou Min se impacientaba y tomó un taxi para dirigirse a la calle de Beida, donde se encontraba el gran patio del Círculo Literario y Artístico de Xijing; pero el taxi apenas había recorrido la mitad del camino cuando Zhou Min le pidió que se parase, se bajó y caminó unos pasos hacia delante con el semblante imperturbable pero tenso. Al llegar a la entrada del patio, vio que ahí había mucha gente y ello, sin poder controlarlo, le puso todavía más nervioso. Se agachó y se puso a mirar por todos los lados. La puerta consistía en una verja de hierro y no era muy grande. Había una mujer que hablaba con los hombres mientras acompañaba a una de esas vacas con la piel cubierta de unas manchas negras enormes. Debajo de la vaca había una vasija de porcelana para acoger, al parecer, la leche. Zhou Min vio a través de las rendijas de la verja que en el patio había muchos tipos de zapatos diferentes y que entraban y salían del edificio. También vislumbró un individuo con una chaqueta negra, no demasiado alto, y que tenía el cabello alborotado. Tanto delante como detrás de la chaqueta llevaba unas letras de color amarillo. La vaca mugió de repente y todo el mundo dijo al unísono: «¡Ah, la vaca te está llamando!...». Se pusieron todos a reír y uno que se dio por aludido dijo:

—Eh, tú, si la vaca me está llamando a mí es porque tiene miedo de que la ordeñéis. ¿Está claro? Necesitará que la proteja... Soy yo quien os propongo vender la leche en cuanto antes. ¿O es que a vosotros no os gusta la leche?

La mujer que estaba junto a la vaca dijo:

—Las circunstancias no son las buenas y ese camino yo no lo voy a tomar. Esta vaca apenas da leche. Hoy iré al centro de la ciudad. Esta vaca tampoco quiere quedarse aquí. Todo esto es muy extraño. ¿Es posible ordeñarla y luego marcharnos? El señor debería verla. Estoy seguro de que regresará pronto... Y la gente de Xijing, ¿no habéis visto cómo ha adelgazado?

El hombre dijo:

—Sin leche, es normal que la gente adelgace, como yo: pero también puedes adelgazarte tomando mucha leche.

La mujer le replicó inmediatamente:

—Sí, pero beber mucha leche también te hace barrigón...

Y todos se pusieron a reír tras escuchar las últimas palabras de la mujer y se llevaron las manos a la barriga. El hombre se tumbó en el suelo y empezó a chupar el pezón de una de las mamas de la vaca.

Al otro lado de la verja, Zhou Min también se puso a reír: el Círculo Literario y Artístico de Xijing ayudaba a los escritores a mejorar y posteriormente publicar sus obras, y lo primero que veían sus ojos era a unos tipos que no sabían qué hacer con una vaca. ¿No era extraño todo eso? ¿Por qué se había puesto ese tipo que en principio era un intelectual a chuparle la teta a la vaca? ¿Eran esos los representantes de la cultura en Xijing? También oyó a algunos hombres que estaban al lado de la vaca hablar sobre el tamaño de sus barrigas, y ello le dejó todavía más perplejo.

—Pues mi barriga, si te digo la verdad, es bastante grande —dijo uno—. Y el señor, ¿cuándo vendrá? Y debemos preguntarle adónde debemos ir...

La mujer dijo:

—¿Por qué no vais a comer vuestros manjares finos y exóticos? ¿No conocéis la balada de los ocho tipos de personas? ¡Vosotros sois todos unos glotones! Así son todos los de vuestra especie... ¿Qué cita tenía el señor? ¿Y con quién?

El hombre que estaba su lado le dijo:

—Fíjate en las ropas del señor. ¿Y esas letras en *pinyin* (chino romanizado) qué quieren decir? Delante, en el corazón, está escrita la marca de cerveza Hans y detrás se puede leer exactamente lo mismo. Y la barriga, ¿no es grande?

Se oyó inmediatamente un balbuceo y unas risitas que venían directamente del hombre que se había tumbado debajo de la barriga de la vaca y la leche —brillantísima— le salpicó la cara y el cuello. El hombre dejó de chupar la teta de la vaca, le pagó dinero a la mujer y volvió a sonreír mientras se ataba los zapatos. Luego se giró. La mujer contó el dinero y constató que le había dado mucho dinero por beber leche de su vaca. Retrocedió unos pasos y el hombre que estaba a su lado le dijo:

—El tipo ese que ha chupado la teta de la vaca, seguro que ha mamado una cantidad ingente de leche... ¿No crees? Si no, no te hubiera pagado tanto dinero. También dijo que mucha gente ven-

de leche. Estoy seguro de que por la leche de esta vaca te darían mucho dinero.

La mujer respondió:

—Hace un par de días, en la calle el Sur, un joven compraba leche y se enrollaba diciendo que era leche que él mismo había querido chupar directamente de la teta de la vaca, pero que no pudo. Así que es cierto que la gente anda obsesionada con ese acto tan poco higiénico.

Todo el mundo se puso a reír a carcajadas. La mujer le dio un puñetazo a ese charlatán y salió con la vaca fuera del recinto del patio del Círculo Literario y Artístico. Los compradores se dispersaron. Zhou Min se quedó mirando a la mujer y su vaca, y en efecto, los compradores se dispersaban. Zhou Min temblaba, pero ello no le impidió armarse de valor y avanzar hacia delante, que era para lo que había venido. Una señora ya mayor se acercó a la verja de hierro para abrirla y se lo quedó mirando. Por casualidad, una bicicleta que iba muy rápido se detuvo delante de la entrada y la anciana le preguntó:

—¿Qué quieres hacer?

—Busco a Wang'an —respondió el hombre—, el compositor y escritor de letras de canciones. Vive en el edificio de atrás.

La anciana le preguntó al de la bicicleta:

—¿De dónde eres?

—¿Está haciendo una encuesta sobre población?... —respondió.

—¡Ni la población, ni ningún niño muerto! En un país hay leyes y en una casa hay reglas. ¡Eso es todo, amigo! Y yo me encargo de vigilar la entrada del gran patio del Círculo Literario y Artístico y quiero saber quién entra y quién no entra aquí. No en vano soy el guardián de esta puerta.

—Ah, vale, vale... —dijo el recién llegado—. Pertenezco al Centro Cultural de Yanta, me apellido Liu y me llamo...

La anciana le interrumpió:

—¡Me importa un comino cómo te llamas! ¡Tú no eres nadie aquí! Espera, voy a llamarle. —De repente, la anciana sopló ante un micrófono que había en la entrada y preguntó—: ¿Quién hay?

Y Zhou Min, que estaba al otro lado, respondió como si se dirigiesen a él:

—Pues soy yo.

La anciana dijo:

—Profesor Wang'an, baje por favor. Tiene un visitante. Profesor Wang'an, ¡baje, por favor!

La anciana gritó tres veces, llenando el patio con sus gritos estruendosos. Alargó la cabeza y dijo de nuevo:

—No está. ¡Se ha tomado otro día libre! —La anciana le preguntó seguidamente a Zhou Min qué estaba haciendo ahí y este le dijo que quería ver a Zhuang Zhidie, pero de repente se le quitaron las ganas de hacerlo y pensó que la anciana le iba a chillar. Una *tuotuo*<sup>23</sup> era en la antigüedad la mujer que se encargaba de guardar un burdel y esa anciana tenía toda la pinta de ser una *tuotuo* de los tiempos modernos. Por otra parte, él quería ver a Zhuang Zhidie, pero ¿cómo iba a presentarse? ¿Quién era él? ¿Qué razón iba a aducir? Y se quedó plantado en la entrada del patio incapaz de articular coherentemente un par de frases. Dio media vuelta y se dirigió a la casa de Meng Yunfang. Por una de esas casualidades, Meng Yunfang acaba de llegar y se sentía nervioso, ya que había tenido algunos problemas en la *Revista de Xijing*.

De regreso a casa, Zhou Min habló con Tang Wan'er y esta lo abroncó:

—Tú todavía andas buscando nuevos mundos. ¡Eres un ceporro, Zhou Min! Zhuang Zhidie ya se ha ido al centro de la ciudad. Así que no sé qué prisas te entran ahora. ¡Ya lo verás! Debes esperar a que vaya a ver a Jing Xueyin y esa será la chispa que encenderá el fuego. ¿No crees?

Zhou Min, lamentando lo que había dicho, se golpeó la cabeza con las manos y Tang Wan'er volvió a decirle:

—De esta manera, tú y yo haremos feliz a la gente. ¿Por qué no organizamos un banquete en nuestra casa y lo invitamos a almorzar?

—¿Y quién va a venir? —preguntó Zhou Min.

---

23. *Tuotuo* (脱脱) o mujer que regenta una casa de prostitución en la China antigua. Se sigue utilizando actualmente como jerga para referirse a ese tipo de mujeres [N. del T.].

—Invitaremos, por supuesto, a Meng Yunfang, pero primero le contaremos toda la historia. Cuéntale que estás escribiendo un artículo sobre Zhuang Zhidie. Seguro que se dejará convencer y vendrá. Si no, se lo comentas al editor en jefe, aunque tampoco es necesario torturar a la gente.

Zhou Min no perdió un instante y se dirigió hacia la casa de Meng Yunfang y se lo comentó. Meng Yunfang se fue inmediatamente a ver a Zhuang Zhidie y este le dio su visto bueno. La fecha de la invitación se fijó para el día trece de ese mismo mes.

\* \* \*

El día trece, por la mañana, Zhou Min se dirigió a la cocina nada más levantarse, ya que le esperaba mucho trabajo. Debido a que era un inquilino temporal, la cocina ni siquiera estaba completa y tuvo que pedir prestados en el restaurante de al lado tres bollos, diez platos, quince platillos, una cesta para cocinar al vapor y una cazuela. Cuando regresó del restaurante, vio que su mujer había barrido dentro y fuera de la casa y había comprado varias novelas de Zhuang Zhidie junto con una recopilación de sus ensayos. Tang Wan'er se encontraba localizando Tongguan en un mapa de Xijing y cercanías.

Zhou Min le dijo:

—Venga, rápido, a calzarse... ¿Qué hay que hacer ahora?

La esposa le respondió:

—Puedes colgarte del techo. Piensa un poco, Zhou Min, y dime eso del «espíritu de la zorra en el cuerpo de una mujer»...

Zhou Min le pinchó el trasero a Tang Wan'er y ella soltó un largo ¡ooooh! mientras se levantaba la falda para que su marido le viera el sexo desnudo ya que no llevaba ninguna ropa interior. Zhou Min le dijo que no debía ocuparse de nada más salvo de una cosa: ¡vestirse como era debido! Zhou Min empezó a cortar el pescado y Tang Wan'er iba y venía unas veces con un vestido rojo y otras con un vestido negro. Y, por supuesto, llevaba una blusa fina, un collar, unos calcetines y unos zapatos, todo ello a juego con la falda.

Zhou Min le dijo:

—Parece que vas a participar en un desfile de moda. La verdad es que cualquier cosa que te pongas encima te va de maravilla. El maestro Zhuang es un escritor célebre, así como un miembro muy respetado por la comunidad de Xijing. Además, es la primera vez que nos vamos a ver las caras, así que lo mejor es que vistas de una manera sencilla para no llamar la atención.

La mujer se había echado sobre el sofá con un vestido que fue, finalmente, de color amarillo. Se había maquillado la cara con unos polvos rojos, ensombrecido los ojos y pintado los labios de rojo carmesí. Todo ello para no llamar la atención. En ese momento llegaron Meng Yunfang y su esposa. Los dos vinieron con un botellín de licor muy aromatizado —uno de esos licores hechos con cien flores diferentes— y una bolsa de albaricoques.

Zhou Min dijo con un tono de voz forzado:

—¿Por qué habéis traído algo? No tendríais que haberos molestado.

Xia Jie le dio un golpe a Zhou Min en la frente y le dijo:

—Este licor lo he traído especialmente para Wan'er y los albaricoques son para el maestro Zhuang. Me consta que esos frutos le vuelven loco. Temía que vosotros no lo supieseis... Wan'er, déjame ser tu *meimei*, tu querida hermana pequeña... ¡Ah, por qué la gente guapa brilla como una joya!

Tang Wan'er se precipitó para darle la bienvenida a Xia Jie y dijo:

—¡Mira!... Yo no merezco una *meimei* de esta categoría.

Zhou Min intervino:

—¿*Meimei*, dices? A la señora del gran maestro Meng Yunfang no se la puede llamar de esa manera. Hay que tratarla de «señora del maestro supremo». ¡Qué menos!

Xia Jie repuso al instante:

—Bueno, me tratáis como si no tuviese nombre. Vaya, vaya... Gente extraña, gente extraña la que nos recibe...

Las dos mujeres se quedaron mirándose la una a la otra y se pusieron a mascullar entre ellas eso que se suele llamar como palabras de mujeres, es decir, de lo bonitos que eran los vestidos que llevaban, de lo jóvenes que parecían las dos, de qué maquillaje utilizaban, de cómo dar más volumen a los pechos, etc.

Tang Wan'er se dirigió a su marido:

—Zhou Min, encárgate del resto. Yo voy a enseñar a la hermana Xia Jie lo que tengo guardado y vamos a divertirnos un rato con el ajedrez mientras preparas la comida.

Tang Wan'er cogió un tablero de ajedrez chino y acompañó a Xia Jie al segundo piso. El propietario de la casa había salido de viaje y esa parte de la casa se encontraba vacía desde hacía tres días. Había en esa segunda planta tres habitaciones bien delimitadas por unas paredes y al lado de ellas se alzaba una glorieta —que estaba, dicho sea de paso, en un estado ruinoso— cuyo techo era de una madera carcomida y agujereada por las termitas. Había en medio un pilar de piedra y fue ahí encima donde pusieron el tablero de ajedrez para hacer la partida. Las dos mujeres, sin embargo, no dejaban de mirar al otro lado, a la gran avenida de Xijing, donde la gente pasaba sin cesar como un río humano. Zhou Min ya había preparado el té y lo sacó junto con unos dulces, unas tajadas de sandía y unos melocotones.

Xia Jie dijo:

—Mi pequeño Zhou, ¿qué manjares nos has preparado hoy?

Zhou Min le respondió:

—Me temo que hoy te vas a ofender conmigo. En primer lugar, no hay ningún manjar. En segundo lugar, yo no voy a cocinar nada. Lo único que os ofrezco es buena intención, y no es poco.

—Yo ni siquiera he consultado los hexagramas para tu banquete —dijo Xia Jie—. Confío en que tú te encargarás de desarrollar todo esto... No te olvides en ningún momento de que yo estoy aquí.

Xia Jie gritó a Meng Yunfang desde la parte alta del piso:

—Eh, tú hoy deberías estar en la cocina y no entreteniendo a la esposa del maestro. Cada cosa tiene su prioridad... ¡Y la comida lo es ahora para ti! ¡Venga, el té y los platillos!

Meng Yunfang añadió al cabo de unos segundos:

—Yo cocino en mi casa; pero cuando estoy fuera, ¿quién cocina? Pues los que me invitan. ¿Qué puedo hacer yo ahora? Cuando aparezca Zhuang Zhidie le voy a tratar como si fuera un fantasma...

Tras decir esas palabras, Meng Yunfang se fue inmediatamente a lavarse las manos. Los ojos de las dos mujeres parpadearon ner-

viosamente y continuaron, entre risas, jugando al ajedrez en el pabellón de madera. Zhou Min no podía creer que su invitado —y un invitado de las características de Meng Yunfang— se hubiese dirigido a la cocina para preparar la comida.

Tal y como lo habían planeado, Zhuang Zhidie se presentó a las diez. O, mejor dicho, se presentó a las diez y diez, cuando la entrada de la casa de Zhou Min estaba todavía muy tranquila. Meng Yunfang se encontraba deshilando la carne y haciendo albóndigas con ella, limpiando las setas, friendo el pescado e hirviendo la carne cuando dijo:

—Las insignias de las casas de las callejuelas están francamente bien y es imposible no encontrar lo que estás buscando. Pero ¿se habrá perdido Zhuang Zhidie? Voy al cruce, a ver... —Y tras decir esas palabras, se dirigió a la calle. En el cruce no había mucha gente. Meng Yunfang estuvo ahí de pie durante un rato y luego se metió en una callejuela hasta llegar al pequeño templo budista de la Vacuidad Luminosa.

La ermita de la Vacuidad Luminosa continuaba en obras y la puerta principal permanecía cerrada, pero ello no le impidió entrar a Meng Yunfang. Una novicia budista le preguntó por la razón de su llegada y si buscaba a alguien y Meng Yunfang le contestó que buscaba a la maestra Hui Ming. La novicia lo acompañó seguidamente a la parte de atrás de la ermita, donde se encontraba la Gran Sala. Dentro de la Gran Sala, que constituye la parte principal de todo templo budista, soplaban un viento frío y Meng Yunfang dejó repentinamente de sudar. El sol llenaba el espacio con sus rayos de luz cegadores, los cuales entraban en la ermita como haces de flechas. Apenas se podía vislumbrar algo dentro del espacio desolado. Se quedó de pie y sin moverse durante un buen rato, contemplando solamente ese lugar sagrado a medio construir. La paz que se respiraba en ese lugar le causaba un enorme respeto. De repente constató que en esa sala había una cama cubierta por una red de nailon para protegerla de los mosquitos. Sobre la cama yacía durmiendo una persona y Meng Yunfang pensó que no era correcto seguir ahí y salió de la sala. La persona que estaba en la cama se despertó y soltó sorprendida:

—¡Viejo maestro Meng!

Meng Yunfang se giró inmediatamente y vio que era Hui Ming, que iba casi desnuda y tenía el rostro rojo. Lo cierto era que iba muy maquillada para ser un día corriente.

Hui Ming le dijo algo mientras separaba la mosquitera. Salió de la cama y caminó unos pasos sin calzarse, pero no tardó en volver otra vez a la cama.

—Ven aquí y te sientas en la cama, conmigo —le dijo a Meng Yunfang—. ¿Cruzaste hoy la calle solo para venir a verme?

Meng Yunfang tragó saliva y le respondió:

—Hay quien te ha invitado a comer.

—Ya sabía que eras un estúpido, pero no tanto. Anda, vete y déjame en paz —le replicó Hui Ming.

Meng Yunfang se giró hacia la novicia budista y le dijo:

—Haz lo que debes hacer y sácame de aquí.

La novicia sonrió, abrió la puerta de la entrada de la Gran Sala y salió.

Solo al cabo de un buen rato, Meng Yunfang se decidió a abandonar definitivamente la ermita budista de la Vacuidad Luminosa y dio varias vueltas, cabizbajo, por las calles que rodeaban el cruce. Una moto de la marca Mulan (magnolia) lo detuvo e hizo que alzase la mirada. La miró una y otra vez porque algo le resultaba familiar. Al manubrio derecho de la moto se le había caído la pintura y por eso se fijó en el izquierdo, el cual estaba intacto. El asiento de atrás consistía en un ladrillo atado a la moto con unas cuerdas y no parecía muy estable, ni cómodo. Frente a la moto había una librería de viejo con una mesa fuera donde se vendían varios libros. Meng Yunfang decidió entrar en la librería. Ahí se encontraba, de pie, Zhuang Zhidie. Una vez dentro, Zhuang Zhidie vio a Meng Yunfang y le dijo:

—Mi viejo Meng, ven rápido y mira esto. ¡Aquí se bromea de lo lindo!

Meng Yunfang vio que entre los libros se hallaban las obras escogidas de Zhuang Zhidie, que estaban firmadas por él.

—Estas obras pertenecen al muy honorable Gao Wenxing, pero aquí están los tres caracteres de mi nombre Zhuang Zhidie junto con la fecha. —Había además la estampa del sello rojo con su firma. Zhuang Zhidie estaba enfadado porque pensaba que

alguien se aprovechaba de su fama y que estaban vendiendo sus obras de coleccionista a un precio de oro. Y lo están vendiendo encima como si fueran tesoros escondidos... Zhuang Zhidie le preguntó a Meng Yunfang—: Y tú, ¿sabes quién diablos es ese Gao Wenxing?

A Meng Yunfang no se le ocurrió nada y Zhuang Zhidie le contestó:

—Es un amigo de Zhao Jingwu. Una vez lo vi porque me adoraba y me pidió que le ofreciese un libro firmado. —Zhuang Zhidie firmó uno de sus libros a un comprador que lo había reconocido y añadió—: Pues luego se fue con el libro y se lo regaló al muy honorable Gao Wenxing. ¡Te lo puedes imaginar! ¡El muy golfo! Míralo, tiene la misma fecha que estos de aquí. Ahora los están vendiendo todos en esta tienda de segunda mano a un precio de oro...

Meng Yunfang, que se dio cuenta de que los libros estaban en realidad a un precio más que asequible, le dijo:

—Dame este libro, anda. Yo lo conservaré como el tesoro que en realidad es.

Zhuang Zhidie le replicó:

—Ah, ya te traeré más, a tu casa, cuando vaya a visitarte...

Los dos se subieron en la moto de la marca Mulan, que era de Zhuang Zhidie, como Meng Yunfang había adivinado al llegar a la librería, y se dirigieron sin perder un segundo a la casa de Zhou Min. Zhuang Zhidie ni siquiera lo sabía y Meng Yunfang tuvo que explicárselo. Zhuang Zhidie le dijo que tomase un atajo. Debían alcanzar el este de la ciudad, ahí donde se apilaban varios ladrillos casi destruidos que pretendían formar un muro. Podían perfectamente atravesar esa parte de la ciudad amurallada y llegar a tiempo. La ermita de la Vacuidad Luminosa no se encontraba demasiado lejos de los muros orientales de la ciudad y estaban utilizando ladrillos de esa parte del muro para renovarla. Al pasar junto a ella, Zhuang Zhidie le preguntó a Meng Yunfang si no había entrado en la ermita y Meng Yunfang enrojeció.

—¿Qué quieres que haga allí? Vámonos...

Zhuang Zhidie tuvo que ir un momento a Correos y Meng Yunfang, al llegar casa, dijo que Zhuang Zhidie no iba a tardar en

venir. Meng Yunfang se metió inmediatamente en la cocina para acabar los platos que había dejado a medio hacer. Tang Wan'er bajó como un rayo desde la segunda planta y le preguntó secretamente a Zhou Min si todavía tenía el cabello limpio y brillante. Zhou Min se había quedado adormilado y Tang Wan'er lo despertó. El marido le dijo a su mujer que sí, que su cabello estaba intacto y seguía igual de bello que antes, y Tang Wan'er, no muy convencida por el comentario precipitado de su marido, se dirigió otra vez a la segunda planta para seguir jugando al ajedrez con Xia Jie. Y en ese preciso momento se oyó el ruido de un motor y Meng Yunfang gritó desde el interior de la cocina:

—¡Ya está aquí!

Y casi al mismo tiempo, Zhou Min se precipitó corriendo y nervioso hacia la entrada. Tang Wan'er vio a través de una de las ventanas de la sala de arriba la moto de la marca Mulan. Seguidamente vio la silueta delgada y pequeña de un individuo. Solo después pudo percibir claramente la chaqueta larga recién lavada, y de color rojo metálico, que llevaba encima Zhuang Zhidie. También se dio cuenta de que llevaba unos pantalones de color ceniza y no llevaba calcetines. Calzaba un par de zapatillas raídas y viejas, también de color ceniza. Por unos momentos, Tang Wan'er se quedó perpleja y se dijo a sí misma con una voz temblorosa: «¿Es ese Zhuang Zhidie?». Es más bien bajito, pensó, y además conduce una moto de la marca Mulan. ¿Cómo podía ser posible todo eso en un escritor tan famoso? Al bajarse de la moto, Zhuang Zhidie ni siquiera se peinó con un peine, sino que pasó de manera descuidada los dedos de la mano por su cabello para arreglárselo un poco. Tang Wan'er oyó cómo Meng Yunfang presentaba a los demás a Zhuang Zhidie y este último le dio la mano cortésmente a Zhou Min. Zhuang Zhidie comentó en voz alta la juventud y vitalidad de Zhou Min y también comentó, para sorpresa de todos, la brillantez llamativa de la piel del rostro del aspirante a articulista y escritor. Luego miró a los cuatro lados y preguntó que adónde debía dirigirse. Todo estaba tan tranquilo, dijo. Entraron en el patio y Zhuang Zhidie comentó lo bonito que le parecía ese lugar. Unos perales crecían en el centro y unas parras colgaban de los muros.

—En ese piso ahí arriba uno debe vivir como un pájaro en su nido —dijo Zhuang Zhidie.

Tang Wan'er pensó que los modales extremadamente desenfadados de ese tipo tenían algo que le azuzaba la curiosidad, pero también había algo en la manera de comportarse de Zhuang Zhidie que la ponía nerviosa. Tang Wan'er esperó a que su marido Zhou Min la llamara desde la primera planta y luego bajó. En su cabeza llevaba una cofia de enormes proporciones, y muy decorada, parecida a esas que se ponen las mujeres de la provincia sureña de Yunnan. No miró al suelo ni mostró humildad ante el invitado, como se suponía que debía hacer, pero se tropezó con los pies de Meng Yunfang y se apoyó ridículamente, y para no caerse, en Zhuang Zhidie, aunque la cofia se le cayó al suelo y se rompió.

Zhuang Zhidie y Meng Yunfang la ayudaron a ponerse de pie y se pusieron a hablar entre ellos. Zhou Min presentó su mujer a Zhuang Zhidie, pero esta hacía como si no quisiese prestarle atención y miraba desconsoladamente la cofia rota e intentó recomponerla. Xia Jie bajó a ayudarla y las dos mujeres quedaron la una frente a la otra; Xia Jie tenía más de cuarenta años y llevaba un vestido rojo. Le brillaban sus pronunciadas caderas, ya que ese vestido ajustado daba más volumen a sus curvas, ya de por sí bastante desarrolladas. Iba muy maquillada con unos polvos blancos y rosas particularmente chillones que le daban un aspecto más bien de suciedad. Tang Wan'er tenía veinticinco o veintiséis años y llevaba un vestido de un amarillo pálido, pero se movía con vivacidad y elegancia. Tenía un cuello largo y delgado que parecía de jade blanco. De él colgaba un collar de plata que llegaba justamente a las dos clavículas. La belleza de Tang Wan'er se veía así realzada con ese collar. Zhuang Zhidie pensó que Meng Yunfang no le había dicho que Zhou Min tenía una mujer y no le trajo, por lo tanto, un regalo. La belleza de esa mujer le pareció totalmente excepcional en una ciudad como Xijing.

Tang Wan'er vio cómo Zhuang Zhidie le sonreía y le dijo:

—Uy, qué vergüenza, casi me cargo a alguien... —Alzó la mirada y añadió agarrándose las manos con confianza—: Maestro Zhuang, tú eres una buena persona. Hoy te hemos invitado, y tu

presencia, maestro, nos ha traído buena suerte. Si no hubiera sido por ti, me habría dado de bruces contra el suelo y me habría partido la nariz y vete a saber qué más.

Zhuang Zhidie le respondió:

—Eso no habría ocurrido nunca.

—¿Y por qué el maestro Zhuang no habla la lengua de Tongguan? —repuso Tang Wan'er inmediatamente.

—¿Y qué es lo que estoy haciendo ahora? —dijo Zhuang Zhidie.

—La verdad es que cualquier tipo que venga a Xijing y pase aquí más de una semana ya olvida el acento de su tierra. Creía que estabas hablando el chino mandarín. ¡Pues, vaya por Dios, estaba equivocada! —dijo Tang Wan'er.

—Ni siquiera el presidente Mao hablaba el chino mandarín propiamente dicho. ¡Y yo tampoco! —exclamó airado Zhuang Zhidie.

Todo el mundo se puso a reír.

Zhou Min añadió:

—Hablemos dentro de casa. Aquí en el patio estamos haciendo ya demasiado jaleo y dentro podremos seguir hablando como queramos.

Una vez dentro, Zhou Min les ofreció té y cigarrillos, pero una y otra vez se sentía ofendido por el maestro Zhuang, ya que este no paraba de tratarlo como un camarero.

Xia Jie dijo:

—Mi pequeño Zhou, no debes mostrarte tan educado. Tú y tu maestro Meng Yunfang tenéis que preocuparos por la comida. Cuando todo esté preparado, nos llamáis.

Meng Yunfang y Zhou Min se fueron a la cocina y Tang Wan'er se quedó ahí de pie, junto al ventilador eléctrico, el cual no paraba de dar vueltas, y ella desprendía una fragancia intensa a jazmín, que era el perfume que se había puesto encima.

Xia Jie le dijo:

—Zhidie, ven, anda, y siéntate con las mujeres. ¿Cómo te fue el día? Debería preguntártelo cada día...

Zhuang Zhidie respondió:

—Ay, la señora del maestro Meng tiene todavía su manera de hacer las cosas...; y qué respeto a las buenas formas...; y qué aten-

ción... He estado muy ocupado últimamente... ¿Ya se ha solucionado lo del baile?

Xia Jie le contestó:

—... Es por ese asunto que pido tus servicios. El alcalde nos ha nombrado responsables del programa cultural de Xi-jing. Dejar a un lado algunos acontecimientos creo que no va a funcionar... Temo que vaya a perder la respetabilidad con todo esto...

—Tú tienes ahora al hermano Meng —le dijo Zhuang Zhidie—, ¿por qué me llamas a mí?

Xia Jie le replicó:

—Él no vale para esto. Como se suele decir, su cabeza está cubierta de nubes negras, mucha niebla y malas hierbas. Cuando abre la boca, parece un diccionario de términos antiguos. Eso del baile no está entre sus prioridades. En los países occidentales se baila de otra manera y eso es lo que debe importarnos ahora. Casi siempre soy yo la que se encarga de dirigir esos actos, ya que los actores le molestan todos... A Meng Yunfang le ofenden ese tipo de cosas. Ven a ver... Creo en tu manera de ver las cosas, Zhidie, y confío en que estés al corriente.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Pero ¿de qué trata todo esto? ¿Cuál es el contenido?

Jia Xie dijo:

—La primera parte es «golpear los dátiles rojos amargos» (hacer el amor repetida y apasionadamente como dos animales en celo), la segunda parte es «pelearse», y por último «llevar a cuestas el agua del pozo» (hacerse cargo de los hijos y ocuparse de las responsabilidades de la casa). Muy poético todo ello, y muy clásico, pero real como la vida misma. ¿No crees? Lo que se ha escrito consiste en: un hombre y una mujer se encuentran y se enamoran, luego se casan y lo pasan bien juntos. Ella se queda embarazada y lo pasan mal, por supuesto.

—Felicidades, yo no lo hubiera hecho mejor. ¡Vaya, estructura! —dijo Zhuang Zhidie.

—¿No está mal, no es verdad? —dijo Jia Xie—, y además utilizo el vocabulario clásico del baile tradicional.

Zhuang Zhidie dijo:

—Deberías ver la ópera de Changjiang interpretada por Chen Cuncai *Pinturas colgadas*<sup>24</sup>. El viejo Chen es además un actor de Tongguan.

Tan Wan'er intervino:

—Yo ya he visto al viejo Chen actuar sobre un escenario, pero el hombre ya tiene más de sesenta años y lleva unas zapatillas tan pequeñas... ¡Podría bailar encima de la almohadilla de una silla, cogiendo huevos de papel y quedándose colgado en el aire! Ese hombre es increíble. Antes de la Liberación, en 1949, ese tipo ya ayudó a introducir y desarrollar el teatro socialista. Las gentes de Tongguan decían que los que presenciaban la obra *Pinturas colgadas* con el viejo Chen actuando en ella no luchaban con los nacionalistas del Guomindang.

Jia Xie dijo:

—Una obra de teatro es una obra de teatro, y el baile es el baile. No mezclemos las cosas.

Tang Wan'er enrojeció, se sentó en el sofá y no se movió. Hacía como si no escuchara lo que los otros decían. Zhuang Zhidie añadió:

—Podrías aprender esa manera de bailar encima de una silla, o, por ejemplo, bailar sobre las aguas de un pozo. ¿Y por qué no sobre un barril?

Xia Jia se lo quedó pensando y dijo:

—Vale, vale... Para mostrar su emoción, debemos agrandar sus zapatillas. Cuando baile sobre el barril, lo que debe verse son sus zapatillas moviéndose, paso a paso.

Tras decir esas palabras, le gritó a Tang Wan'er y le pidió que le buscara un papel, ya que quería que el maestro Zhuang anotase todo lo que acababa de decir, pero él no hizo caso y se fue al patio.

Zhuang Zhidie estuvo hablando un buen rato dentro de la casa. Luego se excusó diciendo que debía ir a los aseos, pero se fue al

---

24. La ópera (戏, *xi*) de Qinqiang *Pinturas colgadas* (挂画, *Gua hua*) fue inspirada en la obra *El palacio del rey Fan* (梵王宫, *Fan wang gong*), con fuerte cariz romántico, de una joven sirvienta que, al tener que colgar un cuadro en la pared, debe subirse a un taburete, pero, para asombro de todos, esa *yatou* demuestra tener un talento excepcional cantando y haciendo música sobre ese taburete y acaba enamorando al señorito de la casa, que acababa de casarse con otra mujer [*N. del T.*].

patio. Tang Wan'er se encontraba bajo las parras de los racimos de uva y su cuerpo parecía moteado por mil puntos negros, los cuales no eran otra cosa que las sombras de las uvas. Tang Wan'er se encontraba aburrída y ofendida, pero al ver venir a Zhuang Zhidie, una sonrisa se dibujó en su rostro.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Te he oído hablar y tienes acento de Tongguan. ¿Eres de ahí?

—El maestro tiene un oído muy fino —le respondió Tang Wan'er—. ¿No has ido a Dongxiang?

—... Ahí la comida más apetitosa consiste en habichuelas rojas con tiras de carne, todo ello pasado por la paella —agregó inmediatamente Zhuang Zhidie.

Tang Wan'er dijo:

—Eso está muy bien, e invito al maestro a que nos cocine esas tiras de carne con habichuelas rojas. Zhou Min se reirá de mí, seguramente... No está acostumbrado a estas cosas...

—¡Genial! —dijo Zhuang Zhidie, clavando inmediatamente sus ojos en la mujer, pero ella bajó la mirada.

Para enfriar la situación, Zhuang Zhidie comentó el tipo de especie al que pertenecían esas uvas, ya que en esa época estaban todavía muy verdes. Tras hacer ese comentario, dio un salto hacia delante como si quisiese coger algunas uvas, pero no lo hizo. Wan'er, por su parte, sí que cogió un grano y se lo comió. Luego sonrió, y Zhuang Zhidie le preguntó que por qué sonreía otra vez. La mujer le respondió:

—He oído decir que a ti te gusta tomar comida amarga. A mí no, por cierto. A un hombretón como tú, ¿cómo es posible que no le guste la comida amarga? ¡Espero no haber ofendido al maestro!

Tang Wan'er se sentó en un taburete de madera y se puso tranquilamente a comer sus granos de uva. Los racimos colgaban del muro y era difícil alcanzarlos. Tang Wan'er debía ponerse de puntillas para alcanzarlos y por ello se subía encima del taburete. Al estirar los brazos, estos se le quedaban desnudos y Zhuang Zhidie pudo ver que en uno de ellos —sobre su piel blanca— había una marca de nacimiento de color morado. Zhou Min, desde el otro extremo de la casa, había sacado la comida y la había puesto sobre la mesa. Al verlos, Zhou Min dijo:

—¿Cómo dejas que el maestro coma esas uvas dulces? Ahora va a encontrar la comida amarga.

Zhuang Zhidie se puso a reír y se fue a los aseos. Volvió tras lavarse las manos y sobre la mesa ya había tres platos con tres comidas diferentes y se habían abierto varios botellines. Zhuang Zhidie tomó asiento y Xia Jie se sirvió un vaso del licor perfumado de flores. Meng Yunfang se sirvió solamente unos albaricoques. Zhou Min por su parte se sirvió un licor blanco de alta graduación y presentó sus respetos a Zhuang Zhidie:

—Maestro Zhuang, eres una de las celebridades de Xijing y el orgullo de las gentes de Tongguan. Si este estudiante torpe ha empezado a trabajar en una revista, es gracias a ti, maestro Zhuang. Ese acto de generosidad extrema no lo olvidaré nunca. Hoy quiero decirlo: es por el departamento de edición que aquí estamos reunidos; pero tengo que reconocer que he hecho una travesura. He escrito un artículo sobre el maestro Zhuang y espero que este sea capaz de perdonarme. Sobre lo que he escrito en ese artículo y cómo lo he hecho, imagino que al maestro Zhuang le hará reír.

Zhuang Zhidie dijo:

—Todo ese asunto ya pertenece al pasado y no es necesario que se hable más. Yo todavía no he leído ese artículo y me consta que ahora son muchos en Xijing quienes escriben ese tipo de artículos. Quizá porque estoy de moda, quién sabe, o porque quieren promocionarme. Antes, la gente me daba a leer sus artículos y yo les daba mi opinión. Incluso a veces decidía si se iba a publicar o no. Hoy ya ni siquiera se molestan en hacerlo, y creo que me hacen un favor. Ahora, se publica todo lo que se escribe sobre mí. ¡Absolutamente todo! Aunque no valga un pedo, y por eso ya no lo leo. ¿Para qué? ¿Para pasar un mal día?

Zhou Min dijo:

—Maestro Zhuang, tus palabras transmiten una gran generosidad y no me lo esperaba. Reciba ahora el máximo respeto de este aprendiz. ¡Brindemos juntos!

Zhidie estiró el cuello y bebió de un trago el contenido de su vaso y dijo después:

—Hermano Meng, ¿me previenes de algo?

—Pues sí, te prevengo de algo —respondió Meng Yunfang.

—¿De qué? —inquirió Zhuang Zhidie—. Nosotros hemos aprendido a conducirnos por el mundo con el budismo y el taoísmo. El alcalde ha aprendido más bien de la filosofía estética y se conduce según sus principios, y todavía es de los que piensa que la gente debe quemar incienso y arrodillarse para golpear el suelo con la frente. En realidad, los monjes de los templos, así como las novicias, ejercen una profesión. ¡Esa es su profesión!

—Hay algo que tú no entiendes —le advirtió Meng Yunfang—. No te seas estrecho de miras, ni te fíes de tus sentimientos. Las técnicas del *qigong* (unos ejercicios físicos y respiratorios) no sirven para abandonar la bebida, ni para dejar de comer carne o cebollinos verdes... ¡Ja!... Y el *qigan* (técnica de control de los sentimientos) no llega a la parte superior del cuerpo. Solo la fuerza da resultados, pero beber alcohol y comer carne y cebollinos rojos no ayuda en nada.

Zhuang Zhidie dijo:

—Todo es una cuestión de ejercitarse como lo hacen los maestros taoístas, es decir, con austeridad, como los ascetas. En este mundo, la gente más capaz, y que de verdad lo es, se ha formado con ese método, además de contar con maestros privados. Así lo han hecho los discípulos de nuestros ancestros.

Tang Wan'er soltó una carcajada estruendosa y todo el mundo se la quedó mirando mientras se relamían los labios. Todos ellos dirigieron sus miradas a los perales —con sus hojas verdísimas ya que se encontraban en el cénit de sus vidas— que podían verse a través de la ventana, como si no hubiesen oído nada. Zhuang Zhidie se quedó mirando a Tang Wan'er y pensó que era muy guapa. Le preguntó:

—Pero ¿quieres decirnos algo?

—Vosotros habláis como unos auténticos sabios y yo solo soy capaz de oír ruidos en vuestras palabras. ¡Qué tonta soy! —dijo Tang Wan'er.

Meng Yunfang habló:

—No sé qué sabiduría encuentras en nuestras palabras. Lo único que hacíamos era debatir nuestras ideas, ya que a ese tipo de conversaciones estamos acostumbrados. Yo cada vez pienso menos en él.

Zhuang Zhidie dijo:

—Creo que te gusta beber alcohol. Así que, si no quieres adoptar la disciplina budista, no la adoptes. No pasa nada. Puedes beber todo el alcohol que desees... Yo, es algo que no puedo, cierto... Este es el licor de Wuliangye, el de los cinco granos. ¿Puedo probar unas gotitas?...

Meng Yunfang añadió:

—No, es un licor de Maotai, ese licor blanco poderoso de la provincia de Guizhou. ¡Y tú tampoco puedes beber de él!

Xia Jie se sirvió un tazón bien lleno y se lo bebió de golpe y luego le gritó a Zhou Min:

—Eh, ese Zhidie tiene razón, no puede seguir así toda la vida, con ese ascetismo... ¡Lo va a matar! Cuando tú, Zhou Min, viniste a Xijing, él ya era muy famoso. Estos han sido sus años dorados, y él sigue siendo él. Lo cierto es que ahora se escriben pocos artículos sobre él. Zhidie pasa sus días como un auténtico Buda y practica sus ejercicios de puro ascetismo como es debido. Ay, mi amor, quién te ha visto y quién te ve... Lo que no se debe comer, pues no se come. Tu tripita, Zhidie, se va a alimentar con aceite, solo con aceite...

Zhou Min dijo:

—Y el maestro Meng ha aprovechado la ocasión para hincar el diente otra vez... En este mundo, solo los que se emplean a sí mismos tienen trabajo, pero la felicidad no es el honor. Meng Yunfang es feliz, pero carece de eso que se llama el honor.

Meng Yunfang le contestó:

—Pues tienes razón. En cambio, tu maestro Zhuang posee las dos cosas: esa felicidad que trae la prosperidad y el aura del honor. Tiene además su palabra en los periódicos... ¡Vaya panorama!

Zhuang Zhidie oyó esas palabras y fijó su mirada en las flechas de luz que desde ahí se clavaban en la comida. Bajo esa luz, todo parecía flotar en un halo de irrealidad. Sobre su cara se dibujó una sonrisa amarga y dijo:

—Sí, cierto, lo tengo todo, pero necesito una pausa. O, mejor dicho, romper con todo eso.

A Meng Yunfang le sorprendieron esas palabras y le preguntó:

—¿Qué me dices?

Zhuang Zhidie volvió a repetir lo último:

—Romper con todo eso.

—Ahora, déjame que te diga que tengo serias dificultades para comprenderte —dijo Meng Yunfang—. Para decir la verdad, tú puedes ir a una cervecería si quieres y ponerte ahí ciego bebiendo cerveza. Yo no iré. En los últimos días, los artículos de los periódicos tienen un tono diferente respecto a los de antes. Hay serias diferencias.

—Yo también me sorprendo a mí mismo y a veces hasta me doy miedo —se confesó Zhuang Zhidie—. Uno debe adaptarse a la sociedad y yo no lo estoy haciendo. Hago más bien lo contrario, me estoy degenerando y voy pendiente abajo. Es mi decadencia en el más profundo sentido de la palabra y lo siento en cada parte de mi cuerpo y mi alma. Esto es el principio del fin.

Meng Yunfang dijo:

—Sobre eso, yo no puedo darte mi veredicto, pero me temo que tú deberías seguir con el *qigong* y la abstinencia de la carne y el alcohol. Ah, y dejarte llevar por el fluir natural de la vida sin hacer oposición a lo que viene. Ese es el secreto de nuestra presencia bajo el Cielo, como el agua, como el calor, cuya aparición rompe la simetría del mundo de las apariencias con el mundo real. El resto es vanidad, mi amigo.

Los dos continuaron charlando mientras que Zhou Min y Tang Wan'er intentaban comprender en vano algo de lo que estaban diciendo. En realidad, no comprendían nada de lo que estaban diciendo, y sus risas ya eran risas rígidas, como forzadas. Esas risas típicas de quien no se entera de nada.

Xia Jie retorció la lengua y dijo:

—Camarada Meng Yunfang, hoy somos los invitados y debemos comportarnos como tales. No estamos en ningún foro universitario, ni para dar lecciones a nadie. Dejad de intercambiar palabras que nadie comprende.

Zhuang Zhidie agitó las manos en lo alto y dijo:

—Cierto, dejemos de hablar y echemos un trago. —Zhou Min alargó el brazo y se bebió de un golpe el contenido del tazón.

Y trago por aquí, trago por allá; y solo bebían Zhuang Zhidie y Zhou Min, pero el ambiente no acababa de caldearse. Zhou Min le

propuso a Zhidie hacer un pulso para medir las fuerzas, pero este último declinó la propuesta. Zhou Min no paraba de dar la lata a todo el mundo y a Tang Wan'er le entraba la risa nada más verlo y le dijo:

—Zhou Min, tú no deberías buscar el apoyo de los ricos y los poderosos. Ese es un mal camino, créeme. Deberías, en cambio, seguir las enseñanzas del maestro Zhuang. Maestro Zhuang, ¡yo brindo por tu salud!

Zhuang Zhidie se levantó de golpe y alzó el tazón, bebiéndolo seguidamente en su totalidad. La mujer casada dijo:

—¡Que sea yo la primera en beber de ese licor delicioso!

Tang Wan'er cogió el tazón y empinó el codo otra vez, bebió de un trago el contenido y se le enrojeció la cara inmediatamente. Finalmente, Zhuang Zhidie vació un tazón. Su mujer, por su parte, ya había vaciado tres. Zhou Min tosió y su mujer se puso el cabello de las patillas detrás de las orejas. En su cara apreció súbitamente una belleza encantadora e intensa que habría conmovido a quien la hubiese visto. Zhuang Zhidie, animado, acabó por tomarse los tres tazones de rigor en todo brindis. Tang Wan'er cogió el botellín y le ofreció más, pero Zhou Min ya no podía más.

Los presentes reían y reían en medio de la jarana creada por tanto consumo desmesurado de licor, y Meng Yunfang sacó entonces tres platos más: uno con pescado pasado por la sartén, otro con carne blanca de rana y el tercero con una tortuga a la cazuela. Xia Jie alabó inmediatamente el plato de la tortuga y dijo que mucha era la suerte que recibiría en la vida quien comiese los huesos y los cartílagos de ese reptil. Los presentes se daban codazos por hacerse con esos manjares. Tang Wan'er se mostraba particularmente habilidosa con los palillos y por eso fue una de las primeras en hacerse con uno de los huesos de la tortuga y dijo:

—Yo, en la parte del río Amarillo que pasa por el distrito de Tongguan, ya he probado un tipo de tortuga que es muy parecido a este, y lo he hecho varias veces. Lo que me desagrada es el sabor a barro que se les queda siempre encima. Esta es la parte más sabrosa de la tortuga, ¡y se la ofrezco al maestro Zhuang! —y sin estar permitido por las normas básicas de educación en la mesa, Tang Wan'er la depositó en el plato de Zhuang Zhidie, el cual

supo al instante que una mujer casada tampoco podía hacer esas cosas, ya que estaba insinuando que quería darle algo más a esa otra persona.

Lo cogió con los palillos y se lo devolvió inmediatamente a Tang Wan'er y comentó:

—Esto está muy rico, cierto, pero yo no puedo comerlo.

Tang Wan'er cogió la cabeza de la tortuga y se la llevó a la boca, emitiendo algo parecido a unos gemidos de placer. La cabeza de ese animal consistía en un cuello largo y negro que daba miedo con tan solo verlo. La cara de la tortuga tenía en realidad un aspecto siniestro y todos los presentes se dieron cuenta de ello. Tras darle un mordisco al cuello, Tang Wan'er dejó la cabeza de la tortuga mirando a Zhuang Zhidie e incomodándolo. Zhuang Zhidie se quedó intranquilo y perturbado por la mirada perversa de ese reptil. La mujer de Zhou Min volvió a coger la cabeza de la tortuga con los palillos, la levantó y la acercó al rostro de Zhuang Zhidie, el cual enrojeció al instante. Xia Jie se lo quedó mirando y dijo:

—Zhidie, creo que le has gustado a la tortuga, ya que me ha parecido ver que te sonreía, y eso te dará suerte en la vida. —Esas palabras solo tenían el objetivo de relajar el ambiente con una broma.

—Uy, creo que me he comido uno de los cartílagos de la tortuga... —dijo Zhuang Zhidie.

—A principios del año pasado me encontré con una moneda dentro de un ravioli que me estaba comiendo —dijo Xia Jie—. ¡Y nadie se lo había comido antes! ¿Te lo imaginas? ¡Me zampé una moneda metálica creyendo que era el relleno natural de un *jiaozi*! Pero me lo comí y poco después supe que eso me iba a dar suerte en la vida. A ti te va a pasar lo mismo con ese hueso de tortuga que has tragado por error. Eso es el azar del destino, querido mío, y su excepcionalidad es lo que debes considerar, porque es ella la que da la suerte en esta vida.

Tang Wan'er se puso la cabeza de la tortuga en la boca y la chupó con el fin de sacarle todo el suco que podía contener. Mientras lo hacía, no le quitaba los ojos de encima a Xia Jie y dijo que debía ir a la cocina para preparar unas tiras de carne con habichuelas rojas.

Zhuang Zhidie volvió a darle varios tragos al licor de Maotai y su cabeza cayó inconscientemente en un abismo profundo. Oyó que de la cocina provenían algunos cuchicheos y dijo:

—Ah, huelo a algo..., pero no puedo quedarme quieto en el asiento... ¿Me dejáis ver cómo pasáis la comida por la sartén?

Xia Jie le dijo:

—No es con la vista que te entrará, sino con la boca. Quiero decir, cuando lo pruebes. Luego podrás pedirle a Tang Wan'er que te haga ese plato. Ahora puedes sentarte tranquilo. Come y bebe sin ningún remordimiento de conciencia y ya verás cómo Buda te verá con buenos ojos y se pondrá de tu lado. Ah, y trátame como si te dejara participar en mi baile.

Zhuang Zhidie sonrió y se puso a comer y a beber otra vez. Clavó sus ojos en la parte exterior de la puerta, luego a la entrada del salón y finalmente a la cocina, la cual carecía de puerta y se podía entrever lo que ahí dentro estaba pasando. Tang Wan'er ya estaba ahí, afanándose en la preparación de la comida.

De hecho, Tang Wan'er se encontraba cortando la carne y había encendido el fuego de los fogones. Desde el comedor se podían oír los hachazos que propinaba a la carne de cerdo; pero por la cabeza de Tang Wan'er pasaban mientras tanto mil pensamientos y su cara se veía reflejada en un espejo pequeño que había colgado en la cocina. Zhuang Zhidie podía ver perfectamente ese espejo y el rostro bello de Wan'er, pero Tang Wan'er también podía ver el rostro de Zhuang Zhidie y pensó: no es lo suficientemente bello y su rostro tiene algo de extraño, pero tras verlo durante un buen rato, uno piensa que puede enamorarse de un rostro así. Posee una de esas bellezas que más se miran, más se aprecian. En el *xian* de Tongguan, tiempo atrás, solo el listo de Zhou Min sabía escribir artículos; pero Xijing es Xijing, y Zhou Min solo podía pasar ante los ojos de Zhuang Zhidie como un listillo pueblerino que quería hacerse un nombre, no como Zhuang Zhidie. El aceite frito saltaba en la sartén al caer encima la carne y las habichuelas rojas, y el fragor despertó a Tang Wan'er de su ensimismamiento. La joven esposa de Zhou Min dejó caer sobre el aceite el jengibre bien cortado en pequeños trozos, pero el jengibre acababa de ser lavado y aún contenía algo de agua, lo que provocó que al contacto con el

aceite saltasen repentinamente mil gotitas, y algunas de ellas impactaron el rostro de Wan'er. La joven mujer se agachó inmediatamente para protegerse del aceite caliente, pero ello no le impidió que se quemase la cara con unas cuantas gotas.

Los gritos de Tang Wan'er se oyeron desde la sala central de la casa y Zhou Min salió corriendo hacia la cocina y cogió a su mujer de las manos. En la piel de la cara de Wan'er había salido un sarpullido debido al contacto de las gotas de aceite calientes. La joven esposa se miró al espejo y derramó unas lágrimas. Todo el mundo le preguntó cómo estaba y Zhou Min, azorado, dijo:

—No pasa nada, no pasa nada; han sido simplemente unas pocas gotas de aceite.

Zhou Min abrió el grifo y le limpió a su mujer la cara con un poco de agua. Meng Yunfang dijo:

—A partir de ahora, esta mujer no podrá tener hijos.

Xia Jie saltó inmediatamente:

—¡No le digas esas cosas! Yo ni siquiera he podido darte un hijo.

Y todo el mundo se puso a reír y Meng Yunfang se dirigió otra vez a la cocina.

Ya en su dormitorio, Tang Wan'er dijo con una voz apagada:

—Esto sí que es tener mala suerte. ¡Y me ha visto todo el mundo!

—No pasa nada —le dijo Zhou Min—. El maestro Zhuang apenas te ha prestado atención y es alguien a quien no le importan esas cosas. Lo único que he visto es que se ha asustado un poco. Además, no te lo he comentado, pero lo he visto debajo de una vaca mamando la leche de una de las ubres de ese animal... Increíble; ese tipo es rarísimo.

La esposa le contestó:

—Lo cierto es que a él no le importan esas cosas, pero a nosotros sí. Más que a él. Además, se siente tan cómodo y muestra tal confianza, como si nos conociese de toda la vida. Me tiene desconcertada.

Zhou Min salió del dormitorio y volvió a comer y beber algo. Cortó algo de carne de pollo y la puso en el plato de Zhuang Zhidie. Zhuang Zhidie, por su parte, le dio una pata de pollo a Xia Jie.

Luego hizo lo mismo con el plato de Zhou Min y Tang Wan'er. Zhou Min dijo:

—Wan'er, sal del dormitorio, anda. El maestro Zhuang te ha preparado algo para comer.

Wan'er salió del dormitorio con el rostro tapado con sus manos, ya que sentía vergüenza, y dijo:

—Lo siento mucho, de veras.

Xia Jie dijo:

—¿Qué sientes mucho? No tienes por qué sentir nada, querida.

—Pues lo de mi cara, y delante de todos..., es una falta de respeto...

Zhuang Zhidie, que se sintió con la necesidad de intervenir, la cortó:

—Esta mujer tiene buenas maneras y además es encantadora.

Meng Yunfang rio:

—Tang Wan'er, tienes una cara fina y una carne joven. Esas quemaduras no te dejarán ninguna huella, créeme. Es la ley de la naturaleza. Todo ello se borrará.

La mujer se sentó y su cara había perdido todo color. Miró de reojo a Zhuang Zhidie y ambas miradas se cruzaron. Wan'er sonrió tímidamente. Zhuang Zhidie le ofreció algo de licor, y él mismo sentía que iba a perder la cabeza con tanto trago y se dirigió a los aseos, cuya puerta estaba cerrada y había polvo por todas partes. Ni siquiera había un urinario y Zhidie tuvo que taparse los agujeros de la nariz de la peste que hacía ahí dentro. Hasta tuvo que cerrar los ojos y por su cabeza pasaron mil diagramas. Se sentía raro y se echó agua a la cara para despejarse. Regresó a la mesa, pero su aspecto era el contrario del que quería: estaba deprimido y con cara de estar pasándolo mal. Ya en la tarde, Zhuang Zhidie se despidió de sus compañeros de mesa, aduciendo que debía ir al Círculo Literario y Artístico de Xijing, y Zhou Min le dio las gracias por lo que había hecho y lo acompañó hasta el cruce. De regreso, vio a Tang Wan'er, la cual se encontraba apoyada en la puerta de la entrada. No reaccionó y Zhou Min le preguntó:

—Pero ¿por qué pones esa cara de tonta?

Las quemaduras habían formado unas ampollas pequeñas en la cara de Tang Wan'er y Zhou Min se había dado cuenta nada más

verla. Su mujer ponía, además, y ciertamente, cara de tonta, pero con un aire de extrañeza en su mirada inusual en ella. Frunciendo los labios, le preguntó a Zhou Min:

—Hoy mismo, ¿no he perdido mi respetabilidad?

—Para nada. Hoy has estado más guapa que nunca —respondió Zhou Min para tranquilizar a su mujer.

—Se han ido todos muy contentos y todo ha quedado muy bien. Lo único que lamento es que la esposa del maestro Zhuang no haya venido —dijo Tang Wan'er.

—He oído decirle al maestro Yu que Zhuang Zhidie se había casado hacía poco, pero que la madre de ella había enfermado —dijo Zhou Min.

—La hermana Xia me ha dicho que la esposa de Zhidie es una persona muy capaz —dijo Wan'er.

—Eso me parecen habladurías. ¿Se ha casado Zhuang Zhidie? Tang Wan'er suspiró y se acostó en la cama con cara de tonta.

\* \* \*

Esa misma tarde, Zhuang Zhidie no volvió al patio del Círculo Literario y Artístico de Xijing como dijo que iba a hacer. Ruan Zhifei —otra de las cuatro celebridades de Xijing— le había invitado a ver el nuevo programa de las festividades y le pedía que le ayudase a escribir el guion para la obra. Podía ayudarlo también a jugar a las cartas con los actores de la obra y pasar así un buen rato. Solo entrada la noche, Zhuang Zhidie quiso regresar a su casa, pero Ruan Zhifei le cogió del brazo y lo estiró hacia él, ya que quería invitarlo a echar un trago. Ruan Zhifei había renovado recientemente su habitación y tenía la intención de integrar a Zhuang Zhidie en su grupo teatral, pero este no le prestaba atención y aceptó echar un trago porque se encontraba tan deprimido que era incapaz de tomar otra decisión. Pensaba para sus adentros que Ruan Zhifei era la cabeza depravada del grupo de actores, pero también era su líder y responsable, como lo era de la banda de música formada por jovencitas muy bellas. Al principio, iban vestidas con un uniforme muy sencillo de color caqui, pero él pensó que debía darle más color a esa banda. Tang Wan'er también

participaba en ese grupo. Zhuang Zhidie seguía ensimismado en sus pensamientos y recordó otros detalles del banquete y no se sintió muy orgulloso de sí mismo. Bebió y comió como si no hubiese bebido y comido nunca, aprovechándose así de lo que los otros le ofrecían, y ahora se sentía algo cohibido con el ofrecimiento de su amigo Ruan Zhifei. Sabía que la mujer (su *laopo*) de Ruan Zhifei no estaba esa noche en casa y, como se solía decir, uno vendía la leña y el otro compraba el carbón, es decir, que nadie se inmiscuía en los asuntos del otro. Solo el sábado, y tras acuerdo previo, Ruan Zhifei podía verse con otras personas. Zhuang Zhidie se quitó la chaqueta, y con Ruan Zhifei, vaciaron uno y otro bol, seguida y repetidamente, brindando al mar y al cielo, hasta que todo a su alrededor daba vueltas como los planetas en torno al sol. Los dos acabaron acurrucándose en la cama de Zhifei. Al día siguiente, cuando se levantaron, el sol ya iluminaba la ventana. Zhuang Zhidie se asustó cuando vio a la luz del día la habitación de Ruan Zhifei —esa habitación parecía sacada de un auténtico hotel de cinco estrellas y la habían renovado lujosamente y haciendo gala de mucho gusto—. Ruan Zhifei hizo funcionar el rodillo de piedra y dijo que el papel que había utilizado en las paredes provenía de Francia y las ventanas marrones eran de Italia. La cocina era de Shanghái, así como un par de guardarropas de la marca famosa Hopewell. Había comprado además treinta y siete planchas de madera que eran grandes, pero no muy confortables. Luego, Ruan Zhifei acompañó a Zhuang Zhidie a que viese la sala de baño, la cocina con sus botellas de gas y el horno. Pasaron junto a una gran sala cuya puerta estaba cerrada con llave y Ruan Zhifei le dijo a Zhuang Zhidie:

—Esta es la habitación de mi querida mujer. La tiene decorada con candelabros japoneses. ¿No te parece extraño? Y encima la tiene cerrada con llave.

Ruan Zhifei llevaba con él la llave de esa habitación y Zhuang Zhidie se asustó. Nunca antes había visto una cama de esas dimensiones. Parecía estar soñándolo. Era una cama de matrimonio sobre cuyas almohadas había dos personas durmiendo a pierna suelta: una era la señora Ruan y el otro era un hombre. De la boca del hombre colgaba un hilo de saliva, y Zhuang Zhidie no lo

conocía. Zhidie sintió inmediatamente un zumbido en su cabeza y todo lo que presenciaban sus ojos le parecía irreal como un sueño. Entonces oyó la voz de Ruan Zhifei haciendo las presentaciones:

—Esta es mi mujer... Siempre que viene, la encuentro con otro en la cama... ¿Qué te parece?

Zhuang Zhidie no sabía qué responder. No sabía qué decir que no pudiese comprometer a Ruan Zhifei. Más lo pensaba, menos le salían las palabras por la boca. Al final, dijo:

—¿Y quién es ese tipo?

Ruan Zhifei le respondió:

—Pues ese soy yo mismo; o debería serlo, vaya... —y tras decir esas palabras, Ruan Zhifei cerró de un portazo la habitación de su mujer y acompañó a Zhuang Zhidie a otra habitación cuyo suelo consistía en cinco losas cuadradas de grandes proporciones. Zhuang Zhidie pudo ver que esa habitación estaba llena de zapatos de mujer de pequeña talla—. A mí me gustan los zapatos —dijo Ruan Zhifei—. Todos estos pares de zapatos tienen su propia historia.

Zhuang Zhidie no comprendía lo que Ruan Zhifei quería decirle con esas palabras. Ruan Zhifei, en cambio, cerró los ojos como si los tuviera pegados con cola y dijo con cierta decepción en sus palabras:

—No te hagas el ciego y límpiate los ojos, amigo. Esos zapatos se los he regalado a ella. Sí, ¡a ella! ¡Mi *laopo*! ¿Y ves ahora cómo me lo agradece? Le compraba un par tras otro, hasta reunir todos los que ves aquí. —Ruan Zhifei cogió un par y se lo dio a Zhuang Zhidie, y luego siguió hablando—: Estos zapatos se los compré en la tienda del señor Zhu, en la gran calle del Oeste, pero le venían pequeños a mi mujer. Si los quieres para ti, se los puedes regalar a alguien.

Zhuang Zhidie cogió los zapatos, que eran una maravilla, y poco después dejó la casa de Ruan Zhifei. Ya subido en la moto, pasó por el cruce y pensó que debía ir a la estafeta de Correos que estaba junto a la Torre del Reloj, ya que debía cobrar sus ingresos correspondientes a los derechos de autor. No era mucho, un poco más de doscientos yuanes. La calle se había llenado inesperadamente de peatones, ya que era la hora de dejar las oficinas

para regresar a casa. En sus manos tenía aún los zapatos que le había dado Ruan Zhifei y no paraba de pensar cómo había podido aceptar esos zapatos cursis. ¡Eso no le interesaba nada! Y ese pensamiento le hizo reír solo. De repente, pensó que debía ir a una cabina telefónica y llamar a Jing Xueyin, ya que podía ofrecerle los zapatos. Al otro lado de la línea contestó, sin embargo, una voz de hombre que decía: «¿Quién es?, ¿quién es?». Zhuang Zhidie sabía que ese hombre era el marido de Jing Xueyin. Zhuang Zhidie tosió y colgó. Pensó que Jing Xueyin había dejado la unidad de trabajo para ir a ver a sus padres. Enojado, dejó la cabina telefónica y se puso a leer el periódico. Se aburría mortalmente y no sabía qué hacer. Un joven que daba pasitos como un gorrión en el suelo se le acercó y le dijo:

—¿Deseas unas gafas, amigo? —La ropa le brillaba y delante de sus ojos colgaban unas gafas enormes cuya montura tenía incrustadas piedras preciosas. Luego añadió—: No te lo voy a ocultar, esto lo ha robado el hermano pequeño. Esas gafas son una auténtica joya en ellas mismas. Las tenían en la tienda por un valor de ochocientos yuanes. El hermano pequeño tenía dinero, pero tenía prisa. ¿Lo comprendes ahora? Te las dejo por trescientos yuanes. Una ganga, amigo. Esto no ocurre cada día.

Zhuang Zhidie alzó la mirada y miró el cielo. El sol desprendía una luz blanca deslumbrante y los ojos de Zhuang Zhidie parpadearon intensamente. Zhidie sonrió beatamente y sacó algo de su bolsillo —algo que no era dinero, sino una tarjeta de presentación con sus datos—, y le dijo al individuo que quería venderle las gafas:

—Hermano pequeño, yo tampoco quiero ocultarte nada, el hermano mayor, como todo hijo de vecina, también tiene sus trapechos. Seamos buenos amigos. Acepta mi tarjeta y consévala.

El joven cogió la tarjeta y leyó lo que había impreso en ella. Inmediatamente se dobló y saludó cortésmente a Zhuang Zhidie:

—Ah, usted es el gran maestro Zhuang... ¡Qué honor me hace con su encuentro! He leído todo lo que dicen los periódicos sobre usted. Incluso le he visto en una fotografía, pero veo que ahora ha engordado un poco..., le ha salido una barriguilla..., eso debe ser por la edad... ¡Ni siquiera le había reconocido, maestro!

Zhuang Zhidie le preguntó:

—¿Y a ti también te gusta escribir?

El joven le respondió:

—He soñado con ser escritor desde que era pequeño. El año pasado publiqué en el periódico un poema breve.

—En Xijing no debes hacerlo. Un meteorito ha caído del cielo y ha aplastado a diez personas. De ellos, siete eran amantes de la literatura. Ello quiere decir que el destino no está de tu lado, amigo.

El joven sintió vergüenza por lo que había dicho y se fue. Mientras se alejaba, giraba la cabeza para ver a Zhuang Zhidie, que no dejaba de reír. Zhidie se metió seguidamente en un colmado, donde compró con los doscientos yuanes que le habían dado en Correos unos platillos de porcelana barata de Jingdezhen, una espátula metálica para la sartén, un hornillo hexagonal que empleaba carbón y un servicio completo de té, e hizo enviar toda la compra a la dirección de Tang Wan'er. El propietario de la tienda envió a uno de sus empleados a que cumpliera con el pedido. Zhuang Zhidie se fue entonces con su motocicleta Mulan a la calle de Shuang Ren Fu a ver a su suegra.

Cincuenta y cinco años atrás, a orillas del río Wei, en los suburbios del norte de Xijing, vivía una persona excéntrica que se apellidaba Niu. Como se decía, tenía el talento de poder «ver a través del misterio de la vida y escrutar la forma escondida de las cosas». Tenía además el don, como los fantasmas de los difuntos, de aparecer y desaparecer cuando le convenía. En esa época, el señor de la guerra Yang Hucheng<sup>25</sup> ya había iniciado su particular andadura por la llanura de Guanzhong en la provincia de Shaanxi y había reunido en Xijing su grupo de hombres, militares en su mayoría, que le apoyaba. Fue entonces cuando hizo llamar a Niu porque necesitaba consejeros que le diesen buenos consejos sobre el lugar. Ese hombre excéntrico, pero muy talentoso, era en realidad un corazón salvaje que no quería vivir en la ciudad. Había construido un caserío de tres habitaciones junto al río y ahí quería vivir. También poseía un *mu* de tierra que apenas podía cultivar y pasaba los días sin

---

25. El señor de la guerra Yang Hucheng (杨虎城) vivió entre los años 1893 y 1949, perteneció al Guomindang y fue una de las bestias negras de los comunistas durante la guerra civil [N. del T.].

importarle lo que ocurría en el mundo. El comandante Yang tenía algo importante entre las manos y tuvo que salir de Xijing por un tiempo. No mucho después, el señor de la guerra Liu Zhenhua<sup>26</sup> y su división militar de la provincia de Henan amurallaron Xijing con el fin de apoderarse de ella. Estuvo asediando la bella Capital del Oeste durante ochenta días enteros, día y noche, pero no pudieron hacerse con ella. Entonces, y carcomidos por la frustración, adoptaron un método japonés tristemente conocido en China, es decir, atacar las vías de acceso a la ciudad y aislarla. Las gentes de la antigua capital no encontraban salida y el agua empezó a escasear, ya que se proveían de ella desde fuera —Xijing siempre había tenido un serio problema con el abastecimiento de agua—. Ya no podían resistir un día más en esas condiciones y fue entonces cuando el hombre excéntrico y sabio del río Wei decidió presentarse y lo hizo vestido con su atuendo fino y anticuado de letrado mandarín. Recorrió cada una de las calles y callejones de Xijing hasta que se sentó sobre una silla de piedra que había en una de las plazas para fumarse una pipa. Le dio doce chupadas a la pipa y dijo:

—Quiero que aquí se haga un agujero. Luego aparecerá un lago. Seguro.

Yang Hucheng —que se encontraba ya en Xijing— no acababa de creérselo, pero necesitaba imperiosamente traer agua a la ciudad y aceptó. Al cabo de un día, el lago apareció en Xijing. Liu Zhenhua se moría de rabia y tuvo que retroceder y Yang Hucheng, para agradecérselo, en nombre de las gentes de Xijing, ya que les salvó la vida, le ofreció al hombre excéntrico de Wei una residencia en uno de los callejones que conducía a la calle de Shuang Ren Fu. Hoy día todavía vive ahí uno de sus hijos. Debido a que en ese punto del oeste de Xijing hay todavía hoy un pozo de agua dulce —el más grande de Xijing, y su mayor proveedor de agua—, el hijo del hombre del río Wei iba a diario a ese pozo y cogía agua. Ese viaje obedecía más bien a un ritual que a una verdadera necesidad de recoger agua. Esa historia, a Zhuang Zhidie le encantaba contarla, y aprovechaba cualquier ocasión para hacerlo. Su esposa,

---

26. El señor de la guerra Liu Zhenhua (刘镇华) vivió entre los años 1883 y 1955, y fue un militar que destacó desde muy joven por su ardor revolucionario en favor de la instauración de la República de China en 1912 [*N. del T.*].

Niu Yueqing, era la nieta del hombre excéntrico de Wei, le traía fotografías de su abuelo paterno junto al pozo de agua para que las viese, y a Zhuang Zhidie le llenaba de orgullo haberse casado con una descendiente de ese hombre sabio y que supo defender a las gentes de Xijing de su aniquilación; pero Niu Yueqing siempre le reprendía. «¡Siempre le cuentas la historia de la familia Niu a todo el mundo! ¡Y qué diablos les importa a los demás quién fue mi abuelo! ¿Y por qué te burlas de mi familia? Si no fuera por ellos, con lo que ganas tú estaríamos viviendo en una cabaña», le decía Niu Yueqing a su marido. Zhuang Zhidie tragaba saliva y le contestaba:

—Yo no me río de nadie. La familia Niu está en decadencia desde hace varios años y eso es lo que me preocupa ahora. ¿No fue por eso que te casaste conmigo?...

En ese momento, Niu Yueqing lo cortó y le gritó:

—Madre, madre, pero ¿has oído eso? Tu yerno va ahora de personaje célebre. Ahora resulta que el señor ha devuelto el honor a la familia Niu. ¡Venga, habla ahora! ¿Te crees más noble que mi padre o mi abuelo?

En el pequeño patio de Shuang Ren Fu vivía, entre la vida y la muerte, la venerable señora de la familia Niu, y en esos momentos se sentía amargada escuchando la discusión que estaban teniendo Zhuang Zhidie y Niu Yueqing. Cada vez que Zhuang Zhidie entraba en ese lado del callejón, creía estar reviviendo los tiempos antiguos y se detenía frente al pozo. Miraba de soslayo la cuerda y el moliente, el cubo y la palanca metálica. Lo hacía como si no quisiese verlo de frente, ya que ello le daba vergüenza. En esa callejuela parecía producirse un fenómeno atmosférico particular y esa parte de la ciudad se aislaba del resto. Entonces, Zhuang Zhidie pensaba que la reprimenda de Niu Yueqing no era cierta y él estaba en lo cierto: él admiraba profundamente a los ancestros de la familia Niu y no se burlaba para nada de ellos.

El sol había llegado a su punto culminante y el calor actuaba como un veneno cuando Zhuang Zhidie, subido en su motocicleta Mulan, entró en las callejuelas. El motor de la motocicleta lanzaba sucesivas explosiones que retumbaban en el cuerpo de Zhidie y parecía que iba a reventarse de un momento a otro. El sudor de

la frente le caía por los ojos y Zhidie creía que iba a volverse loco. Había un perro —que estaba jadeando— tendido en medio de la calle y parecía estar medio muerto. Zhuang Zhidie casi lo atropelló y lo esquivó en el último momento. La motocicleta Mulan rozó uno de los muros que limitaban la callejuela, pero no perdió el equilibrio. Los dedos de su mano izquierda quedaron, sin embargo, ensangrentados por el roce con las piedras del muro. Al entrar por la puerta del pequeño patio, Zhao Jingwu se encontraba ya dentro de la casa charlando con Niu Yueqing. Nada más oír el ruido de la moto, Zhao Jingwu salió corriendo para recibirlo y le dijo:

—¡Al fin llegaste!

Zhao Jingwu le ayudó a bajarse de la moto y lo acompañó al interior de la casa. Niu Yueqing le gritó con una voz estridente:

—¡Coge ese juguete podrido y lo entras para dentro!

Y Zhuang Zhidie le contestó:

—¡Eh, mira bien! Es una piedra y es una piedra Han... ¿Es que no lo ves?

—Tú te pusiste a un lado de Círculo Literario y no entraste, ¿Por qué volviste otra vez? ¡Las piedras que forman los muros de ese lado pertenecen a la dinastía Han y las moscas que hay en el interior pertenecen a la dinastía Tang! Pero ¿te crees que me chupo el dedo?

Zhuang Zhidie miró a Zhao Jingwu y, avergonzado, dijo:

—Hay que reconocer que esas frases tienen cierto valor artístico..., y tú solo necesitas encenderlas para darles vida...

Zhao Jingwu dejó el ladrillo sobre la motocicleta Mulan y lo ató a los otros que ya estaban ahí.

Zhuang Zhidie entró en la casa y se dirigió a una sala en la que había unas vigas de madera de pino y una plancha que la dividía en dos partes que también era de madera de pino. Había la escultura de una persona y muchas pinturas de pájaros y flores. Uno podía ver todo un mundo ya pasado en esa habitación, pero muy rico artísticamente. En la habitación de atrás del muro izquierdo había una abuela de unos ochenta años que estaba durmiendo a pierna suelta y que se despertó, asustada, nada más oír la voz de Zhuang Zhidie. La abuela contaba con unos cincuenta años cuando se le murió el marido y a los sesenta y tres empezó a perder sus

facultades mentales. Años atrás, se afirmaba que iba a dejar este mundo, pero luego volvió a espabilarse. Esa anciana se había convertido en realidad en uno de esos seres que no se sabe a ciencia cierta si están vivos o muertos, como los fantasmas. De hecho, actuaba como un monstruo errático. Y también algunos años atrás, durante la undécima luna, y sin venir a cuento, le pidió a Zhuang Zhidie que le comprase un ataúd de madera de cedro. Zhuang Zhidie le dijo que no comprendía por qué quería un ataúd. Con la salud que mostraba, podía al menos vivir veinte años más. Además, a nadie se le dejaba desde hacía siglos ser enterrado intramuros. La anciana le respondió que no le importaba. ¡Yo quiero ver mi ataúd!, le dijo. Y deseaba incluso cerrarlo ella misma... , añadió, preocupada. Zhuang Zhidie no comprendía nada y se sentía perdido. Solo se le ocurrió ir a las montañas de Zhongnan<sup>27</sup> para confiarle la tarea de construir un ataúd a un hombre que conocía y que vivía ahí. La abuela, tras recibir su pedido, hizo pedazos la cama donde dormía y puso una almohada, una sábana y una manta dentro del ataúd, ya que esa sería a partir de ese momento su nueva cama. Niu Yueqing —su hija— pensaba que eso lo hacía porque se sentía más protegida del mundo, ya que a la gente le daría, simplemente, miedo acercarse a ella. O quería —incluidos sus hijos— que nadie la molestase. Zhuang Zhidie habló con su mujer Niu Yueqing y le dijo que la anciana se había vuelto definitivamente loca o que sufría de un mal irreparable, un cáncer o algo parecido. Niu Yueqing no sabía cuál era la solución a todo eso y le comentó a su marido que lo más extraño era que se levantaba durante la noche varias veces del ataúd y se dirigía a la calle, y antes de acostarse se ponía una máscara sobre el rostro. Niu Yueqing le prohibió salir a la calle por la noche, pero a Zhuang Zhidie le gustaba entretenerse con su suegra y sentía curiosidad por esa mujer anciana lunática de conducta tan imprevisible. Creía que la anciana tenía poderes sobrehumanos y no se necesitaba ser un experto en novela fantástica occidental para saber que esa mujer parecía salida de una de esas historias de fantasmas. La anciana le gritó y él vino

---

27. El monte sagrado de Zhongnan (中南山) acogió al monje taoísta Wang Chongyan (王重阳), que vivió entre los años 1115 y 1234, y allí fundó la escuela de la Verdad Total (全真道, *quanzhendao*) en el siglo XII [N. del T.].

hacia ella. Las ventanas de la habitación estaban cerradas herméticamente y las cortinas bajadas. Zhuang Zhidie se puso de repente a sudar por todo el cuerpo. La anciana le dijo:

—¡Ah, amigo, te has calentado demasiado!... Cuando yo era joven, el calor venía del cielo. El seis de junio, un sol rojo se apoderaba del cielo y parecía que iba a explotar en el firmamento. Cada día colgaba las ropas de seda para que se secasen con ese sol. Ese sol incluso les sacaba los colores a las ropas funerarias de los viejos y tu abuelo cruzaba las callejuelas con un paraguas de sol, pero no decía ni una sola palabra. Se dirigía rápidamente al pueblo para recoger las ropas. La lluvia, entonces, empezaba a caer del cielo. Ahora ya no hace tanto calor como antes. Si tienes calor en la cabeza, te pondré saliva en los pezones y te los lameré con la lengua. Este es el mejor método para enfriarse de golpe...

Zhuang Zhidie sonrió y no dijo nada. La anciana escupió sobre los pezones de Zhuang Zhidie y empezó a chupárselos. Este se puso a temblar del escalofrío que le produjo el contacto de los labios de la anciana sobre las puntas de sus pezones. La anciana le dijo:

—Zhidie, tu suegro acababa de llegar junto a mí y ha estado hablando conmigo un buen rato. Vuelve a tu asiento, anda. Él me ha dicho que está negro con los vecinos, que son mala gente... Hay una pareja de recién casados que no paran de discutir entre ellos. También hay un niño que es travieso como él solo y al que le da por robarle a tu padre los *momo*, esos bollos rellenos al vapor que siempre le dejo para que se los coma y no pase hambre. ¡Vaya vecinos que tiene! ¿No crees, Zhidie? Deberías encenderle a tu padre un buen incienso, uno de esos bien perfumados, para que se le vaya el mal humor.

En la habitación había el retrato del ya difunto suegro de Zhuang Zhidie. El hombre del que estaba hablando la suegra anciana de Zhidie había muerto hacía tiempo, pero la mujer continuaba creyendo que venía a hablarle de su vida en el mundo de los muertos. Un incensario repleto de ceniza estaba al lado del retrato del suegro difunto y Zhidie encendió un palito de incienso y alzó la mirada. Vio una tela de araña en la esquina que formaban dos paredes. Esa tela de araña parecía llevar ahí más de un siglo. El

polvo se había posado en los hilos y reposaba en grandes proporciones como reposa sobre las tumbas de los muertos.

La anciana le ordenó:

—¡No te muevas!... ¡Ese es el lugar en el que tu suegro suele estar!

Zhuang Zhidie quería preguntarle algo más, pero la anciana lo interrumpió:

—Él ha venido. ¡Has encendido el palito de incienso y ha venido!... Tú, maldita alma errante, bicho malo, has aparecido con tu mala baba... ¡Y no has perdido el tiempo en presentarte otra vez, eh, viejo Niu!

Zhuang Zhidie miró a los cuatro lados para saber a quién hablaba la anciana, pero no vio a nadie. Volvió a encender otro bastoncillo y el humo se elevó inmediatamente hacia el techo, impactándolo y llenando la habitación al instante de una humareda gris. La anciana volvió a decir que el anciano (o su espíritu) había abierto una botella de agua y le abroncó diciéndole que no había traído agua del pozo y que debía hacerlo, y que por qué no lo había hecho, etc. La última vez, fue el alcalde quien vino a verlo. Mira esto...

La anciana sacó una caja que tenía debajo de la almohada y se la puso debajo del trasero como si quisiese calentarla en esa parte del cuerpo. Zhuang Zhidie no pudo hacer otra cosa que sonreír y Niu Yueqing gritó desde fuera:

—¿De qué diablos estás hablando con mi madre? Si ya has acabado de decir lo que tenías que decir, vete ya. ¿O quieres que te lo diga rugiendo?

Zhuang Zhidie salió y dijo:

—Tu madre me ha dicho cosas que me parecen muy extrañas. Me temo que se comunica con los demás mediante la telepatía... ¡Qué misterioso! El diecinueve de junio es el aniversario de tu padre. Aunque hace ya muchos años que dejó este mundo, la anciana lo celebra como si todavía estuviese aquí. Le habla y le hace regalos. Hasta le quema billetes falsos de dinero de papel para que no le falte nada.

Entonces, Zhidie le preguntó a Zhao Jingwu si pasaba algo y Zhao Jingwu le contestó:

—Creo que no es nada importante. Solo que vengas a mi casa a echar un vistazo para ver si puedes hacer algo. Mi casa está en un *siheyuan* (una residencia tradicional china con un salón central, dos bloques laterales y un patio interior) antiguo y el alcalde ha tomado la decisión unánime de construir ahí un gimnasio. Quieren, por lo tanto, destruir la casa entera. Si no lo ves con tus propios ojos, no te creerás la barbaridad que piensa hacer ese hombre con una casa de ese tipo.

Zhuang Zhidie le respondió:

—Siempre que me pides que venga, voy, y no es necesario que me arrastres; pero quiero recordarte algo: me prometiste que me ibas a dar algunas antigüedades y todavía las estoy esperando.

Zhao Jingwu sonrió:

—No te preocupes por eso. De debajo de la cama, puedes coger lo que te apetezca. Todo ello tiene más valor que los ladrillos de los muros de la ciudad, de esos que vienen de la dinastía Han, que tanto te gusta coleccionar. Hoy, tu mujer no necesita preparar la comida. Yo soy el anfitrión y comeremos calabaza. Además, tengo que decirte otra cosa importante.

Niu Yueqing intervino:

—¿Calabazas? Muy populares, cierto; pero eso no sabe muy bien... Apestan, más bien. Yo no voy a ningún sitio a comer esas cosas.

Zhuang Zhidie le replicó:

—No lo comprendes, cariño. La calabaza es el primer plato en Xijing. En esta ciudad, si algo se come, es calabaza. Aunque sea sopa con intestinos de cerdo y tropezones de pan, los condimentos cambian el gusto. Tú ya has comido en el Fu Lai Shun («obedecer la prosperidad venidera»), el cual está situado en la puerta del Este. Y por supuesto, también hay unas diferencias notables entre ese restaurante y el resto. También has comido la comida tradicional en el Chun Sheng Fa (el de la «evolución de la primavera»). Según cuenta la leyenda, era la herboristería y farmacia de gran Sun Siyi<sup>28</sup>. Y por supuesto, comer ahí es comer en un lu-

---

28. Sun Siyi (孙思逸), que vivió entre los años 581 y 682, célebre médico y farmacéutico de la ciudad de Xi'an, autor de una obra célebre de herboristería y ginecología: *Prescripciones que valen diez mil oros* (千金方, *Qian jin fang*) [N. del T.].

gar muy por encima de lo normal. Tú llevas años estriñéndote y tus intestinos no funcionan como deberían funcionar. Debes comer algo, y que sea bueno, para reparar ese problema. Vayamos a comer algo, pues...

Niu Yueqing le respondió:

—Comer algo para reparar algo... No sé si Jingwu estará de acuerdo...

—¿Y qué pinta aquí Jingwu? —replicó Zhuang Zhidie.

—Jingwu acaba de ofenderme con su conducta —respondió Niu Yueqing—. Prefiere a Tang Fangjie y no le gusta revelar sus pensamientos a la gente. Siempre espera a esa mujer en la boca de la calle y se van juntos al trabajo y salen siempre juntos. Llevo un tiempo dándole vueltas. Han pasado tres días, como se suele decir, comprando fuegos artificiales, y luego me enteré de que ella está casada. ¡Y no con él! Jingwu es así de indecente con las mujeres y está enamorado como un adolescente... Hay un par de cabezas de cerdo, ¿por qué debemos comer esos intestinos inco-mestibles?

Zhuang Zhidie dijo:

—¿Qué me dices ahora? ¿Zhao Jingwu está enamorado de una mujer casada?...

—Venga, comamos algo para reparar nuestros pobres intestinos y acabemos con este asunto. A mí me importa poco lo que hayan hecho durante tres días; es verdad que es asunto suyo —cambió el sentido de sus palabras Niu Yueqing.

—¿Acabemos con qué asunto? —preguntó Zhidie.

—Esta mañana, temprano, fui al centro comercial del Fénix Bermellón a comprar uno de esos rascadores que es una mano de madera para mi madre, ya que me dijo que tenía piojos. ¡Mi madre tiene piojos y no para de rascarse todo el cuerpo! ¿Te lo puedes creer, a su edad? Con la gente mayor no hay nada que hacer. Cuando no es una cosa es otra. De regreso a casa, con mi compra, supe que la cuñada Wang también había comprado un rascador de madera para mostrar su piedad filial. Pensé en devolverlo al almacén, pero sabía que no podía y ello me puso nerviosa. Y vosotros, ¿lo hubierais devuelto?

Zhuang Zhidie le respondió:

—Pero un rascador de madera no vale mucho dinero. Mi amor, ¿por qué preocuparte tanto por una cosa así?

—Eres demasiado generoso, Zhidie, y no te importa el dinero —le repuso Niu Yueqing—. ¡Eres como ese Gong Jingyuan!

Zhao Jingwu terció:

—La cuñada (Niu Yueqing) pasa los días con los ojos bien abiertos.

Niu Yueqing repuso:

—Los hombres ganan dinero y las mujeres abren bien los ojos. ¿Lo entiendes ahora? Así debe ser. Si no fuera por nosotras, no me imagino cómo iría el mundo. Mi rascador es bueno y al menos tiene dientes para rascar como es debido. Jingwu, te hablo en serio y no quiero exagerar los méritos de mi rascador de madera. Compré el mejor. La gente envejece y necesitan rascadores y el dinero se va en ellos. En estos tiempos, ganar dinero no es cosa fácil. Comprar un rascador de más es tirar el dinero por la ventana. Esa es la razón por la cual quiero devolverlo. ¿Lo comprendes ahora, Jingwu? Y si continuáis perseverando en lo contrario, yo, por mi parte, seguiré discutiendo lo contrario. Y si el Partido Comunista se ha echado atrás con lo de la libertad, ¿por qué yo no puedo echarme para atrás? El comercio debe ser algo imparcial y sin sentimentalismos. Los vendedores son ahora todos muy jóvenes y prefieren sonreír a iniciar una pelea con un cliente. Ah, pero vosotros queréis pelearos... Para ello, yo tengo mi libro de insultos, para este tipo de situaciones.

Zhuang Zhidie le dijo:

—¿Me dejas escuchar tu libro de insultos otra vez?

Y Niu Yueqing le habló sin tapujos:

—Vosotros tenéis un pico de oro y ponéis en mi boca lo que os interesa. Sois unos huevones y unos auténticos gilipollas. ¡No juguéis más conmigo, que soy una mujer!

—No digas tacos —dijo Zhuang Zhidie—, ni hables como una mujerzuela vulgar. Recuerda que la lengua escrita obedece a otras leyes diferentes a las de la lengua oral. Recuerda, si insulto a una mujer es como si estuviese insultando a mi propia madre. ¡Somos gente civilizada y con mucha educación!

Airada, Niu Yueqing dijo:

—Jingwu, mira, ¿has visto qué tipo de hombre es tu maestro Zhuang? Pues uno del montón. No me utilices nunca para protegerte de la lluvia y el viento, amigo.

Zhao Jingwu la contradijo:

—El maestro Zhuang es un ídolo para la juventud y lo adoran como a un dios.

Niu Yueqing dijo:

—Yo me casé con un hombre de carne y hueso, no con un ídolo para adorarlo. Él es simplemente un hombre mimado por el exterior. Esos jóvenes saben que al maestro Zhuang le ha salido una barriga y tiene los dientes podridos. También saben que ronca y se tira pedos como todo el mundo. ¡Y solo lee el periódico cuando va a cagar!... Pero eso sí, yo tengo línea directa con el alcalde y puedo llamarlo cuando quiera.

Zhao Jingwu sonrió y dijo:

—Tengo un plan para ti, Yueqing. Si no vas a cambiar de cara, ve a buscar otra vez a esa gente. ¡Ve ya, no te demores! Si no encuentras a esos líderes del ayuntamiento de Xijing, llamas al alcalde.

Niu Yueqing dijo:

—Pues que así sea. Salgo inmediatamente. Vosotros, esperad a que vuelva.

La anciana oyó salir por la puerta a Niu Yueqing y también oyó cómo se maquillaba la cara poco antes de salir. A Niu Yueqing no le gustaba maquillarse mucho y apenas se ponía algo de colorete en las mejillas. La anciana se volvió a acostar y desde ahí le gritó a su hija:

—Por mucho que se maquille la mona, mona sigue siendo... El maquillaje no cambia nada en el rostro de una mujer. ¿No es el rostro verdadero el que tiene que mostrarse a la gente?

Niu Yueqing continuaba caminando hacia la salida cuando Zhuang Zhidie le dijo:

—Te llamaré desde fuera. Cuando regreses a casa, haremos nuestra vida como siempre, cariño.

Zhao Jingwu dijo:

—Claro que sí. La cuñada tiene razón y su cultura es como las aguas de un río. Además, hace gala de una virtud inquebrantable. Vaya, mujer...

—Esa mujer es una mimada con un carácter malogrado —dijo Zhuang Zhidie—, pero es dura como una piedra y es un continuo mal de cabeza. Contigo es buena como un panqueque con semillas de sésamo y encima te da muchos para no te quedes con ganas de más, aunque te ponga los morros.

En ese momento, Zhao Jingwu se levantó de la silla y se subió a la bicicleta con la intención de dirigirse a los muros de la ciudad y luego al Círculo Literario y Artístico de Xijing.

Nada más llegar, y sin tener tiempo para apurar el té que tenía en el bol, Niu Yueqing entró por la puerta con una cesta de bollos de pan blanco rellenos de carne. Le gritó a su madre y le dijo que tenía algo de comer para ella. Con la cara enrojecida y brillante, dijo:

—Eh, vosotros, adivinadlo. ¿Cuál ha sido el resultado?

Zhao Jingwu preguntó sorprendido:

—¿Por qué has venido tan rápidamente? ¿Has podido devolverlo?

—¡Sí, lo he devuelto! —dijo Niu Yueqing.

—La cuñada funciona —dijo Zhao Jingwu—. A eso se le llama carácter y determinación.

Niu Yueqing dijo:

—Yo, dura, pero ¿dónde? Lo único que hice fue plantarme delante del contador y exigir mis derechos. Esos vendedores novatos reaccionaron como esperaba. Al principio me preguntaron entre risitas qué quería comprarles, y luego les canté las cuarenta y me preguntaron qué quería devolverles. Les devolví el rascador y me devolvieron el dinero. ¡Y asunto acabado!

A Zhao Jingwu le entró miedo:

—¿Asunto acabado, dices?

—Como no podía ser de otra manera —respondió Niu Yueqing—. Así de fácil, y ese asunto ya no me interesa lo más mínimo.

Los tres ya no tenían nada que decirse y solo Zhuang Zhidie rompió el silencio:

—Como ves, nosotros somos gente que hacemos fácil lo difícil y no hay asunto que se nos resista; pero también es cierto que a menudo consideramos difíciles las cosas que son fáciles.

Niu Yueqing frunció los labios y dijo:

—Creo que los escritores deberían volver al colegio.

La anciana, mientras tanto, se comió los bollos rellenos de carne, pero no le gustaron nada y se quejó del mal gusto que tenían. Ello no le impidió, sin embargo, llevarse a su cama más bollos y un jarrón con vinagre. El jarrón era desmesurado, además estaba cubierto y lleno hasta los bordes y desprendía un olor fortísimo que tumbaba de espaldas con tan solo olerlo.

Zhao Jingwu dijo:

—Oh, qué fragancia... Pero ¿a qué huele exactamente?

—Madre —le preguntó Niu Yueqing—, ¿es eso vinagre? ¿De dónde lo has sacado? Los objetos que contienen vinagre se deben lavar cada día.

—No me molestes, anda —le contestó la abuela.

Zhao Jingwu dijo:

—Y ese vinagre, ¿es de fabricación casera? ¿Lo hacéis vosotros mismos?

Niu Yueqing le contestó:

—El maestro Zhuang tiene un defecto extraño: no puede tomar el vinagre negro, solo el vinagre blanco. Es por eso que guardo el vinagre negro en una jarra que tapo herméticamente. El olor de este vinagre es puro y simple. ¡Te puedo dar una bolsa de plástico para que metas toda la comida!

Zhao Jingwu dijo:

—Yo no quiero atiborrar al maestro Zhuang y me trago cualquier cosa que alimente. Si tienes unos pedazos de repollo avinagrado, vendré a probarlos otro día...

—Pero ¿qué estás buscando, amigo? Por supuesto que tenemos en nuestra casa repollo avinagrado y otros tipos de vegetales avinagrados, y dulces, y chiles... ¡Todo lo que a ti te gusta comer!

Tras decir esas palabras, le dio a Zhao Jingwu una bolsa de plástico. Por su parte, Zhuang Zhidie dijo algunas frases sobre los gustos de las gentes de su terruño. De repente, él se acordó del asunto de las zapatillas y sacó unas de su bolsillo y se las dio a su mujer Niu Yueqing.

—¿Me las has comprado? —le preguntó Niu Yueqing.

Zhuang Zhidie se las dio sin responderle nada y ella le insultó poniendo cara de asco:

—Oh, Dios, el altísimo... ¿De dónde salen estas zapatillas?

Zhuang Zhidie le respondió:

—Tus palabras me dan muchísimo asco, Yueqing, y no sé si son un castigo o un consejo, pero me suenan fatal. Las calles están llenas de mujeres criminales como tú.

Niu Yueqing se sacó las zapatillas que llevaba y se puso las nuevas para probárselas. Dijo:

—Mi amor, tú siempre quieres que vaya a la última moda y vaya tacones que tienen. Con estos zapatos en mis pies, no hay nada que no pueda hacer. ¿Puedes esperarme?

Niu Yueqing adelantó sus pasos y estos sonaban parecidos a los de un tambor en medio de una habitación. Niu Yueqing tenía los pies bastante gordos y carnosos y necesitaba andar siempre con zapatos planos. Zhuang Zhidie bostezó y dijo que los pies eran la parte más importante de una mujer. Si los pies son feos, añadió, el resto del cuerpo, incluso la cara, sirve de poco. Niu Yueqing bajó la cara y dijo:

—Ah, camino con tacones... Solo hay que llevar zapatos hechos en Beijing, ya que los de Shanghái no funcionan...

Zhuang Zhidie solo deseaba recoger los zapatos y dárselos a la gente y evitar cualquier tipo de sentimentalismos. Salió por la puerta con Zhao Jingwu con el fin de subirse en la motocicleta e irse de ese lugar.

\* \* \*

Al salir de casa, ambos —Zhidie y Jingwu— compartían el mismo estado anímico. Se dirigieron a un suburbio en el sur de Xijing, donde vivía un empresario agrícola que se apellidaba Huang. El hombre era extremadamente competente en su trabajo y gestionaba una empresa de productos agrícolas manufacturados. Esa era la tercera vez que se presentaba Zhidie en la empresa que dirigía el señor Huang, ya que este último quería que escribiese un artículo sobre su empresa, el cual podía ser largo o corto, y el tema libre siempre que hablase de ella. Lo único que deseaba era que se viese publicado en un periódico. Zhuang Zhidie sonrió y le preguntó a Jingwu:

—¿Cómo quiere pagarme por ello? ¿Con una vaca de la granja?  
Zhao Jingwu le dijo:

—¿Cómo se atrevería a hacerlo? No te lo oculto, ese director es del mismo clan familiar que una de mis tías. Esa tía ya me lo dijo antes: si tenía algún problema grave, ese tío iba a sacarme una y otra vez las castañas del fuego. Por eso te busqué, para que me hagas un favor. ¿Por qué no escribirle ese artículo? No debe ser una obra de creación magistral. Yo te pagaré cinco mil yuanes. ¿Qué te parece la idea?

Zhuang Zhidie le respondió:

—Utilizaré un seudónimo.

Zhao Jingwu le contradijo:

—Eso no funciona así. La gente quiere leer los tres caracteres de tu nombre.

—¿Y mi nombre vale cinco mil yuanes? —preguntó Zhuang Zhidie.

—¡Tú y tu sentido de la nobleza y la virtud! —dijo Jingwu—. En el mundo de hoy, la nobleza y la virtud se cotizan a la baja. Cinco mil yuanes no son moco de pavo. Escribe un artículo largo y verás cómo habrá valido la pena hacerlo.

—Déjame pensarlo —dijo Zhuang Zhidie.

—Me ha dicho que hay gente que hoy vendrá a tu casa. Debes esbozar un texto. El asunto del dinero no debe preocuparte. Te lo daré por anticipado. Esta vez te vas a hacer rico.

Hablando de esa manera, los dos llegaron a la casa de Zhao Jingwu. Había un vendedor de palomitas delante de la entrada que estaba avivando el fuego de su hornillo y formaba al mismo tiempo una humareda. Zhao Jingwu, al acercarse, le dio una patada al hornillo e insultó al vendedor:

—No te puedes plantar aquí. ¡Necesitas un permiso municipal, imbécil!

El pequeño vendedor se puso las manos sobre la cara, la cual estaba negra como el plumaje de un cuervo. Solo resaltaban sus ojos blancos. Recibió varios bofetones de parte de Zhao Jingwu. ¡*Paff, paff!* Luego lo zarandeó y escupió encima del hornillo. Zhuang Zhidie sacó un cigarrillo y miró la insignia de la puerta de la entrada; era el número treinta y siete de la calle de Xifu. La entrada

estaba ciertamente muy cuidada y había incluso en su parte superior unas tejas glaseadas en vidrio y porcelana que formaban unas hileras sobre las cuales había las figuras de unos animales imaginarios. A los dos lados había unos muros con unas pinturas *sanshui* (mar y montaña) con las figuras de unos personajes. La puerta estaba formada por una plancha metálica y dos maderas a los lados laqueadas en rojo. Sobre las puertas había seis tornillos incrustados y en medio una piedra grande, en la que había algunas figuras cinceladas, metida en otra piedra. En los dos muros de ladrillo había unas anillas de acero que colgaban imponentemente. Debajo había una piedra púrpura de grandes dimensiones. Zhao Jingwu se quedó mirando atentamente a Zhuang Zhidie y le dijo que las anillas eran para atar a los caballos y la piedra púrpura era como una estaca sólida para que el caballo no se escapase por mucho que quisiese. En los tiempos antiguos, las familias iban a caballo por las calles, y las sillas de montar y las riendas hacían ruido. Los cascos de los caballos resonaban con fuerza en las calles y los funcionarios paseaban sentados en sus carritos. Zhuang Zhidie admiraba la obra de arte que era el cincelado de esas piedras y esas figuras y pensaba siempre que esos paisajes iban de maravilla con la ciudad de Xijing y sus gentes. No había nadie en la Capital del Oeste que no se fijase en esa puerta al pasar delante de ella. Al empujarla, Zhidie creyó abrir un libro muy valioso. Nada más entrar e introducirse en el recinto, vio ante sus ojos una pantalla delante de la puerta de la casa. Había en esa pantalla unas pinturas de unas cañas de bambú que eran de Zheng Xie<sup>29</sup> y a uno de los dos lados había también unas cañas de bambú, pero esta vez bajo el efecto de la lluvia y el viento; y al otro lado había un paisaje con un cielo y varias nubes. Zhuang Zhidie aplaudió y dijo:

—Yo no había visto nunca antes una pintura auténtica de Zheng Xie. ¡Qué maravilla!

Zhao Jingwu le dijo:

—Pues ahora tengo que derribar esta casa y quiero sacar todo esto de aquí. Puedes llevarte lo que quieras y lo conservas contigo.

---

29. Zheng Xie (鄭變), que vivió entre los años 1693 y 1765, o Zheng Banqiao, fue un pintor chino representativo de una obra y un estilo de vida según los principios de la filosofía taoísta [N. del T.].

—Hablas como un poeta, Jingwu, y tus frases son como versos —le dijo Zhuang Zhidie—; pero no está bien por mi parte llevarme esa pantalla conmigo y hay que evitar los sentimientos depresivos.

Penetró por un largo pasillo y pasó por una casa de tres habitaciones hasta llegar a un departamento aparte con una veranda y varias ventanas de ocho partes. Justo detrás estaba el gran patio, donde habían construido algo parecido a una cabaña con una pequeña habitación. La familia había puesto ahí un cubo con agua sucia y una cesta con basura. Zhuang Zhidie y Zhao Jingwu se dirigieron dando tumbos hacia ahí. Había ropa interior colgada por todas partes, así como restos de comida. Una pequeña mesa para jugar al *majiang* ocupaba el centro, y todo ello producía una sensación de extrañeza y desorden en quien presenciaba esa casa. Justo detrás quedaba un patio, el cual, al igual que la cabaña, parecía repleto de cosas hasta no haber más. Había un árbol junto a la casa de tres habitaciones y las ventanas parecían sostenerse con las ramas de ese árbol. Unas cañas de bambú sostenían la puerta de la entrada.

Zhao Jingwu dijo:

—Aquí es donde vivo yo.

Al entrar, unos rayos de luz cruzaban el interior y durante un momento se veían las paredes de un blanco inmaculado. Bajo una de las ventanas había una mesa roja al viejo estilo, y detrás de esa mesa había una cama encima de la cual había libros de todos tipos. Debajo de la cama había una piedra gruesa. Zhuang Zhidie sabía que esa piedra era para humedecer la habitación. Zhao Jingwu lo invitó, junto con él, a sentarse, y Zhidie descubrió maravillado la delicadeza artística de esa casa y dijo:

—No he visto en Xijing nada parecido a esta residencia. Este *sibeyuan* es verdaderamente de primera categoría. Antiguamente, la gente que vivía en los *sibeyuan* vivía muy confortablemente en ellos. En realidad, vivían varias familias en ellos. ¿Cómo se siente en este lugar una familia sola?

Zhao Jingwu le respondió:

—Aquí siempre ha vivido nuestra familia, una sola familia. En los años cincuenta, los pobres que venían del campo, y no tenían

dónde caerse muertos en la ciudad, entraban aquí y se quedaban a vivir como si fuera su propia casa. Así de horteras eran los tiempos en China en esa época. Una vez dentro, ya no podían salir. Lo de vivir en un *sibeyuan* era como vivir en un hotel de lujo. Se ponían a cocinar en cualquier lado, dormían en cualquier sitio y hacían sus necesidades sin importarles dónde. La población del *sibeyuan* empezó a aumentar peligrosamente y el *sibeyuan* lo sufrió. Hubo destrozos por todas partes.

Zhuang Zhidie dijo:

—Es vuestra casa. Nunca antes te había oído contar esa historia. Y tus ancestros, ¿eran gente de dinero?

Zhao Jingwu le contestó:

—Lo que te voy a decir te va a dejar de una pieza. Mi familia tenía muchísimo dinero. Sabes, en la dinastía Qing, cuando la Alianza de las Ocho Naciones atacó Beijing, a finales del siglo diecinueve, la emperatriz Cixi<sup>30</sup> huyó a Xijing con su escolta imperial. ¿Y sabes quién estaba en esa escolta imperial? Mi bisabuelo, que era ni más ni menos que un alto oficial del departamento de Justicia del gobierno de Qing. Mi bisabuelo era uno de esos legistas que habían prosperado desde una infancia miserable hasta las más altas instancias del poder imperial. Toda esa calle pertenecía a la familia Zhao. Cuando la Alianza de las Ocho Naciones atacó Beijing, mi bisabuelo era el líder de la Quinta generación de soldados de la gran Dinastía Qing, pero en secreto apoyaba a los Bóxeres. El poder imperial era incapaz de hacer frente a los ataques de las potencias extranjeras y la emperatriz Cixi había huido hacia el oeste, el general Li Hongzhan<sup>31</sup> se quedó en Beijing, firmando el protocolo de los Bóxeres en 1901, que debía acabar con la hegemonía de los diablos de la Alianza de las Ocho Naciones. Los extranjeros, enfurecidos, querían venganza y castigar al primero que pillasen, y por eso pidieron la cabeza de mi bisabuelo, para ahorcarlo. La emperatriz Cixi tuvo, sin que hubiera otra opción, que firmar el edicto imperial en

---

30. La emperatriz Cixi (慈禧), que vivió entre los años 1861 y 1908, fue la emperatriz regente de la dinastía Qing en sus últimos años. Su persona ha pasado al imaginario chino como una mujer pérfida, ambiciosa y muy conservadora [N. del T].

31. Li Hongzhan (李鸿章), que vivió entre los años 1823 y 1901, general de Qing célebre por haber sofocado la rebelión campesina de Taiping [N. del T].

Xijing. Bajo la Torre del Reloj se juntaron sesenta mil rebeldes en favor de mi bisabuelo. La emperatriz Cixi no podía quedarse más tiempo en Xijing. Obligada por las circunstancias, y también porque no podía entregar a mi bisabuelo a los diablos extranjeros por la presión popular, le pidió simplemente que se suicidase. Mi bisabuelo obedeció a la emperatriz, tragó oro, pero no murió. Pasó un tiempo viviendo miserablemente, enfermo, envejecido prematuramente e inválido, hasta que sucumbió finalmente. Tenía solo cincuenta años. A partir de ese momento, en la familia de los Zhao hubo un grupo de mujeres que para poder vivir se dedicó a vender parsimoniosamente todas las casas de esa calle, que era propiedad de los Zhao, y al final solo quedó este patio. Échale un vistazo, solo quedo yo para la posteridad, y ese par de sillas.

Zhuang Zhidie dijo:

—Vaya sorpresa, y pensar que perteneces a una de las viejas familias de la Capital del Oeste. Una de las de más abolengo, para decir la verdad. Medio año atrás, el alcalde de Xijing compiló una serie de escritos de escritores sobre nuestra ciudad y los publicó juntos con el título de *Quinientos años de Xijing*. Yo fui el encargado de la parte literaria de esa antología y, una vez hecho el libro, lo leí entero y por uno de los textos descubrí que, efectivamente, durante la dinastía Qing, uno de los ministros del departamento imperial de Justicia era un hombre de nuestro Xijing. Esa historia ya la sabía, pero nunca hubiese imaginado que se trataba de uno de tus antepasados. Si la dinastía Qing, nuestra última dinastía imperial, no hubiera caído en 1911, tu bisabuelo estaría tal vez vivo a pesar de estar muy anciano... Y tú no estarías seguramente en el estado lamentable en el que te encuentras ahora...

Zhao Jingwu sonrió y corroboró:

—Sí, y los cuatro rufianes de Xijing, esos cuatro célebres, tampoco serían ahora esos niñatos mimados.

Zhuang Zhidie se levantó y separó las cañas de bambú que formaban la cortina. Vio que sobre un escalón de piedra había una mujer con un vestido rojo que balanceaba a un bebé mientras leía un libro.

—En el mundo ha habido últimamente grandes cambios —dijo Zhidie—, y el lujo de ayer es la miseria de hoy. Lo que ayer había,

hoy ya no existe. Mi familia está en Tongguan y desde un punto de vista histórico, en ese lugar, cada vez que pasaba por un punto crítico, y pasó por muchos, surgía una historia heroica. Diez años atrás, nuestro distrito sufrió un terremoto y todo quedó en ruinas. Poco después, yo fui a verlo y me senté en uno de los edificios destruidos. Ahí estuve suspirando bastante tiempo sobre lo efímero de todo lo que hay bajo el Cielo y lamentando lo ocurrido. De vuelta a casa, escribí un ensayo que publiqué en un periódico local. ¿No lo has leído?

Zhao Jingwu respondió:

—Lo he leído. Esa es la razón por la cual te invité a que vinieras y vieras esto con tus propios ojos. No estoy seguro de que después de hacerlo puedas escribir algo sobre estas ruinas.

Zhuang Zhidie volvió a ver a través de las cañas de bambú y se percató de que la mujer de rojo había cambiado de sitio. Tenía la cara de lado, pero no quitaba los ojos del libro. Sus pestañas eran negras y largas y tenía una nariz recta. Zhuang Zhidie susurró en voz baja:

—Esa mujer es muy inteligente.

—¿De quién hablas? —curioseó Zhao Jingwu, que estiró el cuello y se puso a ver a través la ventana; y prosiguió seguidamente—: Esa es el ama de llaves de la casa de enfrente y es de Shanbei, al norte de la provincia de Shaanxi. Shanbei es una tierra de demonios y espíritus errantes. Ahí nada crece, salvo ese tipo de mujeres...

Zhuang Zhidie replicó:

—Yo pensaba precisamente en preguntarte sobre esa ama de llaves. Nunca las encuentras decentes y trabajadoras, pero el mercado laboral no es bueno. ¿Cómo lo hace esa joven para salir adelante? ¿Me pueden buscar una igual en su pueblo?

—Esa chica es de naturaleza generosa y necesita trabajar, así que irá a tu casa y te puedo asegurar que hará las delicias de tus invitados. Cuando no están los dueños, se dedica a leer en el patio, y por la mañana duerme a su bebé dándole somníferos. Pero de lo que dice, yo no creo nada. Hay muchas amas de llaves y sirvientas jóvenes en el vecindario que la consideran un ser encantador y que ha prosperado en casa de los dueños. Por eso esas mujerzuelas que vienen del campo siempre están celosas de ella.

Zhuang Zhidie dijo:

—Eso me parecen tonterías. Lo que quiero saber es cómo es en realidad esa chica.

Los dos hombres se sentaron otra vez. Zhao Jingwu cerró la puerta y abrió una caja de madera donde tenía varias antigüedades que quería mostrar a Zhuang Zhidie. No solo poseía libros antiguos con estampas, sino que también había porcelanas, artefactos sagrados de bronce, monedas antiguas, estelas de piedra pequeñas y grabados; pero Zhuang Zhidie apreció particularmente un tintero (*yantai*) muy antiguo del tipo de *shiyifang* (de los once relieves); y ese era el objeto de su colección del que Zhao Jingwu estaba más orgulloso. Ese tintero no solo estaba hecho de una piedra de Duanxi que era de la máxima calidad, sino que poseía emblemas y animales míticos grabados en él. Ese tintero era una auténtica maravilla y sobre todo era antiguo, muy antiguo. De varios cientos de años atrás probablemente. Cuando lo tocabas, sentías algo especial, y cuando lo golpeabas con los dedos o la mano, se producía un sonido muy agradable. Un tintero de ese tipo estaba siempre firmado por su creador y Zhuang Zhidie reconoció cada uno de los once lados de ese tintero. Lo observó minuciosamente y lo acarició como quien acaricia el cuerpo de una mujer. Se preguntó seguidamente quiénes habían podido ser sus propietarios y se imaginó que varios altos rangos del gobierno imperial debían de haberlo poseído. Preso por la envidia, Zhidie dijo:

—¿Y cómo has podido hacerte con una pieza así, Jingwu?

—Pues hace mucho tiempo de ello y por varios caminos e intercambios con otra gente —dijo Jingwu—. Al final, me costó solamente tres mil yuanes.

—¿Tres mil yuanes? —preguntó Zhuang Zhidie—. ¡Esa es una suma considerable!

Zhao Jingwu le replicó:

—¿Una suma considerable, me dices? Siempre podré venderlo por más. Ahora, incluso me pagarían veinte mil yuanes por él. Un mes antes, en el museo del distrito de Lianhua en Xijing, y debido a la nueva política municipal, todas las reliquias históricas debían juntarse ahí. El objetivo era en realidad tener bajo control todo objeto de valor que pudiese haber en Xijing. No solo registraron los objetos,

sino que también pidieron el nombre de los propietarios. Fue entonces cuando vi por primera vez esa maravilla de tintero de piedra. Al principio no me gustó, pero quería comprarlo como fuese antes de que cayese en manos de esos funcionarios ignorantes que no tenían ni idea del valor de esas antigüedades. El propietario, que era un tipo que necesitaba dinero, me pidió diez mil yuanes, pero a mí me pareció extraordinariamente caro y le pedí que me bajase el precio. Al final, el hombre me lo dejó por tres mil yuanes y el tintero fue a parar a mis manos y no al museo.

Zhuang Zhidie no se quedó del todo convencido con la historia de Jingwu y volvió a poner sus ojos en el tintero de piedra y lo valoró otra vez tras haber escuchado la historia de su adquisición. Lo cogió y le dio un mordisco y el sonido que produjo le dejó casi sordo uno de los oídos. Entonces vio que en la parte posterior del tintero había un nombre escrito. Podía leerse claramente el nombre del famoso pintor de la dinastía Ming Wen Zhengming<sup>32</sup>. Zhuang Zhidie se puso a proferir insultos:

—Jingwu, debes comprenderlo. No te hagas el tonto, nadie se va a creer tu historia. Te confirmo que no hay nada que pueda hacer y respecto a ese asunto irrisorio que me pedías, yo podré hacerlo.

Zhao Jingwu le respondió:

—¡No te preocupes por eso ahora! Hace poco hubo gente que me tuvo al corriente de otro asunto. Me dijeron que el hijo de Gong Jingyuan, que se llama Gong Xiaoyi, posee un tintero de piedra de un valor excepcional. Él me dijo que cuando su padre estuviese fuera, en el extranjero, podía pasar por su casa a ver ese tintero. Si es cierto lo que cuentan sobre ese tintero, tú te quedarás satisfecho. Tenlo por seguro. Le diré que te quiero ofrecer algo a cambio del artículo, pero... ¿qué son estas dos cosas que tienes en las manos?

Zhuang Zhidie se quedó mirando las dos monedas antiguas que tenía entre las manos. No paraba de darles vueltas una y otra vez. Sonrió y dijo:

---

32. Wen Zhengming (文征明), que vivió entre los años 1470 y 1559, célebre pintor, poeta y calígrafo de la dinastía Ming [N. del T].

—Jingwu, estás hecho un demonio. Eres capaz de engatusar al más precavido y creo que ya me has metido en la boca del lobo. Este objeto es una preciosidad. Esta moneda de hierro con un agujero de cuatro *zhu* (2,5 gramos) del periodo de Xiaojian, durante las Seis Dinastías, es una auténtica maravilla, y esta otra de los cinco *zhu* (3,25 gramos) es de la dinastía Han y parece recién acuñada. Esta otra moneda de cobre es de la dinastía Song y es exactamente la que se utilizaba en ese periodo como dinero. Todo esto es absolutamente increíble, Jingwu. ¿De dónde lo has sacado?

Zhao Jingwu se sintió un poco apurado por esas palabras y dijo en voz baja:

—Ah, Zhidie, lo único que pretendía era comprobar cuál era tu nivel de conocimientos y tus gustos. En realidad, eres un experto. Te ofreceré algún mueble antiguo o algún objeto raro, de los que hay pocos.

Tras decir esas palabras, Jingwu sacó una cajita envuelta en terciopelo rojo. La abrió y sacó un espejo con marco de bronce muy antiguo. Zhao Jingwu lo había elegido especialmente para Zhuang Zhidie, el cual reconoció de inmediato en el marco unas garzas y unos patos que habían sido grabados finamente. Zhidie sabía que ese espejo tenía al menos mil años y había otro que lo acompañaba que tenía a su vez grabado el Caballo Celeste. Con ese regalo, Zhidie se sentía colmado en lo más profundo de su ser, pero con el espejo en las manos, le dijo a Jingwu:

—Este espejo debería ser en realidad dos espejos. Es así como deberías ofrecérmelos. Tú has coleccionado muchos tinteros y un día de estos te ofreceré otro como agradecimiento a este gesto. ¡Tienes como cien tinteros de piedra en tu casa, Jingwu!

Zhidie se sintió contento con las palabras que él mismo había pronunciado. Zhao Jingwu, sin embargo, se sintió algo avergonzado por lo que había escuchado y dijo:

—Te lo ofrezco, pero tú me das una pintura de Wang Ximian (uno de los cuatro célebres de Xijing). ¿Trato hecho?

Zhuang Zhidie le repuso:

—¿Crees que es fácil hacerse con una pintura de Wang Ximian? Uno de estos días te acompañaré a su casa y tú eliges la pin-

tura que te guste. ¡Seguro que nos recibirá con mucho vino y platos suculentos con las mejores viandas!

Zhuang Zhidie cogió el espejo y echó un vistazo a través de la ventana.

En ese momento, llamaron a la puerta y Zhao Jingwu preguntó:

—¿Quién llama? —Nadie respondió y los dos hombres se miraron. Zhuang Zhidie se escondió inmediatamente el espejo en el pecho y Zhao Jingwu cerró la caja de terciopelo rojo con el candado y la puso junto a una pila de libros viejos. Jingwu volvió a preguntar—: ¿Quién llama?

Se oyó una respuesta:

—Soy yo.

Zhao Jingwu abrió la puerta y gritó:

—¡Es el director Huang!... ¿Por qué ha venido tan pronto, señor? El maestro Zhuang ya vino y está aquí, esperándole desde hace tiempo... Comamos algo. Nuestras barrigas no paran de hacer ruido.

Zhuang Zhidie se quedó mirando al director Huang y vio que era un hombre bajito y grueso que tenía una cara rolliza de color amarillo y negro. Llevaba encima una camisa blanca como la nieve de la que colgaba una corbata negra. En sus manos tenía un paquete grande. Se levantó de golpe y estuvo un buen rato de pie sin soltarlo y dijo solemnemente:

—Señor Zhuang, su nombre suena como el trueno que ensordece el oído. Así de famoso es usted y así suena su nombre en nuestros oídos. ¡Hoy, al fin, mis ojos pueden verlo aquí en persona!... Como decía, vine a ver al señor Zhuang y mi *laopo* me dijo que no le vería ni en sueños. Pues mi mujer se equivocó... Ni siquiera me he lavado las manos... De vuelta, se lo diré... Vaya si se lo diré... ¡Qué honor!

Zhuang Zhidie dijo:

—Oh..., pero yo soy Zhuang Zhidie y no el presidente Mao.

Los tres hombres se rieron a carcajadas y el director Huang dijo:

—El señor Zhuang, usted puede reírse de mí. Cuanto más grande es el personaje, más amable es su naturaleza. Eso es lo que pienso.

—Pero ¡qué trato me está dando, señor! No me lo merezco. Solo algo como la literatura puede darte una falsa reputación. Usted, señor Huang, es rico y tiene poder, pero yo...

El director Huang le cogió las manos a Zhidie y las suyas le sudaban. Dijo:

—Señor Zhuang, no puede hablar de esa manera. Yo leo sus artículos y sé que todas las gentes del campo se han empobrecido seriamente en los últimos años. El dinero que he podido ganar en el pasado no ha hecho otra cosa que perjudicarme en estos días. Sí, cierto, he ganado mucho dinero, pero ello no ha dado buena reputación a mi nombre. Es probable que yo sea más joven que usted; y si he dicho algo maleducado, le ruego que me perdone. Lo mío es lo suyo... Nuestro negocio de productos químicos va bien y el pesticida 101 se vende a las mil maravillas. Podría hacernos el honor de venir a echarnos un vistazo. ¡Nosotros le recibiremos en cualquier momento!

Zhao Jingwu dijo:

—Yo ya le he hablado al maestro Zhuang de este asunto y no es necesario andarse con rodeos. Además, somos gente adecuada. El maestro Zhuang no podrá escribir nunca ese tipo de artículos, pero para toda regla hay una excepción. Si pensabas en pedirselo, no te muerdas la lengua ahora. Iré en persona a la fábrica y me darás a mí los cinco mil yuanes. El artículo saldrá en el periódico sin ningún problema. Que no haya ningún malentendido. Cinco mil palabras por cinco mil yuanes. Ese es el trato.

El director Huang abrió las palmas de las manos, relajando así los dedos, y se inclinó ante Zhuang Zhidie. Se le escaparon unas palabras y dijo efusivamente:

—¡Muchas gracias, muchas gracias!

—¿A qué hora voy?—preguntó Zhuang Zhidie.

—¿Qué tal esta tarde?—preguntó el director Huang.

—No puede ser —contestó rotundamente Zhuang Zhidie—. Dentro de tres días sí que podré ir.

—De acuerdo —dijo el director Zhuang—. Te recibiré dentro de tres días. Jingwu, el señor Zhuang me honrará con su visita y ello me entusiasma. Salgamos a comer. ¿No me habías hablado de un restaurante grande cerca de aquí?

Zhao Jingwu dijo:

—Hoy soy yo el que os acoge y aquí tengo calabaza. ¡Comamos calabaza!

El director Huang preguntó sorprendido:

—¿Calabazas, dices? ¡Vaya, no es que eso sea un manjar!...

Zhuang Zhidie intervino:

—Comer calabaza nos conviene en estos momentos. Además, la primavera está cerca.

El director Huang replicó en función de lo que había dicho Zhidie:

—¿Y por qué no lo celebramos con una botella de vino español? ¿O tres botellines de café occidental? Quizá un par de dulces de *liaohua*... O cigarrillos de la marca 555, y que Zhao Jingwu se encargue de juntar todas esas cosas.

Algo enojado, Zhao Jingwu dijo:

—Compartamos ese trabajo. Tú, el gran e inigualable maestro Zhuang, puedes encargarte de comprar el tabaco.

Zhuang Zhidie se negó y dijo que no debía hacerlo. El tabaco extranjero era además muy caro, comentó.

El director Huang intervino:

—Jingwu, tú no puedes obligarle. El señor Zhuang prefiere fumar cigarrillos hechos aquí en China. El otro día te compré unos paquetes de tabaco de la marca de la montaña de Hongta. Ese regalo te honrará.

Zhao Jingwu recibió el regalo y sonrió a Zhuang Zhidie. Y tras sonreírle varias veces, le dijo:

—Mi barriga tiene hambre. Rara vez vienes aquí preparado. ¿No tienes tinta y una pluma? Solo debes escribir un pergamino de papel. No te llevará mucho tiempo hacerlo.

Zhuang Zhidie le repuso:

—No eres más que una sonrisa con malas intenciones. Mientras me sonríes, sé que estás tramando algo que no quieres decirme. ¿Quieres mi firma?

Zhao Jingwu le dijo:

—La firma de un personaje célebre se cotiza en el mercado como una obra de arte. Si me la das, la conservaré como una de mis antigüedades.

La mesa quedó preparada en un abrir y cerrar de ojos. La cubría un mantel de papel fino. Zhuang Zhidie trajo un pincel, pero no escribió con él nada. Inclino la cabeza y preguntó:

—¿Qué escribo?

Zhao Jingwu le respondió:

—Lo que te apetezca. Pon algo de sentimentalismo en tus palabras, pero escríbelo bien. Algo con algún personaje conmovedor y que atraiga la atención a los futuros investigadores sobre tu obra. Quiero decir, ¡una obra de primera categoría!

Zhuang Zhidie se quedó mudo y con el pincel empezó a garabatear en un papel: «Vino una mariposa y el viento la trató con delicadeza; la gente se va y la luna se aburre»<sup>33</sup>.

Zhao Jingwu cogió el papel, lo leyó y dijo:

—Pero ¿qué diablos significa esto? La frase con la «mariposa» (*zhuang*, en chino) me suena a algo personal de tu parte; pero lo de la «luna» (*yue*, en chino)... ¿No se referirá a tu mujer Niu Yueqing? Y lo de «trató con delicadeza» y lo de «se aburre» tiene cierta unión secreta y auspiciosa con lo de «vino» y «se va», pero yo no llego a comprender el sentido final de todo esto...

Zhuang Zhidie no le hizo caso a Jingwu y volvió a escribir sobre el papel unos caracteres chinos: «Zhao Jingwu busca el sentido de las palabras y se topa de repente con la poesía alusiva de los antiguos. Quien lo conoce, lo conoce, y quien no lo conoce, no lo conoce. Mis palabras, aunque no valgan ahora mil piezas de oro, dentro de trescientos años serán reliquias históricas, ¡y cada uno de estos caracteres chinos valdrá ochocientos yuanes! Dicho esto, si Zhao Jingwu tiene descendencia, esta podrá meterse en el bolsillo diez mil yuanes. ¡No escribas más, no escribas, que los Zhao se van a hacer ricos!». Zhuang Zhidie soltó el papel y Zhao Jingwu se puso a leer lo que su amigo había escrito. Soltando unas carcajadas y dijo:

—¡Esto es lo mejor, lo mejor que has escrito en tu vida! ¡Y por supuesto que con el tiempo valdrá diez mil yuanes!

---

33. Estos versos pertenecen al poema del poeta de la dinastía Qing, Zhao Renshu (赵仁叔), cuyo título es *Frasas ociosas* (佚句, *Yi ju*) [N. del T.].

El director Huang se los quedó mirando con envidia y le propuso:

—El señor Zhuang me recompensará con un pergamino con sus caligrafías. ¡Y yo mismo lo colgaré en la sala principal de mi empresa!

Y antes de que Zhuang Zhidie le diese su consentimiento, el director Huang, sin pensárselo dos veces, mojó el pincel en el tintero, pero no lo cogió con fuerza y se le cayó de la mano y se manchó. Se fue inmediatamente al patio a lavarse las manos en un pequeño fregadero que se encontraba ahí. Zhuang Zhidie dijo:

—Él se lava las manos de la tinta que le ha caído encima porque puede hacerlo; pero mi honor, eso ya no lo lava nada.

Los dos se pusieron a reír y Zhao Jingwu dijo:

—Escríbele ese pergamino con un poema cuya caligrafía salga de tu propia mano. Es un nuevo rico y a los nuevos ricos les gusta ese tipo de cosas.

Zhuang Zhidie le dio la réplica:

—¡Oh!... Ahora solo me falta convertirme en un alto oficial del gobierno. ¡Soy un experto en todo! Nuestro alcalde era en sus orígenes un estudiante de pedología y luego se convirtió en alcalde de Xijing. Los nuevos ricos salidos de las nuevas industrias tienen dinero y con dinero se obtiene todo.

Zhao Jingwu dijo:

—Él tiene dinero ahora, y tendrá dinero otra vez. ¿Por qué no te pones de su lado?

Zhuang Zhidie escribió: «Cien demonios atormentan al mundo y Dios permanece silencioso. Las estrellas tienen aristas que ven la luna pálida».

Zhao Jingwu dijo que ese poema era una maravilla. En ese momento, alguien entró por la puerta y dijo:

—¿Es ese el escritor Zhuang Zhidie?

Zhuang Zhidie se giró de golpe y vio que se trataba del ama de llaves.

El director Huang se había ido a lavarse las manos y el ama de llaves aprovechó para hacerle algunas preguntas. ¿Por qué te has manchado las manos con tinta? Y el director Huang le dijo que

dentro de la casa había un escritor célebre que se llamaba Zhuang Zhidie y que estaba haciendo unas caligrafías. La mujer daba la casualidad de que estaba leyendo un libro de Zhuang Zhidie y dejó de dar de mamar al bebé y se metió corriendo en la casa de Jingwu. Al verla, Zhuang Zhidie no supo cómo reaccionar y preguntó, gritando, que quién era, pero quiso caerle bien. La franqueza en la espontaneidad de esa mujer le impidió cualquier otra reacción. Mirando detenidamente la cara delgada de la cuidadora, se presentó:

—Soy Zhuang Zhidie.

Y el ama de llaves se lo quedó mirando y le respondió:

—Me mientes. ¿Qué diablos vas a ser tú Zhuang Zhidie?

El director Huang se asustó y se quedó mirando a Zhao Jingwu, y este preguntó:

—¿Estás diciendo que Zhuang Zhidie no es Zhuang Zhidie, sino que es un impostor?

El ama de llaves respondió:

—El verdadero es más alto que este. ¡Y vaya que lo es! Los gestos de sus manos también son diferentes.

—Oh, el precio de las cosas aumenta con el paso de los días, pero eso no pasa con los seres humanos. Más bien al contrario cuando se envejece. O, al menos, eso es lo que pasa con Zhuang Zhidie... —dijo Zhidie

El ama de llaves se tomó en serio las palabras de Zhidie y se puso a observarlo con más detenimiento. Su rostro enrojeció, ya que se dio cuenta de que ese tipo era en efecto Zhuang Zhidie, y dijo inmediatamente:

—¡Ah, esta joven sirvienta acaba de reconocer al señor Zhuang Zhidie! ¡Y encima he ofendido al señor!

Zhuang Zhidie replicó:

—¿Trabajas para una familia que vive enfrente?

El ama de llaves se lo confirmó:

—Pues sí. El señor se va a reír de mí.

—¿Por qué iba a hacerlo? —dijo Zhuang Zhidie—. Acababa de preguntarle a Jingwu que quién era esa joven de enfrente que estaba leyendo un libro. La verdad es que no se ven muchas amas de llaves leyendo libros...

El ama de llaves dijo:

—No me sobrestime, señor. Si lo hace, ¡le voy a pedir un pergamino con su caligrafía!

Zhuang Zhidie le replicó:

—Con ese tono de voz con el que me hablas, ¿cómo podría negarme? ¿Y cómo te llamas?

La joven ama de llaves y sirvienta le respondió:

—Liu Yue.

Zhuang Zhidie musitó con la mirada distraída:

—Oh... Otra Yue, otra luna.... Estás de suerte. El maestro Zhuang te escribirá una caligrafía y te dará el pergamino; pero eso sí, te pediré que vengas a trabajar a mi casa. Necesito a alguien que se encargue de mantener en un estado decente mi hogar.

—No sé qué tipo de casa tendrá el maestro Zhuang, ni lo que exigirá de mí —dijo Liu Yue—. Las gentes como yo venimos de lugares rústicos y remotos, y somos además gente muy poco refinada. Quizá no podré satisfacer nunca sus demandas, señor.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Échale un vistazo a mi casa y te estás conmigo. Luego decides por ti misma si quieres quedarte.

Liu Yue dijo tras pensárselo dos veces:

—Veo que de verdad quiere que trabaje para usted, pero yo no sé...

A Zhao Jingwu no se le pasó por la cabeza pensar que esa joven iba a poder hablar así a Zhuang Zhidie, y con la mirada quiso advertirla. Zhuang Zhidie aplaudió con sus manos y dijo:

—Bueno, pues esperaremos una respuesta.

Zhao Jingwu bostezó y Liu Yue le dijo:

—Me has sentenciado con la mirada; pero, en primer lugar, ya me he dado cuenta de que este señor es efectivamente Zhuang Zhidie; y segundo, ¡quiero hacer de ama de llaves en la casa de Zhuang Zhidie! Esos son mis sentimientos ahora mismo.

Zhao Jingwu le respondió:

—Esto no funciona así. Tienes un contrato con la casa de enfrente, y si te vas, van a pensar que soy yo quien te he presentado a otra gente y voy a tener problemas con ellos. Vete a saber lo que me van a decir...

Liu Yue le dijo:

—Pero ¿crees que esa familia me ha adoptado como a una concubina porque mis padres son pobres? Soy libre de ir adonde me venga en gana.

Zhuang Zhidie dijo con el rostro imperturbable:

—Que así sea. Tu contrato con esa casa ya ha expirado. Jingwu, deja que se venga a mi casa.

\* \* \*

Los tres se encaminaron hacia la calle con la intención de ir a comer juntos y Zhuang Zhidie no podía creer que esa chica hubiese venido del campo. Su educación no parecía corresponder a ese tipo de jóvenes que vienen de zonas rurales de la provincia de Shaanxi para instalarse en Xijing, la Capital del Oeste. Zhao Jingwu dijo:

—Quién hubiese pensado que esa niña iba a crecer tan rápidamente. Al principio, vestía como una pueblerina y cuando la gente la veía, ella siempre bajaba la mirada y se negaba a decir algo. Un día, cuando el dueño de la familia para la que sirve se fue al trabajo y en la casa no había nadie, o al menos eso creía, ella abrió el armario de la señora, sacó unas ropas elegantes y se las probó delante del espejo; pero justo al otro lado de la puerta había alguien que la estaba observando y le dijo: «Te pareces mucho a la actriz Chen Chong<sup>34</sup>». Y ella le respondió asustada: «¿Y quién me habla?», y tras decir esas palabras, la joven Liu Yue se puso a llorar; pero nadie podía saber en realidad por qué estaba llorando. Hacía un mes que trabajaba como ama de llaves con esa familia y el dueño le dijo que se fuera a vivir a casa de sus padres. La joven pasó por un mal momento, pero al final el dueño le dio el vestido y le dijo que se quedase. Lo cierto es que Liu Yue estaba bellísima con ese vestido y la gente decía que, en efecto, se parecía a Chen Chong. Ella se iba acostumbrando día a día a esas palabras y a su trabajo en la

---

34. Se trata de la actriz Chen Chong (陈冲) o Joan Chen, como se llamó desde su estancia en los Estados Unidos, nacida en 1961 [*N. del T.*].

casa, pero algo de su naturaleza iba cambiando hasta hacer de ella otro tipo de persona.

Zhuang Zhidie pensaba que Liu Yue era adorable y su naturaleza era pura y simple como la de las gentes del campo en la provincia de Shaanxi y así lo dijo, sin ser consciente de ello, delante de ella. Zhao Jingwu lo corrigió con la mirada y dijo:

—¿De veras que quieres que ella vaya a tu casa? Me da la impresión de que, más que una sirvienta, ¡tú lo que quieres es una *xiaojie* (joven prostituta)!

Pero Zhuang Zhidie no le hizo caso y siguió caminando hacia delante. Al pasar por un callejón, vio el patio de una casa que estaba oculto, como quien esconde un secreto, tras las ramas de unos árboles. El viento soplabla y se llevaba con él varias hojas amillas y las estampaba delante de sus ojos. Zhidie dijo entonces:

—Jingwu, si doblamos por este callejón, ¿no nos topamos con la ermita de la Vacuidad Luminosa?

—Así es —respondió Zhao Jingwu.

Zhuang Zhidie le dijo:

—Recuerdo ahora que tengo una amiga que vive ahí. ¿La puedo llamar para que se venga a comer calabaza con nosotros?

Zhao Jingwu le dijo:

—¿No se trata de Hui Ming, la novicia budista?

—Las gentes que viven ahí son todas budistas. ¿Vamos a comer intestinos de cerdo? —preguntó Zhidie.

—Eso sería obligarles a cometer una falta —dijo Jingwu—, y además es tu amiga. Llámala, yo también quiero conocerla.

—Voy y vengo en un abrir y cerrar de ojos. —Zhuang Zhidie arrancó la Mulan y se fue.

El motor del vehículo hizo un ruido delante de la puerta y vertió sobre el suelo una mancha negra de aceite. Una cabeza que brillaba igual que esa mancha de aceite negra salió del patio y gritó:

—¡Maestro Zhuang!

Al alzar la mirada, Zhuang Zhidie se dio cuenta de que era Tang Wan'er, la cual se reía de él a carcajadas. Sobre los muros del patio se encaramaban unas cañas que lo tapaban y Zhidie se preguntó cómo esa mujer había podido verlo nada más llegar a la entrada, porque él no podía verla. Tang Wan'er llevaba el pelo

limpio y brillante y la cara muy maquillada. Ella le dijo a Zhidie poco después:

—Espera, que voy a abrir a puerta.

La joven esposa de Zhou Min se encontraba en los aseos y, como siempre lo hacía, observaba a través de las grietas del muro a la gente que pasaba por la calle. De esa manera había observado a mucha gente, pero Zhuang Zhidie desconocía ese ejercicio de voyerismo habitual en la joven casada Wan'er. Zhidie había enrojecido con las risas de Wan'er y su cara seguía igual de roja. Al oír el ruido de la moto, Wan'er salió a ver quién era como si la hubiese azuzado una carga eléctrica y cuando vio a Zhuang Zhidie, se puso a reír, pero con una risa nerviosa y descontrolada. Se subió los pantalones beige y, temblando, se fue a recibirlo a la puerta.

Zhuang Zhidie vio a través de las grietas de la puerta cómo la joven esposa Wan'er corría mientras se abrochaba el cinturón; pero no corría hacia la entrada del patio, sino que se dirigía al salón central de la casa. Zhidie vio también cómo se le movía el trasero a Wan'er —un trasero generoso y bien formado— y pensó que ella debía adelgazar un poco, ya que su figura empezaba a deformarse.

Tang Wan'er se arregló el cabello frente al espejo que había en el salón y con un cepillo se puso colorete en las mejillas, se pintó los labios de rojo y salió del salón para recibir a Zhuang Zhidie. Al llegar a la puerta, los ojos de la mujer casada no paraban de pestañear. A Zhuang Zhidie le llamaron la atención esos ojos bellos y parpadeantes, así como la sombra diminuta que había a su lado. De repente se dio cuenta de que esa sombra era, ni más ni menos, que él mismo, y verse así de pequeño ante ella le hizo sentir extraño. Dijo inmediatamente:

—Zhou Min... ¿Zhou Min no está en casa?

La mujer respondió:

—Me dijo que quería ir hoy a la imprenta. Se fue temprano. Maestro Zhuang, entre por favor. Hace un sol de justicia y usted no lleva sombrero.

Zhuang Zhidie se quedó atontado por unos momentos y creyó que era el mismísimo Zhou Min quien le estaba hablando. Luego se dio cuenta de que era Tan Wan'er y no supo qué pensar: ¿era una buena noticia la ausencia de Zhou Min? Con esos pensamien-

tos entró en el salón de la casa y tomó asiento. Wan'er le ofreció té y tabaco, encendió el ventilador eléctrico y le dijo seguidamente:

—Maestro Zhuang, le estamos tan agradecidos por lo que ha hecho por nosotros. Usted es tan célebre y tiene tanto prestigio aquí en Xijing. No está alcance de todos verle, y menos el compartir una comida. Nos ha hecho un favor enorme.

Zhuang Zhidie le dijo:

—No sé de qué favor me hablas.

—Los utensilios para la comida —respondió la mujer—. Ni siquiera los hemos utilizado todos, pero nos fueron de una gran utilidad.

Zhuang Zhidie se acordó en esos momentos del asunto del raspado de madera y sonrió:

—Tenía un poco de dinero, ya que me habían pagado unos royalties que me debían.

La mujer cogió un taburete y se sentó delante de Zhidie, cruzó las piernas y dijo:

—Y con lo que le dan por un artículo, ¿qué se puede comprar?... Zhou Min me ha contado que os pagan por el número de palabras que escribís y que la puntuación también cuenta. Y por un libro, ya que tiene mucha puntuación, te debes de hacer rico...

Zhuang Zhidie soltó una carcajada y dijo:

—Si solo hubiera puntuación, nadie nos pagaría nada.

Wan'er se puso a temblar, estiró el cuello y se arregló la ropa, ya que con las risas se le había descompuesto. Zhuang Zhidie sentía que algo le oprimía en la boca del estómago, se inclinó a un lado y tosió. La mujer dijo:

—Maestro Zhuang, quiero preguntarle algo: en su obra escrita, ¿todos los personajes son reales?

—No sé qué quieres decir con ello. Muchos han salido de mi imaginación —dijo Zhidie.

—¿Y cómo puedes hilar tan fino? Parecen salidos de la realidad —dijo Wan'er—. Yo ya se lo he dicho a Zhou Min: el maestro Zhuang es una persona con muchos y muy finos sentimientos. Para una mujer casada, tener un marido así debe ser la felicidad completa.

Zhuang Zhidie dijo:

—Mi mujer me ha dicho que cuando se reencarne en otra vida no quiere ser por nada del mundo la mujer de un escritor.

A Tang Wan'er, esas palabras la pillaron por sorpresa y la dejaron un poco deprimida. Cerró los ojos y dijo:

—Hay quien es feliz y no sabe que lo es, y no puede haber desgracia peor que esta en un ser humano. Debería ser la mujer de un hombre vulgar y sabría entonces lo que es sufrir.

Tras decir esas palabras, Wan'er derramó unas lágrimas de desesperación y Zhuang Zhidie pensó inmediatamente en su propia vida. Él nunca se había visto como un marido así y solo en ese momento se veía de esa manera. Para consolarse a sí mismo, le dijo a la joven mujer:

—Tú eres alguien que tiene suerte en la vida y todavía tienes un buen aspecto. No has nacido bajo una mala estrella, y lo pasado, pasado está. Y ahora, ¿no estás mejor que nunca?

Wan'er, que le había oído, le dijo:

—¿Y qué piensa hacer de sus días? Aunque Xijing está bien, siempre podría vivir en otro lugar. ¿No lo cree así? Maestro Zhuang, tú puedes leer el destino de la gente y por supuesto que también puedes leer el mío.

Wan'er alargó los brazos y puso sus manos blancas sobre las rodillas de Zhidie, y este puso las suyas inmediatamente encima de las de ella y las agarró para sacárselas de ese lugar que él creía sensible y dado a malentendidos. Un sentimiento extraño pasó por su corazón y respiró profunda y bruscamente. Se puso a hablar ante Wan'er de las características jerárquicas de las mujeres en los libros que describen la jerarquía<sup>35</sup> de una persona a partir de los rasgos físicos. Le dijo que las mujeres con una frente plana son nobles, mientras que las mujeres con una frente abombada son ruines. Las mujeres que tienen una nariz recta son nobles, mientras que las que tienen una nariz chata son rastreras y ruines. Las que tienen un cabello exuberante y brillante son nobles y bien nacidas, pero las que tienen un cabello seco y estirado no valen nada. Lo mismo sucede con los pies. Una mujer con unos pies bien formados es

---

35. A través del contraste entre 贵 (*gui*) y 贱 (*qian*) se manifiesta el contraste de los rasgos nobles y valiosos y los rasgos vulgares y humildes en un rostro humano [*N. del T.*].

una mujer de fiar, mientras que una mujer con unos pies gordos y feos es probablemente peor que una furcia mentirosa y farfullera. Wan'er se quedó boquiabierta tras escuchar las palabras de Zhuang Zhidie y se puso a contemplarse a sí misma. No comprendía lo de los pies y lo de la nariz. ¿Qué tenía que ver el tamaño de esas partes en la nobleza de una mujer? Zhuang Zhidie le puso las manos en los pies y empezó a manosearlos como si les estuviese dando un masaje. Luego se detuvo y con el dedo índice apuntó hacia el suelo. Wan'er se sacó las zapatillas y dejó sus pies totalmente desnudos ante el rostro de Zhidie, como si con ellos quisiese acariciarle la cara. Zhuang Zhidie se sorprendió gratamente al ver la belleza formal de los pies de Wan'er y su flexibilidad. Esos pies le recordaron la forma de unos pendientes. Eras unos pies bellísimos con unos dedos proporcionados que eran como cañitas de bambú y que Wan'er no paraba de mover. Zhuang Zhidie no había visto en su vida unos pies tan bellos como esos y casi se pone a silbar de admiración nada más verlos. Vio de nuevo las zapatillas de la joven esposa y preguntó:

—¿Qué número calzas?

Wan'er le respondió:

—Un treinta y cinco. Como puedes ver, tengo unos pies demasiado grandes y las piernas muy cortas. Nada proporcionado todo eso. Además, unos pies así no se merecen unas zapatillas tan bonitas como estas.

Zhuang Zhidie sonrió, se levantó y aventuró:

—Tú te mereces esas zapatillas. Te van de maravilla.

De su bolsa, Zhidie sacó un par de zapatos y se los dio a Wan'er. Ella dijo:

—¡Qué bonitos son! ¿Cuánto valen?

—Pero ¿quieres pagarme por ellos? —preguntó Zhuang Zhidie—. Déjalo estar. Te los ofrezco.

Wan'er se quedó mirando a Zhidie y este le dijo:

—Pruébatelos.

La joven esposa no volvió a decir gracias y se los probó. Luego cogió las dos zapatillas viejas y las tiró a la cocina.

